

## «PALABRAS»

Alguien definió al hombre como "*un animal que habla*", y puede ser que sea así, si damos todo su valor a la **palabra**. Es importante la **palabra**, porque nos configura como persona y nos relaciona con los demás. El hombre crea la **palabra** y la **palabra** realiza al hombre. El hombre vive en y de la **palabra** y la **palabra** habita en el hombre. El hombre sale de sí por el puente de la **palabra**, que le lleva al encuentro del otro, y retorna a sí enriquecido.

Para valorar las **palabras** podemos fijarnos en las **palabras** íntimas que decimos y con las que podemos abrirnos enteramente al otro. En las **palabras** hermosas que decimos, escribimos o cantamos y nos elevan y nos sacan de nosotros mismos. En las **palabras** justas y proféticas, que pueden llegar a cambiar la historia y adelantar el Reino de Dios aquí en la tierra. En las **palabras** vivas y entrañables, que llegan al corazón y consuelan, confortan y transforman. En, las **palabras** últimas, que quedan ahí como memorial y testamento, eficaces al recordarlas, como si de un sacramento se tratara.

También podríamos fijarnos en el éxito que tienen los magos de la **palabra**, sean oradores o escritores, que pueden llegar a la cúspide del poder o de la fama; o en la trascendencia que puede tener para las personas y para los pueblos una **palabra** bien o mal dicha, bien o mal escrita; pueblos que se han dejado seducir por el calor del **verbo**.

Y sobre todo, podríamos fijarnos, en el poder creciente de los actuales medios de comunicación, que no sólo comunican, enseñan, entretienen y subyugan; que no sólo recogen los valores o contravalores de la sociedad, sino que los crea. Pueden decidir sobre el que vale y el que no vale, sobre lo que es bueno y lo que es malo, sobre lo que es bonito o es feo, sobre lo que hay que consumir y lo que hay que desechar, sobre lo que hay que ver o lo que hay que leer, sobre lo que hay que votar o lo que hay que aplaudir. Son un ídolo de nuestro tiempo.

Si la **palabra** vale tanto, habría que castigar a aquellos que de un modo u otro la devalúan cometiendo «**verbicidio**», y a aquellos que la desvirtúan o devalúan, que cometen crímenes contra ella, se les deberíamos de llamar «**verbicidas**». La **palabra** debiera ser siempre: laboratorio de verdad, expresión de intimidad, vehículo de comunicación, lazo y alimento de amistad, fuente de alegría, semilla de esperanza, estímulo de superación. Pero nos empeñamos en hacer de ella todo lo contrario.

Hay algunos especialmente culpables de crímenes contra la **palabra**. Son los que la manchan, la prostituyen, la vacían de su verdad y de su espíritu, la asesinan. Son los que la utilizan para degradarse o degradar, para mentir, para herir o separar, o simplemente para no decir nada.

Hay quien puede llegar a utilizar una **palabra** grande y hermosa para decir todo lo contrario (cuántos crímenes se han cometido en nombre de la libertad o la justicia, o de la patria o del mismo Dios). Todos somos culpables de «**verbicidio**». Lavemos nuestras lenguas y nuestras gargantas y que nos pongan una penitencia adecuada: tantos días de silencio por cada **palabra** mal usada, manchada o asesinada. Algunos tendrían que quedarse mudos para siempre.

¡Ay, cuánto hemos devaluado nosotros la **palabra**! Muchas veces no es sino una simple voz, un vago concepto, un juego de letras o un entretenimiento. Podemos decir **palabras**, aun las más nobles y hermosas, y quedamos tan tranquilos. Podemos dar nuestra **palabra** y no sentirnos comprometidos. Podemos estar muchas horas diciendo **palabras** y no pasar nada.

### **Palabras..., palabras..., palabras...**

La **palabra** en hebreo «**DABAR**» tiene un significado muchísimo más rico. La **palabra** no es sólo expresión de un concepto, es también acontecimiento, acción, creación, tarea, conducta. O sea, que la **palabra**, no es sólo una idea, es además un compromiso. No basta con decir **palabras**, hay que vivirlas, hay que hacerlas.

Todo el valor, el poder y la belleza que tienen nuestras **palabras** no son más que una participación de la **palabra** de Dios. Y toda la fuerza, la energía, la densidad, el compromiso que han de tener nuestras **palabras** no será sino derivación de la **palabra** primera: «**En el principio fue la palabra**», «**está escrito**» Podríamos decir también: «**En el principio fue la Acción, la Energía creadora, el Amor**» Para Dios decir es hacer, hablar es crear y siempre amar. Si alguna vez, podemos escuchar en directo, la **palabra** de Dios, será, sin duda, un momento de cielo. «*Habla el Señor, ¿quién dejará de escuchar? Habla el Señor, ¿quién no va a profetizar?*» (Amós 3,8).

La **palabra** del Señor tiene fuerza creadora. «*Él lo dijo y existió*» La **palabra** del Señor es vida, y luz, y fuego, y alimento (Mateo 4,4), y hasta medicina: «*Envió su palabra para curarlos*» (Salmo 106,20). La **palabra** de Dios es acontecimiento y energía. La **palabra** del Señor es amistad, intimidad, amor. Él habla, no para enseñarnos cosas, sino para manifestarse, para descubrir su Nombre a Moisés y a todos sus hijos.

La **palabra** del Señor siempre es verdad, hace siempre lo que dice:

- *Si dice, «no temas», esa palabra quita todos los miedos.*
- *Si dice «tendrás hijos como las estrellas», esa palabra se cumple.*
- *Si dice «Yo estoy contigo», te penetra su amistad y su presencia;*
- *Si oyes que te dice «estás perdonado», te sientes entre sus brazos.*

Por eso, el mayor castigo que el hombre y el pueblo pueden recibir es quedarse sin la **palabra** de Dios. ¡Qué silencio, qué vacío, qué hambre y qué pobreza! «*He aquí que vienen días... en que yo mandaré hambre a la tierra,*

*mas no hambre de pan, ni sed de agua, sino de oír la Palabra de Yavhe. Entonces vagarán de mar a mar, de norte a levante, andarán errantes en busca de la Palabra de Yavhe, pero no la encontrarán»* (Amos 8,11-12)

Para el que ha gustado alguna vez la **palabra** de Dios, ya no puede prescindir de ella, origina dependencia como la droga. Por eso, cuando Dios calla, se busca ansiosamente su **palabra**, o se trata de recordar las **palabras** anteriores. El silencio de Dios resulta insoportable. A veces, es verdad, parece que calla demasiado, que no responde nada a nuestras llamadas. Y hemos de reconocer que este silencio de Dios ha sido siempre una de las mayores piedras de tropiezo para la fe.

Peró. . . He aquí que las cosas van a cambiar radicalmente. El castigo anunciado por Amós no se repetirá. Dios ya no volverá a callar. Lo que va a hacer es condensar todas sus **palabras** en una. Su **palabra**, la **palabra**, y nos la dirá, nos la enviará, nos la regalará. Será el regalo más grande, el don definitivo, nos lo dejará siempre para nosotros.

El regalo más grande que nos hace el Padre, es su **palabra**. Nos la regala y nos la deja para siempre. La **palabra** es algo muy suyo. Es la manifestación de su intimidad. Es la imagen de su ser. Es un doble de sí mismo. Es su propio Hijo. Y será a la vez algo muy nuestro, algo de nuestra propia carne, nacido de nuestras raíces, humano. Y ahora, cuando leamos de nuevo el Evangelio de S. Juan, su gran obertura:

*«La Palabra estaba junto a Dios, y la Palabra era Dios...*

*En la Palabra había vida...*

*La Palabra era la luz...*

*y la Palabra se hizo carne...»*

Aquí nos descubrimos, aquí nos arrodillamos **«Es misterio»**. Es mucho más de lo que podíamos esperar, incluso soñar. Es un Dios que llega a ti para hablarte, para comunicarse contigo, para llenarte. Ahora no digas nada, si acaso balbucea y llora. Contempla, medita y guarda en tu corazón este misterio, como María. Silencio, Admiración y agradecimiento. No tengas prisa, porque la **Palabra** no tiene prisa, se va a quedar siempre con nosotros. Ya tendrás tiempo de escuchar... y de preguntar... y de decir... no tengas prisa, no ves que **«Ha puesto su tienda entre nosotros»**, la **Palabra**, acontecimiento divino, ahora se dice, se hace acontecimiento humano.

Esta **Palabra** tiene, naturalmente, las mismas cualidades que la **palabra** de Dios, porque no sólo es **palabra** de Dios, sino **PALABRA-DIOS**. Sólo que ganamos, porque es **Palabra** personalizada. **Palabra** entrañable, más cercana, más viva, más plena y permanente. Es **Palabra** que no sólo la podemos oír, sino que la podemos ver y palpar, porque es carne. **CRISTO-PALABRA**, no es un hombre lleno de sabiduría, sino la Sabiduría hecha hombre.

Por eso, porque es **Palabra** temblorosa, íntima, penetrante, podemos decir con verdad que **«no es cosa que te exceda ni es inalcanzable; no está en el cielo... ni está más allá del mar... sino que la palabra está bien cerca de ti, está en tu boca y en tu corazón»** (Deuteronomio 30, 11-14). Está en ti y es eficaz, dice y acontece. Si te habla, te salva. Si te dice una **palabra**, te sabe a vida eterna.

No es enciclopedia para adquirir cultura, es libro vivo; si lees en él, vivirás. Es **PALABRA-AMOR**.

Las **palabras** de Jesús no eran para enseñarnos cosas, sino para enseñarnos al Padre. **JESÚS-PALABRA**, se hace carne para enseñarnos al Padre. Quiere enseñarnos el nombre de Dios: **«He manifestado tu Nombre»** (Juan 17,6). Nos dice que Dios se llama Amor, y que nos ama hasta el fin: **«El Padre os quiere»** (Juan 16,27). Esto nos lo enseñó con **palabras** y con gestos, nos lo enseñó con su propia vida reflejo de la del Padre.

Nos enseñó el amor del Padre amándonos como el Padre: **«Como el Padre me ha amado, así os he amado yo»** (Juan 15,19); **«el amor con que Tú me has amado esté en ellos y yo en ellos»** (Juan 7,26). Toda la **Palabra** de Jesús viene a reducirse a esta frase: **«Si supierais cómo os ama el Padre, si supierais cómo os amo...»** O esta otra: **«¿Que Dios no te ama? ¿Que no te amo? ¿No ves lo que he hecho por ti?...»**

Por eso, escuchar la **Palabra** es abrirse al amor de Dios, manifestado en Cristo. Abrir la mente, porque es un amor **«que supera todo conocimiento»** (Efesios 3,16-19), y abrir el corazón para que rebose de amor. No lo dudes, si Dios te habla en Cristo, es que te ama; si te está hablando, es que te está amando. Después de escuchar y guardar la **Palabra**, debes decidla, comunicarla. Proclamar la **Palabra** es ser testigo del amor. Esa es nuestra vocación: Decir la **Palabra** de amor, amando. **«Tu misión es dar a conocer el amor, amando»**

Jesús se queja de nuestra dureza de oído y de corazón. Y le duele, no tanto porque Él sea rechazado, sino por el rechazo que supone del Padre, porque Jesús habla siempre las **palabras** del Padre. **«Lo que el Padre me ha enseñado, eso es lo que hablo»** (Juan 8,28), le duele porque nos quedamos en las tinieblas, porque nos cerramos a la gracia y a la salvación. Es el misterio de la capacidad del hombre para cerrarse, para rechazar al mismo Dios. El que es capaz de Dios, es también capaz de quedarse con el vacío de Dios.

Mas, si escuchamos la **Palabra** y la llevamos a la práctica en nuestra vida, se produce una maravillosa transformación. Porque quienes reciben la **Palabra** se contagian de divinidad. Y divinizados se convierten asimismo en **palabra**. Nos hacemos eco vivo de la gran **Palabra** con distintas modulaciones y subrayados. **«Sois una carta de Cristo... escrita, no con tinta, sino con el Espíritu de Dios vivo; no en tablas de piedra, sino en las tablas de carne del corazón»** (2ª Corintios 3,3). Palabra oral o palabra escrita, eco o renglón, pero siempre, siempre, **PALABRA VIVA DE DIOS**.

El lema único y suficiente para todo aquel «vicenciano», “heredero o heredera” de **San Vicente de Paúl** es el mismo que define la vida de Jesucristo:

**«EL SEÑOR ME HA ENVIADO A EVANGELIZAR A LOS POBRES»**

Todo aquel que quiera ser «vicenciano» (voluntaria de la caridad, hermana o misionero), debe comenzar, como comenzó **San Vicente**, por una verdadera conversión hacia Jesucristo para dedicarse como Él a «**evangelizar-servir**» a los pobres.

Esto exige un despojamiento de intereses personales, e incluso corporativos, ya que, el mayor obstáculo para una dedicación plena a la evangelización de los pobres, se encuentra precisamente, y es cosa bien sabida, en el egocentrismo personal o comunitario.

Un «vicenciano» debe tener los ojos bien abiertos, como los tuvo nuestro santo patrón, para saber ver el porqué y el cómo de los pobres del mundo que nos toca vivir; cómo es la sociedad actual, tan diferente de la que conoció San Vicente, pero que al igual que entonces, segrega de sus estructuras de injusticia una muchedumbre inmensa de pobres en todo el mundo.

Un discípulo de **San Vicente**, debe intentar tener un corazón tan grande como el que él tuvo, y, además, una visión de la injusticia estructural como generadora de pobreza material y espiritual. Tiene que conocer, para obrar con la mayor eficacia posible, pues las fuerzas y los medios de acción, siguen siendo escasos ante las pavorosas exigencias de la pobreza moderna.

La «**acción vicenciana**» no es una acción de reforma o mejora social, sino una acción evangelizadora; es decir, quiere llevar al pobre y a la sociedad en que vive hacia la instauración, ya en este mundo (aunque sea de modo provisional e imperfecto) del reino de Dios como imagen y anticipo del reino definitivo. La «**acción vicenciana**» quiere ir más lejos, no menos, en la instauración de la verdadera justicia, paz y amor que todos y cada uno de los programas conocidos de reforma o de revolución social.

La vocación a la evangelización-servicio de los pobres es absorbente, como lo fue la de Cristo. Esto, quiere decir que ningún aspecto de la vida personal o comunitaria puede quedar al margen de las exigencias de una tal vocación: ni la vida de oración, ni la comunidad, ni los bienes comunitarios o personales, ni las estructuras de gobierno y su funcionamiento, ni los métodos de formación, ni tan siquiera los múltiples aspectos de la personalidad de cada uno. Esto es: las relaciones con familiares y parientes, los requerimientos de la profesión, enfermedades, vejez y crisis personales y hasta las exigencias del cargo o destino recibido de los superiores, etc. Todo ha de verse en la vida del «vicenciano» a la luz de la vocación que Dios mismo le ha señalado como manera peculiar de vivir la fe recibida en el Bautismo.

Los múltiples ministerios y actividades que dimanen de las **instituciones vicencianas**, deben estar, todas, orientadas al cumplimiento de la vocación fundamental, de tal manera que la ayuda a la formación del clero, las misiones, la enseñanza, la animación de grupos juveniles, el ministerio parroquial o de cualquier otro tipo, la asistencia social y la sanitaria, la asistencia personal y a domicilio, sólo serán «vicencianas» en la medida en que se persiga a través de ellas lo que debe perseguir la vocación fundamental de todas las **instituciones vicencianas**: “**la redención de los pobres en seguimiento de Jesucristo**”.

*Porque...*

**«LOS POBRES SON NUESTROS AMOS Y SEÑORES»**

La principal motivación que lleva a **San Vicente** a hacer esta afirmación, no es la compasión, sino la idea teológica del Cuerpo místico de Cristo. Se siente urgido a hacer verdad efectiva, no teórica, esta experiencia: «**Ser cristiano y ver a un hermano afligido, sin llorar con él, sin estar enfermo con él. Es no tener caridad, es ser cristiano en pintura, es no tener lo más mínimo de humanidad**».

**San Vicente de Paúl** vio esta idea y trató de comunicarla a sus colaboradores. Su primera intuición, su primera convicción es aprovechar toda ocasión de estar con los pobres. Descubrió la técnica del encuentro con los pobres.

Para San Vicente, no es suficiente “**tener inquietud por los pobres**”, se requiere que esta preocupación sea comunicativa y que se traduzca en actos concretos: «**La presencia de los pobres tiene que desencadenar en un movimiento de vida**». Un organizador de la caridad, y **San Vicente** lo fue, debe saber: coordinar, insertarse, tener competencias y saber abordar toda situación concreta de pobreza en que se encuentre, y así, conseguirá:

- ❖ **Organizar la vida comunitaria en función de la vida apostólica.**
- ❖ **Ampliar las zonas del apostolado.** (Recordemos: «El claustro será la calle».)
- ❖ **Multiplicar la gama de las obras apostólicas.**

La atención al hermano debe ser corporal y espiritual. Hay que saber conjugar pan y catecismo, misión y caridad. El evangelio dice a este respecto: «**Los ciegos ven, los cojos andan... y se anuncia el evangelio a los pobres**» (Lucas 7,22).

En todos los tiempos, siempre, se ha ejercido la caridad. En los monasterios y conventos ya se distribuía el pan y la comida, pero tenía que ir el pobre al convento. **San Vicente** dice: «**No podemos esperar que los pobres vengan a nosotros, tenemos que ir nosotros al pobre**» En la caridad **vicenciana** hay que darse más que dar. Así entendemos mejor las palabras de Vicente: «**Nada más que por tu amor, por tu amor solamente te perdonarán los pobres el pan que les das**»

En un mundo como el nuestro, donde la persona es la más amenazada, es muy interesante tener en cuenta a la persona. El enfermo, el indigente, el inmigrante o el necesitado, no es una ficha más en un fichero, el pobre tiene una eminente dignidad, aunque a veces, la forma externa no tenga apariencia humana, por eso decía: «**Hay que dar la vuelta a la medalla, para saber descubrir a Cristo**»

Para estar de verdad con los pobres necesitamos luchar contra las estructuras caritativas generalizadas. Y también contra las distintas formas de pobreza, mediante:

- 1. La caridad asistencial**
- 2. La caridad de promoción**
- 3. La lucha por cambiar las estructuras que generan injusticia.**

Las tres son complementarias y se deben realizar al mismo tiempo. Ya nos lo dijo **San Vicente**: «**Los pobres sufren más por falta de organización, que por falta de personas caritativas**»

Hace mucho tiempo que se dijo y todavía se repite bastante a menudo, nosotros mismos, lo habremos dicho y refrendado en más de una ocasión:

- ¡Ya no hay ni señores ni siervos!...
- ¡La esclavitud ya fue abolida!...
- ¡Hoy ya no hay amos ni esclavos!...

Y... quizá sea verdad, al menos así lo creemos. Pero hemos construido una sociedad en donde, estas cuestiones, ni nos inquietan, ni nos preocupan. Lo que verdaderamente nos importa es tenerlo todo y tenerlo ya, **¡ahora mismo!**

Una educación excesivamente permisiva, una falta casi total de premiar el esfuerzo y la autodisciplina, un apelar a nuestros derechos, olvidando nuestras responsabilidades, un ambiente social lleno de estímulos que sólo empujan a ganar, a gastar y a disfrutar, nos está llevando a un estilo de vida en donde la corresponsabilidad, la solidaridad, el perdón, la tolerancia, la amistad, el cariño, la dejación y la renuncia, no tiene ya lugar alguno.

El único estímulo que recibimos hoy, la única valoración positiva que nos da y nos pide esta sociedad es: que hay que estar a la última..., que hay que ser el «**número uno**»..., que no puedes permitir que nadie te pise..., que no te puedes quedar atrás, ni fuera de onda..., que tienes que ascender a costa de cualquiera y sin importarte nada..., que tienes que poseer el último modelo de ordenador, de televisor, de electrodoméstico, de automóvil, de... lo que sea. Y todo esto a base de competir, de hacer horas extras, de amontonar cosas sin saber bien para qué... y por supuesto, a costa de no poder disfrutar y hacer buen uso de esas cosas; a costa de no tener tiempo para el desarrollo personal y el cultivo de las aptitudes de cada cual; a costa de posponer u olvidar el dialogo y la relación con la familia y con los otros seres.

No resulta nada difícil imaginar a cualquier persona de este nuestro mundo desarrollado y mal llamado «**civilizado**», encerrado en una habitación rodeado de múltiples pantallas y teléfonos, desde donde está informado de todos los acontecimientos que ocurren y desde donde puede solicitar cualquier producto, cualquier cosa por la que sienta necesidad o simplemente curiosidad. La comunicación se efectúa a través de mensajes que se envían y reciben por correo electrónico y no hay necesidad de mantener ningún contacto físico con nuestro interlocutor. Perdiendo así, el placer de la relación personal y la compañía de los amigos, comentando las sensaciones que percibimos al leer un buen libro, al escuchar una buena sinfonía o al contemplar un buen cuadro.

Y todo esto, está a nuestro alrededor, **lo estamos viendo ya**, no es producto de nuestra imaginación ni es «**ciencia ficción**». Nuestro tiempo de ocio no lo dedicamos a hacer aquello que tiende a cultivarnos, a elevarnos y enriquecer nuestro espíritu, nos hemos olvidado ya de:

**La Literatura:** (Cervantes, Santa Teresa, Shakespeare, Calderón de la Barca, San Juan de la Cruz, Unamuno, García Lorca, Horacio, Lope de Vega, Góngora, Cernuda, Quevedo, Gogól, Andersen, Milton, San Agustín, etc., etc.)

**La Música:** (Beethoven, Bach, Haendel, Albeniz, Falla, Granados, Mozart, Rossini, Liszt, Bizet, Verdi, Wagner, Sorozábal, Chueca, etc., etc.)

**La Pintura:** (Murillo, El Greco, Monet, Miguel Ángel, Picasso, Goya, Zurbarán, Leonardo, Rafael, Miró, Goya, Dalí, etc., etc.)

Ahora, nuestro tiempo, lo dedicamos única y exclusivamente a «**navegar por internet**» A recibir y transmitir aquellas noticias que generan los medios de comunicación sobre los modos de vivir, de alimentarse, de vestir, de divertirse o cualquier otra novedad que lanzan los amos de la información.

Sin pensar que cuando la persona se convierte en esclavo de la maquina es mucho peor que ser esclavo de otra persona. Pues, con el «**otro**», te puedes enfrentar, luchar, discutir, exponer tus razones, escuchar las suyas y de una u otra forma llegar a acuerdos. Pero, con una máquina no, una máquina, nunca mostrará aprobación a lo que tú hagas, jamás te dará satisfacciones personales, al contrario, cada vez te planteará mayores retos, para poner a prueba tu capacidad intelectual, para acaparar tu voluntad. Así, terminarás viviendo para ella, olvidándote de que existen otros seres a tu alrededor. Por eso,

**¡¡¡¡ R E B E L A T E !!!!!**

Desconéctate de todas las máquinas, del ordenador, del televisor, del teléfono... sal a la calle y para a la primera persona que encuentres, mírala, charla con ella, tócala y siéntela muy cerca de ti, háblale e interésate por su vida, saludala con un **¡Hola qué tal te va?** Basta simplemente con que inicies el camino, que pongas los medios mínimos y necesarios para establecer el contacto, y, desde tu manera de actuar, desde tu forma de ser, comunícale tus pensamientos, cuéntale tus proyectos, infórmale tus inquietudes, tus sentimientos y te encontrarás con alguien que es

capaz de responder a tus preguntas, de oponerse a tus propuestas, de presentarte alternativas dándote la oportunidad de llegar a sus pensamientos, a sus sentimientos, a su forma de ser, de pensar y de actuar.

Con ello, te arriesgas a que tu relación con él, vaya creciendo y sin querer, te encuentres con otros seres que sienten lo mismo... y que piensan distinto o igual que tú... y que pasear juntos hace más agradable el camino... y que el tiempo pasa más deprisa... y que la vida es maravillosa... y que vale la pena compartir... y te darás cuenta de que aumentan tus conocimientos sobre ti mismo y sobre todo cuanto te rodea... y volverás a encontrar el placer de participar en proyectos de vida, en propósitos y aspiraciones humanizantes y humanizadores.

Aunque, hace ya dos mil años y nosotros no estábamos en Belén, cuando en medio de la noche, los ángeles despertaron a los pastores con su canto y les anunciaron: «**Os ha nacido un salvador**», también nos lo decían a cada uno de nosotros.

Aunque nosotros, no acompañamos a Jesús por los caminos de Galilea, como los apóstoles; cuando Juan, al comenzar su evangelio, proclama ese bello himno de la Palabra hecha carne y dice: «**Hemos contemplado su gloria**», también nos lo está diciendo a cada uno de nosotros.

Nosotros no estábamos allí, entonces, pero... «**Hoy**» estamos aquí, «**Hoy**», nos ha nacido un salvador y «**Hoy**» contemplamos su gloria.

Porque celebrar la Navidad es esto. Es creer que, efectivamente, nuestra vida humana está llena de Dios para siempre. Es encontrarnos nuevamente, cada año, un año más, con la presencia amorosa de Dios en el rostro, en los ojos, en las manos, en los lloros y en las risas de ese niño que acaba de nacer y que María y José miran con toda la ternura del mundo.

Es cantar villancicos sintiéndonos felices y con toda ilusión. Cantar al «**chiquirritín, metidito entre pajas**» y recordar que «**Dios ha nacido pobre en un pesebre, entre un buey y una mula**» y tantas otras canciones así de ingenuas y entrañables.

Pero, cuando las pronunciemos, haremos bien en darnos cuenta de que, lo que cantamos, no son tan sólo unas frases más o menos poéticas y tiernas, sino que, en definitiva, son afirmación de que la debilidad, fragilidad y docilidad de este niño –**metidito entre pajas**– es la manera de como Dios ha querido amarnos; que Jesús será siempre dócil y frágil. Frágil y dócil hasta el Calvario, para así mostrarnos que su única fuerza es el amor, que su Padre nos ama por encima de todo, porque Dios es amor. Que el amor es siempre dócil y frágil y que así débil, dócil, frágil y crucificado, es como crea, renueva y salva.

Porque celebrar la Navidad es esto. Nosotros no estábamos en Belén hace dos mil años ni tuvimos la suerte de acompañar a Jesús por esos caminos de Galilea. Pero cuando cada domingo, nos reunimos como comunidad de creyentes, afirmamos nuestra fe, escuchamos su Palabra y nos alimentamos de su Cuerpo y de su Sangre, vivimos lo mismo que los pastores vivieron y sentimos lo mismo que los apóstoles y discípulos sintieron.

Y no sólo cada domingo, cuando celebramos la Eucaristía. También en casa y en nuestro trabajo, y en nuestras relaciones cotidianas, cuando nos esforzamos por un mejor entendimiento entre todos, procurando el bien y la justicia; cuando dedicamos nuestro tiempo a visitar a un enfermo, cuando sufrimos con los que sufren, cuando frenamos nuestra ira y cuando sabemos perdonar y pedir perdón, cuando decidimos poner nuestros bienes y nuestro tiempo al servicio de una vida más digna para todos. Cuando nos preocupamos y nos ocupamos del bien de nuestros hermanos.

Nuestra vida, transcurre siempre de una forma muy rápida y las cosas pasan por delante de nosotros casi sin darnos cuenta. Por eso, es conveniente encontrar un momento de paz, de silencio y oración, para saborear lo que significa la Navidad. Para ponernos en disposición de que Dios pueda entrar en nuestra vida. Porque Navidad es precisamente eso: **Dios viene a nosotros, a nuestro mundo, a nuestro corazón.**

Detengámonos, dejémosle entrar, démosle gracias porque Él ha querido ser uno de nosotros, pidámosle nos ayude a descubrirlo en cuanto nos rodea y felicitémonos de todo corazón. Porque «**HOY**» nos ha nacido un salvador. «**HOY**» hemos contemplado su gloria. Porque «**HOY**» y «**SIEMPRE**» Dios nos ama de verdad. Porque «**HOY**» y «**SIEMPRE**» es Navidad.



## **EL GRAN DESCUBRIMIENTO**

Al hombre de todos los tiempos, siempre le ha fascinado el misterio y su descubrimiento, bien sea la intimidad de la persona amada o la composición de la materia; las tierras lejanas y los pueblos extraños; las leyes de la ciencia y las estrellas remotas... Poco a poco y con su propio esfuerzo, su ingenio y su sabiduría, su cansancio y su riesgo, la humanidad ha ido descubriendo el mundo y sus misterios.

Demos por supuesto que, en este mundo nada se crea ni nada se destruye, sino que todo se transforma, según la ley de Lavoisier. Toda la materia del universo estaba concentrada en un corpúsculo a cien quintillones de grados de temperatura. Durante cien millones de años se formaron inmensos ciclones de gas, que al enfriarse dieron origen a las galaxias, de las que hay en el cosmos miles de millones; que cada una de ellas, está formada por miles de millones de estrellas. Que de nuestra galaxia, la Vía Láctea, el Sol es una de esas estrellas y no de las más grandes; que del Sol, se separó la Tierra, hace tan sólo cinco millones de años. Que aquella bola de fuego se fue enfriando y solidificando lentamente, emergiendo la masa que, cambiando lentamente ha configurado el estado actual de los continentes.

Y así, muy poco a poco, Dios ha organizando y preparando nuestra casa: Que hace tres millones de años apareció la vida; hace mil millones los animales, quinientos millones los vertebrados; ciento ochenta millones de años los mamíferos; tres millones de años la especie humana, hace 150.000 años que apareció el hombre de Neandertal y tan sólo hace 30.000 años que llegó el **homo sapiens-sapiens**; es decir, el hombre racional, aunque a veces seamos un poco brutos.

**¡Cuánto trabajo de Dios! ¡Cuánto desvelo durante tanto tiempo, de día y de noche, sin descansar, para ir preparándonos su programa!**

Pero, hay siempre un gran misterio, un misterio infinito que el hombre, nunca jamás habría descubierto por sus propios recursos, el gran misterio del que dependen todos los demás: **El misterio de Dios.**

## **UN EXTRAÑO MISTERIO**

Lo propio de un misterio es, con todos los matices que se quiera, «**ser algo escondido, ignorado y desconocido.**» Podrá ser un misterio absoluto, al menos en la práctica (el número de átomos que contiene la Tierra), o bien un misterio relativo, algo que es fácil conocer pero, que de hecho ignoramos (el teléfono de determinada persona o el argumento de una novela); ya puede tratarse de misterios de carácter material o científico, de algo objetivo o demostrable o por el contrario, de orden moral o espiritual; pero en cualquier caso, predomina un factor de desconocimiento, de ignorancia, de ocultamiento...

En cambio, el misterio cristiano en general y el misterio litúrgico, en particular tiene, el sentido de anuncio y desvelamiento; de manifestación y Epifanía, de comunicación. Más todavía: el misterio litúrgico cristiano, tiene un carácter de donación y participación, es... como si un anuncio publicitario, no se limitara a informarnos del hermoso automóvil que se nos ofrece, sino que nos lo presentara a la puerta de nuestra casa, a nuestra disposición y nos pusiera las llaves en la mano invitándonos a conducirlo.

Es un misterio de Amor. Pues, con un Amor sin límites, Dios decidió la creación del hombre y del universo, así como, su redención cuando cayera en el pecado. Sin límites en el tiempo, porque la decisión la tomó libremente y eternamente. Sin límites en su realización, porque «**nos amó hasta el extremo**» (Juan 13,1), porque «**Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único, para que todo el que cree en Él no perezca, sino que tenga vida eterna**» (Juan 3,16).

**¿Qué padre entregaría al hijo inocente para salvar al amigo culpable? ¿No es un misterio impenetrable?** Es, sobre todo, un misterio de ternura y de amor, que Dios tuvo guardado en el fondo infinito de su gran corazón. **¿Cómo podríamos los hombres haber pretendido, ni siquiera soñado, que Dios hiciera por nosotros algo así?**

## **EL MISTERIO SE DESVELA**

Dios mismo se nos ha descubierto, se nos ha desvelado en Jesucristo «**Muchas veces y de muchos modos habló Dios en el pasado a nuestros padres por medio de los profetas; en estos últimos tiempos nos ha hablado por medio del Hijo**» (Hebreos 1,1), «**A Dios nadie le ha visto jamás; el Hijo único, que está en el seno del Padre, Él lo ha contado**» (Juan 1,18).

En la última cena, Jesús dice al Padre: «**Ésta es la vida eterna: que te conozcan a Ti**» (Juan 17,3), «**He manifestado tu nombre a los hombres que tú me has dado**» (Juan 17,6), «**Porque las palabras que tú me diste se las he dado a ellos**» (Juan 17,8).

Y cuando Tomás le pregunta: «**¿Cómo podemos saber el camino?, Jesús le contesta: Yo soy el camino, la verdad y la vida**» (Juan 14,5-6), y añade poco después: «**Las palabras que os digo no las digo por mi cuenta. El Padre, que permanece en mí, es el que realiza las obras**» (Juan 14,10).



Hay que reconocer, de todos modos, que los apóstoles aprovecharon más bien poco. Varias veces nos dicen los evangelistas: «ellos no comprendían tales palabras» (Marcos 9,32), «no comprendían tales cosas» (Lucas 9,45). Y Jesús frecuentemente les reprende: «¿Todavía no entendéis ni comprendéis?» (Marcos 8,17), «¿aún no comprendéis?» (Marcos 8,21).

Y es que, en realidad, les faltaba la última lección, el último toque, el don del **Espíritu Santo** que les haría presente al mismo Maestro en su interior y de manera permanente: «**Mucho tengo todavía que decirlos, pero ahora no podéis con ello. Cuando venga Él, el Espíritu de la Verdad, os guiará hasta la verdad completa**» (Juan 16,13).

Jesús es la Palabra de Dios que, como en el Antiguo Testamento, tanto en la creación como en la historia de la salvación, hace lo que dice y dice lo que hace. Con su palabra sana a los enfermos, multiplica los panes y los peces y resucita a los muertos. Y con sus obras de amor y de misericordia, de paciencia y de perdón sin límites, nos habla no solamente de la sabiduría y el poder de Dios, sino además y sobre todo de su amor infinito hacia nosotros.

Amor que le lleva a entregar la vida de su Hijo único por nuestra salvación. El Verbo divino aceptó la condición humana; el eterno se sometió al paso del tiempo. Jesús asumiendo nuestras faltas, con su muerte y resurrección nos hace partícipes de su misma condición de hijo, permitiéndonos llamar a Dios: ¡**ABBÁ-PADRE!** O sea, que de misterio, ya nada; que Dios se nos ha desvelado, se nos ha confesado, se nos ha descubierto.

Que entre Dios y nosotros, creados a su imagen y semejanza, se da la relación como la del lazarillo y el ciego: nos acompaña, llevándonos de la mano por el camino de la vida y con su palabra, nos orienta y nos informa del paisaje por donde vamos pasando y por la que Él intenta llevarnos si nosotros le dejamos, pues nos ha creados en total libertad.

## **MISTERIO PASCUAL, PLAN SALVADOR DE DIOS**

**Pascua** viene de la palabra hebrea “**pesah**”, que en su significado original quiere decir **salir, pasar o saltar**, aludiendo al acontecimiento fundacional de Israel, cuando el ángel exterminador **pasó** de largo frente a las casas de los hebreos, untadas con la sangre del cordero y después el pueblo **pasó** de la esclavitud a la libertad.

Por encargo de Dios, Moisés estableció una fiesta anual para recordar este acontecimiento liberador a la que se dio el nombre de **Pascua**.

La **Pascua** era al mismo tiempo un sacrificio a la divinidad y un banquete con la comunidad. En los primeros tiempos, el cordero lo inmolaba el padre de familia y se celebraba en el hogar propio y en la propia ciudad, pero más adelante el sacrificio se realizaba en el templo y el banquete se celebraba en las diversas casas de Jerusalén, ya fueran propias de los residentes de la ciudad, ya fueran prestadas o alquiladas a los peregrinos para esta ocasión.

No era una comida cualquiera, en la que cada familia preparaba libremente los alimentos y los servía en el orden y forma que mejor les pareciera, sino que era una comida sagrada, sometida estrictamente a unos ritos establecidos y se componía exclusivamente del cordero, el pan sin levadura y varias copas de vino que se pasaban de mano en mano en ciertos momentos y todo ello, acompañado de varias oraciones y salmos relativos al acontecimiento pascual.

Además, contenía una enseñanza catequética perfectamente programada: un niño debía preguntar sobre el porqué de aquella cena y, el cabeza de familia le respondía, recordando la liberación de Israel del yugo de la esclavitud, gracias al brazo de Iahvé. De esta manera, al recordar el fundamento inicial de la liberación, que se actualizaba en aquella celebración, era además, prenda y esperanza de una liberación futura más completa.

Así, lo que anticipaba y anunciaba la Pascua hebrea, Jesús lo llevó a su plenitud, como cabeza no solamente del pueblo israelita, sino de toda la humanidad. Jesús es el verdadero cordero que es sacrificado. Aquella pascua, aquel paso de la esclavitud a la libertad, de la tierra extranjera hacia la patria, hacia la tierra prometida, Jesucristo lo cumplió con su muerte y su resurrección. Toda su vida fue una Pascua, pasando en primer lugar del Padre al mundo por la Encarnación.

Pero, fue en la cruz donde consumó, consumió y reasumió su vida pascual y peregrina, llegando así definitivamente a la gloria del Padre, en el abrazo de amor del Espíritu Santo y en comunión con todos los ciudadanos del Reino, a la verdadera tierra prometida que es la tierra de Dios, el Reino de los Cielos.

El Padre nos eligió desde siempre para ser sus hijos y, por eso, Jesús nos liberó del pecado, nos hizo herederos de su gloria y nos reveló todo el plan de Dios: la unidad universal. Pero, en este caminar, no estamos solos. Cristo mismo nos guía en este tránsito hacia su Reino y, el Espíritu Santo, que es a la vez luz y fuerza, razón y poder, amor y saber, obrar y conocer; que es el fuego del amor de Dios, (llama de amor viva, nos dirá san Juan de la Cruz) no solamente es el artífice de la presencia del Verbo entre los hombres, sino que también es el que nos lleva, transportados como en litera, por la historia de la salvación, a su Reino, para convertirnos en templo suyo, Santuario de Dios.

*«Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido en la persona de Cristo con toda clase de bienes espirituales y celestiales. Él nos eligió en la persona de Cristo, antes de crear el mundo, para que fuéramos santos e irreprochables ante Él por el amor» (Efesios 1,3)*

**«El pueblo que caminaba en tinieblas vio una luz grande: Habitaban tierras de sombra y una luz les brilló»**

Se nos hace difícil reconocer que «**estamos a oscuras**», cuando damos a un interruptor y se enciende la lámpara de la habitación iluminando toda la estancia. Cuando apretamos un botón y la «**pequeña pantalla**» se ilumina regularmente para proporcionarnos la acostumbrada ración de imágenes; cuando la lavadora funciona; cuando nos paramos delante del escaparate de cualquier gran almacén y una danza de luces de colores no para de hacernos guiños. **“Vemos, no estamos a oscuras”**

Hoy, cuando pensamos en la oscuridad, siempre pensamos en la crisis energética. Si, cuando en Navidad se encienden, como siguiendo un guión, las centenas de luces de las calles y de las tiendas, respiramos tranquilos. **“La luz está asegurada”**.

Es duro admitir que «**caminamos en tinieblas**» cuando permitimos que marquen nuestro camino: libros, periódicos, revistas, emisoras de radio, cadenas de televisión o el líder del grupo musical o del partido político en el que nos hemos enrolado; incluso estamos haciendo acopio de luces exóticas procedentes de lejanos países: filosofía oriental, prácticas varias, recetas de sabiduría, meditación trascendental, gurús famosos, algunas incursiones en el tarot y la astrología y hasta efectuamos algunas pasadas por dietas terroríficas que los ascetas de otros tiempos ni por asomo, pienso que soñaban.

Isaías, nos habla de una luz distinta: **La Luz** que viene de Dios. **La luz** que nos trae ese pequeño niño que nos nace, ese «**niño-Dios**», que se abaja hasta nosotros, haciéndose hombre, para que nosotros podamos elevarnos hasta Él.

Han pasado más de 2000 años y seguimos a oscuras. Se trata de reconocer que nuestra luz es tiniebla y que nuestros ojos están seriados. Que preferimos estar a oscuras porque, sin querer reconocerlo, amamos nuestra vaciedad (aunque la rellenemos de muchos chismes).

No queda sino preguntarnos honestamente:

- **¿Hemos pensado alguna vez en nuestra condición como no sea en una condición de esclavitud?**
- **¿Nos hemos planteado que las modas, la propaganda, las ideologías y el pesimismo, son señales de falta de libertad?**
- **¿Estamos dispuestos a un apagón voluntario?**
- **¿Somos capaces de apagar las luces ilusorias, que nos impiden percibir la verdadera luz?**
- **¿Tenemos el coraje de admitir, ante Dios, nuestra ceguera, que sólo Él puede curar?**

Solo así, **nos brillará su luz** y obtendremos la libertad, la paz y la alegría.

«CUARESMA» es, como ya sabemos, un tiempo de preparación para la Pascua. Tiempo especialmente favorable, para la conversión y el crecimiento. Un tiempo especialmente de gracia, porque sin ella no hay crecimiento posible. Aunque deberíamos de estar siempre dispuestos a crecer en todas las dimensiones, según el Espíritu nos vaya marcando.

Quizás, esta «CUARESMA», podría ser, para nosotros, la del crecimiento hacia el encuentro con el hermano. Necesitamos «**aproximarnos**» los unos a los otros, para hacer un gran esfuerzo de aproximación, porque **¡Estamos tan lejos los unos de los otros!** Y no sólo de los que están materialmente distantes, sino incluso de los que son y tenemos más cercanos.

La «CUARESMA», no es **¿caminar hacia la Pascua?, ¿avanzar hacia Cristo resucitado? ¡Y donde tenemos a Cristo sino en el hermano!** Tanto tiempo leyendo y reflexionando el Evangelio y **¿aún no nos hemos dado cuenta de que Cristo está en los hermanos, y que los hermanos están en Cristo?** Luego, acercarse al hermano es caminar hacia la Pascua, avanzando hacia Cristo.

Caminar hacia el hermano significa empezar a «**conocerlo**» no sólo por su nombre, sino en toda su verdad. Y eso no es nada fácil, porque nos dejamos llevar por los prejuicios, por la superficialidad, por lo que se dice. Llevamos toda la vida conviviendo con una persona y no la conocemos. **«¿Tanto tiempo con vosotros y aún no me conocéis?»** Después de conocerlo, hay que «**reconocerlo**», lo que conlleva comprensión y estima. Por último, tenemos que «**aceptarle**» y «**valorarle**» tal cual es. Tenemos que saber y entender que es diferente a nosotros en su forma de ser y de pensar y, alegrarnos de que sea distinto.

Llegamos y nos encontramos con el otro: cuando sentimos, sufrimos, padecemos y gozamos con él, cuando hacemos nuestras las cosas del otro (sus penas y alegrías, sus satisfacciones y contrariedades) como si fuesen de **«nuestra propia carne»**

Llegamos y nos encontramos con el otro: cuando sabemos «**compartir**» con él nuestros bienes y talentos, cuando compartimos con él lo que tenemos y lo que somos, cuando tomamos su carga, cuando cargamos con él.

Llegamos y nos encontramos con el otro: cuando unimos nuestros sueños y capacidades a las suyas, cuando **«trabajamos juntos»** en un mismo proyecto, cuando luchamos por unos mismos ideales, cuando cultivamos comunes esperanzas...

Llegamos y nos encontramos con el otro: cuando **«nos amamos»** en amistad limpia, en donación desinteresada, en unión progresiva, hasta la verdadera comunidad.

Para lograr todo esto, necesitaremos mucha decisión y mucho corazón. Y precisaremos, sobre todo, que el Espíritu nos acompañe y nos dé su mano, porque sin su ayuda maravillosa, imposible.

Pero, vale la pena. Si llegamos a la meta, nos encontraremos con Cristo resucitado y para nosotros:  
**SERÁ LA PASCUA.**

En nuestra sociedad actual, tan materialista, que vive bajo el signo de la inseguridad, que ha hecho dejación de tantos valores, que no tiene horizontes claros y, que piensa por encima de todo en la diversión, en gozar, en la economía, en el consumo, en el deporte, en el culto al cuerpo, y en los placeres..., meros ídolos-refugio ante el vacío y el desamparo en que hemos convertido nuestra existencia. Vivimos un tiempo caracterizado por el escepticismo y la desesperanza, amargado y triste, inmensamente triste.

En medio de esta situación anacrónica y absurda, para nosotros, los cristianos, resuena un canto de esperanza que consuela a los tristes, que levanta a los caídos, que renueva nuestros mejores ideales y, que hace soplar en toda la creación un viento de libertad: llega el «**ADVIENTO**», una llamada a la esperanza, al cambio, a la conversión de la mirada, a la alegría.

Tantas desilusiones desgarradoras conducen al hombre a no apoyar su esperanza en las cosas de los hombres, en las pequeñas astucias, amiguismos, etc., sino en buscar algo trascendente, a tener «**hambre de Dios**» Para ello, tiene que purificar su esperanza, porque, solo una esperanza purificada de todos los ídolos, puede ser una esperanza cristiana, o sea, dirigida únicamente a Cristo. Una esperanza audaz, que tiene como objeto preciso el don que, en Cristo, nos viene de Dios que acostumbra a mantener las promesas: «*Levantaos, alzad la cabeza; se acerca vuestra liberación*»

El cristiano, está “**autorizado**” a levantar la cabeza, a mirar el futuro con la certeza del que se sabe salvado. Pero, lógicamente, esa esperanza confiada, no se adquiere en el mercado ni se improvisa, es necesario alcanzarla, viviendo cada día, en la espera vigilante, lúcida, consciente, sin perder de vista el objetivo último.

En una palabra “**comprometidos totalmente en la vida de aquí abajo, sin perder el sentido de la orientación final**”. «*Estad siempre despiertos, pidiendo...*» es la misma recomendación que Jesús hace a sus discípulos en Getsemaní, para inmunizarlos contra el peligro de “*caer en la tentación*” (Lucas 22.40-46). No se puede decir que nuestra espera sea una espera vacía, al contrario, es una espera en la que tenemos mucho que hacer.

De un Dios justo, que mantiene sus promesas, se deriva para el cristiano el deber de la **ESPERANZA ACTIVA**. Tenemos que convertir nuestra mirada, poner en práctica nuestra condición de “**profeta**”, intentar abrir mucho los ojos hacia Dios que viene a liberarnos de nuestras esclavitudes.

Es cuestión de «**MIRADA**» Todos somos capaces de ver lo que hay a nuestro alrededor, pero el “**profeta**” ve lo que todavía no existe. El realista, se limita a hacer inventario de lo que tiene ante sus ojos, el hombre de la “**esperanza**” da nombre a las cosas ausentes, llama a lo que no existe, pero que podía existir. Si no somos capaces de ver, si no «**bautizamos**» nuestros ojos, si no conseguimos mirar de manera distinta, la esperanza resulta imposible y la espera desemboca en desilusión.

Cuando Dios interviene en la historia de los hombres, desciende en medio de nosotros para hablar y busca el silencio. Su Palabra no está en boca de grandes hombres, de personajes oficiales, de gente importante, sino de “**personajillos**”, de seres pequeños, de tipos raros y algo salvajes, como el Bautista. No resuena en las ciudades ni en los grandes foros, sino en el desierto. Pero ni siquiera Juan es un personaje principal, lo más importante, lo único principal es la «**PALABRA**» que nos trae la salvación de Dios. Se trata de «*allanar los senderos, de enderezar lo torcido*», itinerarios de rectitud y de justicia.

Elevad los valles y hacer descender los montes y colinas, no son imágenes poéticas. En nuestra vida, existen montañas de presunciones, de autosuficiencia, que han de allanarse para encontrarnos en una dimensión de “**pobreza**”. Existen simas vertiginosas de vacío, insignificancias, aturdimientos, no-sentido, que hay que llenar con algo auténtico. Sí, montañas y barrancos, montones de cosas inútiles y escasez de cosas esenciales. Es necesario tener el coraje de perder, de eliminar, de cortar lo “**excesivo**” que tenemos y, buscad el “**TODO**” que nos falta. Hay que «**PREPARAD EL CAMINO.**»

Preparar el camino sirve para que el hombre quite los “**obstáculos**” de manera que pueda producirse el encuentro con el **SALVADOR**. El hombre debe caminar al encuentro de su Señor, convirtiéndose con vistas a una acogida total, despojándose de autosuficiencias y seguridades. La salvación así, es el resultado de dos caminos que se encuentran: el recorrido por Dios y el recorrido por el hombre. Pero sin olvidar que nuestros esfuerzos sirven

únicamente para ponernos en disposición de acogida, la salvación, sigue siendo don gratuito, iniciativa del “**OTRO**”, regalo de Dios.

El **ADVIENTO** es una invitación a la **ALEGRÍA**. No, a la alegría de quien posee, de quien sabe, sino de quien busca, de quien saliendo de sí mismo, de su yo egoísta, se abre a Dios, acogiendo en su propia vida el proyecto divino, diciendo “**SÍ**” a Dios y a los hermanos. El hombre se realiza cuando rechaza replegarse sobre sí, cuando se abre al Otro y a los otros descubriendo, al prójimo y en el prójimo, el elemento esencial de la alegría que viene de Cristo, de su amor por la Iglesia, de su amor por los hombres.

Esta acogida del designio de Dios, implica una apertura frente al mundo entero, exige descubrir y abrirse al prójimo practicando la justicia y el desprendimiento. La señal de que hemos descubierto la presencia del prójimo está en nuestra actuación con los demás y en nuestra capacidad de compartir: *«El que tenga dos túnicas, que las reparta con el que no tiene; y el que tenga comida, haga lo mismo».*

La felicidad, tan buscada y ansiada, consiste en la alegría de amar y sentirse amado, perdonado, acogido. Alegría de sentirse amado: *«el Señor, está en medio de ti..., ha cancelado tu deuda..., te ama».* Alegría que aguanta, tolera y subsiste ante las contrariedades, porque radica en Cristo: *«el Señor está cerca».* Alegría de conocer lo que Dios quiere de nosotros: *«estad alegres en el Señor, sed felices, nada os preocupe».* **¿Tenéis preocupaciones?, «compartidlas con Dios..., en la oración y en la súplica..., vuestras peticiones sean presentadas a Dios».** Súplicas, sí, pero también acción de gracias: *«no os olvidéis de dar gracias»*, porque la alegría es la capacidad de dar gracias. Alegría de sentir la cercanía de Dios que nos trae y nos da su **PAZ**. Alegría de ser y sentirse **CRISTIANO**.

## **«LA NAVIDAD ES SOLO ESO»**

008/Enero 2005

*«En la verdadera manifestación de Dios, en la Navidad de Nuestro Señor Jesucristo, han aparecido la bondad de Dios y su amor a los hombres»*

No apareció en absoluto el poder de Dios:

*«Él, siendo fuerte, se hizo débil».*

Tampoco apareció la estética de Dios:

*«Él, siendo hermosura soberana,  
cuya contemplación alegra a los ángeles,  
se hizo un niño vulgar».*

Lo que ha aparecido ha sido la benevolencia y filantropía de Dios.

- *Han aparecido la ternura y la misericordia de Dios.*
- *Han aparecido el perdón y el cariño de Dios.*
- *Han aparecido la cercanía y la amistad de Dios.*
- *Han aparecido la humildad y la paciencia de Dios.*
- *Han aparecido las entrañas de Dios.*

La Navidad es solo eso:

- *Que se abrió el cielo y empezó a llover Dios, tierna y mansamente.*
- *Que Dios se convirtió en una lluvia de besos.*
- *Que Dios se convirtió en una tormenta de caricias.*
- *Que Dios se convirtió en un aluvión de abrazos.*
- *Que llovían los perdones y las reconciliaciones de Dios.*
- *Que llovían alegrías y generosidades de Dios.*
- *Que llovían los sentimientos entrañables de Dios.*
- *Que llovía Dios.*

Lo que en el nacimiento de Cristo se manifiesta es la bondad y el amor de Dios; pero es que no podía ser de otra manera porque realmente en Dios no hay más que bondad y amor.

Estábamos equivocados. Habíamos hecho un dios a nuestra imagen y semejanza y Jesús nos viene a decir:

*Que Dios no es otra cosa que bondad y amor.*

La Navidad no es más que eso:

***«EL CAMINO QUE EMPRENDE UN PADRE  
EN BUSCA DE SU HIJO PERDIDO»***



Para cualquier acontecimiento importante en nuestra vida, necesitamos una adecuada preparación: unos conocimientos, unos estudios o una capacitación para un trabajo; precisamos de una especialización o unas oposiciones para ejercer una profesión o un cargo público.

Si lo que esperamos no es algo, sino a alguien: la visita a nuestra casa de un familiar, la de un compañero de profesión, la de un amigo, etc., la preparación ha de ser más cuidadosa.

Y si ese alguien que esperamos es una persona que consideramos importante, ponemos a punto todas nuestras capacidades, preparándolo todo cuidadosamente e incluso engalanamos la casa. Sólo hay que ver el cuidado que ponen unos padres disponiéndolo todo ante el acontecimiento de la llegada de un hijo.

Pues bien, lo que en este tiempo esperamos es la Pascua, el «**PASO DEL SEÑOR**», la fiesta mayor de los cristianos. Esperamos al Señor que pasará entre nosotros y en nosotros, que nos trae la libertad, la gracia, la redención y una vida renovada. Que trae un traje nuevo, porque nos quiere vestir a todos de pascua. No sólo esperamos un baño de bendiciones, esperamos al que es la fuente de toda bendición, esperamos al que puede unguirnos de gracias y bendiciones.

Prepararse para este acontecimiento, para este encuentro tan decisivo, es lo que llamamos conversión y la «**CUARESMA**» es eso:

**«TIEMPO DE CONVERSIÓN»**

- **Tiempo** de renovar con fidelidad nuestras promesas bautismales.
- **Tiempo** de la escucha asidua de la Palabra de Dios y de la respuesta coherente.
- **Tiempo** de la misericordia divina, de la gracia y el perdón.
- **Tiempo** de encarnar en nosotros el misterio de la muerte y resurrección de Cristo.
- **Tiempo** de saber morir para resucitar con Cristo.
- **Tiempo** de volver a desandar los pasos extraviados.
- **Tiempo** de ser perdonados y conceder el perdón.
- **Tiempo** de extender la mano a los hermanos en actitud de caridad y servicio.
- **Tiempo** de profundizar en las enseñanzas de la Iglesia.
- **Tiempo** de orar para encontrarse con el Señor.
- **Tiempo** de reflexión para profundizar en la fe.
- **Tiempo** de vivir el Evangelio con todas sus consecuencias.

Para estas celebraciones, toda preparación se queda corta, necesitamos, algo más que un retoque, necesitamos una nueva programación.

- ❖ Necesitamos un cambio de ser, como un morir y resucitar a una nueva vida, como le dijo Jesús a Nicodemo, siendo ya tan mayor:
- ❖ Necesitamos «**volver a nacer**», recuperando la inocencia de nuestra niñez.
- ❖ Necesitamos unos «**ojos nuevos**», para mirarlo todo de manera diferente.
- ❖ Necesitamos una «**mente nueva**», para cambiar de criterios e ideales.
- ❖ Necesitamos un «**corazón nuevo**», que sea más limpio, más grande, más fuerte, más misericordioso, más... humano, para saber ver el rostro de Jesús en nuestros hermanos.

Y esto no se consigue sólo con desearlo, no se consigue sólo con nuestros esfuerzos. Es tan radical, tan doloroso, tan superior, que fundamentalmente es obra del Espíritu y de su gracia. No nos empeñemos en convertirnos nosotros solos, hermanos, no podemos, abramos nuestro corazón y dejemos hacer al Espíritu. **DEJÉMOMOS CONQUISTAR.**

El amor divino no es un amor cualquiera, el amor de Dios es poderoso y eterno, es misericordia y fidelidad: **«¿Es que una madre puede olvidarse del hijo de sus entrañas? Pues aunque una madre se olvidara de su hijo, yo no me olvidaría nunca de ti».**

Iniciamos el Domingo de Ramos la Semana Santa con una procesión en la que caminamos al lado de Jesús que, montado en un pollino, entra en Jerusalén como **«Rey de la Paz»**, y llenos de alegría aclamamos a Dios con grandes gritos: **«Bendito sea el Rey, el que viene en nombre del Señor. Paz en el cielo y gloria en lo alto. ¡HOSANNA! al Hijo de David».**

Más nuestra condición humana es tan voluble, tan inconstante que pocos días después, el Viernes Santo, gritamos desafortadamente ante Pilatos: **¡CRUCIFÍCALO!**, y así, asistimos casi indiferentes a la hora en que entrega, su vida por nuestra salvación: **«Tanto amó Dios al mundo que le entregó a su propio Hijo... para la salvación del mundo».**

Cristo, siempre libre, vive la muerte con total lucidez y, hace entrega de su vida por amor a la humanidad, nos entrega su vida perdonando nuestra inquerencia: **«Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.»** (Lucas 23,34). La muerte de Jesús es luz que ilumina toda vida y revela la inmensidad del amor de Dios. Jesús ya nos lo había planteado antes: **«Señor, si mi hermano me ofende, ¿cuántas veces le tengo que perdonar? ¿Hasta siete veces siete?»** su respuesta ya la sabemos: **«No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete».**

Hablar de la cruz es hablar de perdón. Qué paradoja ¿Quién puede comprenderlo? De ahí el escándalo de la cruz. El instrumento de maldición e ignominia se transforma en triunfo y gloria. Jesús vence a Satanás, al pecado y a la muerte, a través del fracaso aparente de la Cruz. **«Yo te aseguro: hoy estarás conmigo en el paraíso»** (Lucas 23,43). La promesa de Jesús al buen ladrón es una promesa hecha a todos los hombres. Basta que el pecador se arrepienta y que suplique perdón, para que la respuesta sea inmediata y eficaz.

El amor del Padre es como un resorte automático. Dios siempre perdona. Él es siempre fiel, aunque nosotros le seamos infieles. No se lo piensa dos veces para otorgarnos su misericordia. Pero en buena lógica paternal, no podría ser de otro modo. Él, como el padre de la parábola del Hijo pródigo **«espera día tras día, oteando el horizonte, para verlo venir y corre gozoso para abrazar al pecador que vuelve a casa».**

Cristo desde la cruz nos llama a la conversión. El perdón es siempre vocación de nueva vida. No hay que mirar atrás, se trata de reparar el pecado a base de obrar el bien desde el momento del perdón. Dios no deja de oír la súplica de los hijos que ponen su esperanza en el Resucitado. Y solamente nos pide eso, que vivamos como hijos, que confiemos en Él, incluso cuando las cosas no salen como nosotros queríamos. Que aún cuando el panorama se oscurece, podemos confiar plenamente en Dios y que nuestra confianza no se verá nunca defraudada.

**«Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu»** (Lucas 23,46). Jesús siempre en contacto con el Padre, se abandona plena y totalmente en sus manos. Momento impresionante, pero también instante sereno y bienaventurado. No es la impotencia del quien ya está extenuado, sino la entrega confiada. Es la plegaria de quien sabe que **«DIOS ES AMOR»** y que el **«AMOR»** es digno de toda confianza, Él sabe que sólo es un paso –una Pascua– hacia el Padre. **«Aquel que había venido de lo alto, a lo alto retorna».** Aquel que siempre fue el Hijo y vivió como tal, aquel que puso a los pequeños como modelo de su seguimiento, nos da la lección de lo que es ser hijo: **«confiarse plenamente en las buenas manos del Padre».**

En el abandono en las manos de Dios, nuestro Padre, haremos realidad el deseo de plenitud del hombre: **«el retorno al que es nuestro origen, nuestro creador».**

Cuando hablamos de los discípulos de Emaús, hablamos de un camino de **«ida y vuelta.»**

Cleofás y su amigo han perdido la fe y la esperanza, habían creído en Jesús como Mesías, habían esperado que Jesús fuese el artífice de la liberación del pueblo de Israel. Hasta cierto punto, se habían comprometido con esa persona y con esa causa; pero..., eso pertenece ya al pasado. **«A Jesús le han asesinado y ahora está muerto. - ¿Qué podemos hacer nosotros ya?...»**. El escándalo de la cruz les ha derrumbado, les ha quitado la luz y roto todo su sueño. Piensan que ya no queda nada por hacer y se marchan de Jerusalén, desilusionados y decepcionados, se van buscando, quizás, un sitio tranquilo donde descansar y olvidar.

Querrían olvidarle, pero no pueden. No, no lo han perdido todo, algo les queda, les queda el amor, un amor hecho de admiración, de amistad, de entrega... Les queda su amor por Jesús.

No dejan de recordarle y hablar de él repasando una tras otra sus palabras, sus enseñanzas, sus parábolas y, Jesús sale a su encuentro, les acompaña durante buena parte de su camino, les interpela, se mete en su problema, deja que hablen... que se desahoguen... y los va catequizando.

- **«Quédate con nosotros, porque atardece...»**, Jesús no puede rechazar esa súplica, se queda con ellos y al cenar, **«tomando el pan, pronuncia la bendición, lo parte y se lo da»**. Es entonces cuando se descorre el velo, cuando se le abren los ojos y lo reconocen.

Le reconocen por su gesto, por sus manos al coger el pan, partirlo y repartirlo. Era lo propio de Jesús. Luego... Jesús desaparece y ellos deciden volver a Jerusalén, a contárselo a los hermanos. Vuelven a la **«comunidad»**.

**«Él ha venido para quedarse con nosotros»**. El problema está en que nosotros no queremos quedarnos con Jesús, porque ponemos nuestros afanes en otra parte, porque tenemos muchas cosas que hacer o porque preferimos otras compañías. Pero, a pesar de nuestro desamor, Jesús permanece con y entre nosotros. Jesús, como con los de Emaús, acompaña nuestro caminar, nos escucha, comparte nuestros problemas y nos va comunicando cuanto nos ama el Padre, cuanto nos ama Él; nos va enseñando a amar. **«Como el Padre me amó, yo os he amado, permaneced en mi amor.»**

Convenzámonos **«CRISTO, VIVE ENTRE NOSOTROS»**, solamente tenemos que abrir nuestro corazón, para ver la cantidad de personas que, siguiendo sus enseñanzas y solamente por amor, entregan su vida en beneficio de los demás. Abramos nuestros ojos y veamos la cantidad de hechos que ocurren a nuestro alrededor y en los que, queda reflejada la presencia de Jesús. Pongamos en juego nuestros sentidos y contrastemos la inmensa cantidad de acciones, en favor de los más desfavorecidos que suceden, constantemente en nuestra vida cotidiana y que no salen ni en la prensa diaria ni en las noticias de radio o televisión, pero que nosotros conocemos.

Son signos de la presencia de Jesús, que Él efectúa a través de las manos de hombres y mujeres que movidos por su Espíritu, dedican su tiempo, parte de su vida, al servicio de sus hermanos.

No nos quepa ninguna duda, tal y como nos dice san Juan en el prólogo de su evangelio:  
**«LA PALABRA SE HIZO CARNE... Y SE QUEDÓ ENTRE NOSOTROS.»**

*Ésta es la hora en que  
rompe el Espíritu el techo de la tierra,  
y una lengua de fuego innumerable  
purifica, renueva, enciende,  
alegra las entrañas del mundo.*

*Ésta es la fuerza  
que pone en pie a la Iglesia  
en medio de las plazas  
y levanta testigos en el pueblo,*

*para hablar con palabras como espadas  
delante de los jueces.*

*Llama profunda,  
que escrutas e iluminas  
el corazón del hombre:  
restablece la fe con tu noticia,  
y el amor que ponga  
en vela la esperanza,  
hasta que el Señor vuelva.*

*Amén.*

En Pentecostés, cuando los judíos recordaban la entrega de la Ley y ofrecían las primicias de sus cosechas, los cristianos celebramos la efusión del Espíritu Santo. Él es nuestra Ley, Él nos regala la mejor de las cosechas.

El Espíritu es el aliento de Jesús, es «**SU VIDA**», Jesús resucitado lo comunica a sus discípulos «**exhalando su aliento sobre ellos**». El Espíritu Santo es fruto de la Pascua y recordemos que pascua significa paso. Luego «**Pascua de Pentecostés**» es el paso del Espíritu por nuestras vidas, por eso «**Jesucristo nos habla del Espíritu y el Espíritu nos muestra a Jesús**». El Espíritu que es, al mismo tiempo, aliento y viento, brisa y huracán, toque delicado y terremoto, lluvia y hoguera, y de ese fuego abrasador y ese bálsamo delicado necesitamos, pedimos sus «**siete dones**», pero sobre todo, precisamos intensamente su «**fuerza**», esa fuerza que transforma.

El Espíritu es... como el alma de todas las cosas. Él es quien cambia la materia en energía creadora, quien convierte el agua en vino, la ley en evangelio, el Evangelio en gracia y la gracia en Dios. El Espíritu es «**el amor de Dios, que se derrama en nuestros corazones**» y los hombres no acabamos de aprender esta enseñanza de amor. Necesitamos, algo más que doctrina, necesitamos como ya anunciaron los profetas «**cambiar el corazón**». Necesitamos que nuestro corazón humano que es frío, mezquino, duro, de piedra... se transforme, gracias a la acción del Espíritu, en un corazón libre, grande, solidario, misericordioso, entregado.

Más, para eso, tenemos que bautizarnos en un fuego abrasador y, esto es lo que hace el Espíritu: encender nuestro corazón hasta transformarlo y transfigurararlo. Dicho de otra manera; el Espíritu nos capacita para amar a la manera de Dios y, es de este «**Amor**» de donde podemos sacar la fuerza y la energía necesarias para vivir como cristianos «**¿Cómo no valorar y agradecer este regalo?**».

El Espíritu es un fuego ardiente. La llama que se posó sobre cada uno de los apóstoles era el reflejo de la llama que comenzó a arder en sus corazones. Un fuego que provoca tales llamaradas no puede ser otro que «**el amor de Dios**». Era el fuego que necesitaban aquellos discípulos acobardados para decidirse a abrir las puertas, donde estaban escondidos y olvidando su miedo, hablar delante del pueblo y las autoridades.

Es el mismo fuego que necesitaron los mártires para dar su testimonio hasta el fin. El que precisaron los profetas y los misioneros de todos los tiempos para ejercer su ministerio. Es el mismo fuego que asiste a la Iglesia para ser fiel al Evangelio de Cristo y el que necesitamos nosotros, para ser verdaderos cristianos en medio de este mundo. El Espíritu tiene que ver con la relación, con el encuentro, con la unidad, con la comunión entre todos los hombres, con la comunidad. El Espíritu viene cuando «**todos los discípulos están juntos**».

El que se bautiza en el Espíritu, lucha por la igualdad, por la justicia y por la tolerancia, superando todo tipo de racismo y nacionalismos cerrados. Cuando los discípulos recibieron el Espíritu, se hicieron más «**cristianos**». El toque del Espíritu modifica las obligaciones pesadas convirtiéndolas en cargas suaves y gratificantes, cambia la autoridad en el servicio. Si no hay «**comunidad**» no puede haber Espíritu, ya que, el toque del Espíritu, cambia al individuo en persona, la persona en miembro de la comunidad y la comunidad en icono de la Trinidad.

El que «**bebe**» del Espíritu se llena de la Vida Nueva de Jesús, al que invocarán como su Señor y del que dará testimonio.

*«Jesucristo nos prepara para recibir al Espíritu  
y el Espíritu nos prepara para llenarnos de Jesús»*

La auto-revelación divina va aconteciendo, gradualmente, en el tiempo, porque sólo a través del tiempo, los hombres podemos aprender quién es Dios y quienes somos nosotros mismos, llamados a existir.

En el Antiguo Testamento, parece como si Dios se negase a revelar su nombre, y, no es que no lo tuviera, de hecho, se le atribuían en abundancia. Quizá es que un solo nombre, no permitía al hombre identificarlo plenamente, pero cada nombre mostraba ya, algo de la forma en la cual Dios se estaba gradualmente revelando.

En las antiguas lenguas semitas «**ÉL**», era lo común para decir Dios, frecuentemente iba acompañado de un lugar en donde Dios se había manifestado o en donde el hombre había construido un lugar de culto en su honor: «**es El-Bethel**» (Génesis 35,7).

Cuando Dios «**YHWH**» (Iahvé-Yo soy), llamó a Abrán desde Ur de los caldeos, éste dejó su país, sus parientes y también la casa de su padre, para servir sólo a Dios, abriendo así una nueva época en la historia de la humanidad. Esta nueva relación fue tan decisiva que produjo hasta un cambio de nombre: «*Ésta es la alianza que hago contigo: tú llegarás a ser padre de una muchedumbre de pueblos. No te llamarás ya Abrán, sino Abrahán, porque yo te hago padre de una muchedumbre de pueblos*» (Génesis 17,4s).

Así, cuando Dios cambió el nombre de Abrán por **Abrahán**, el de Saray por el de **Sara** o el de Jacob por **Israel**, indicaba que concedía una bendición o establecía una relación especial con ellos, que los tomaba bajo su protección y ellos le debían honrar como a su propio Señor.

A través de Moisés, «**El-Shaddai**» (Dios omnipotente) constituía un pueblo como propio, un pueblo llamado a venerarlo y a ser liberado. Su elección da origen a la respuesta del hombre. Dios habló así a Israel: «*Yo soy el Señor, y os arrancaré de la opresión de los egipcios; os libraré de la esclavitud, rescatándoos con gran poder y terribles castigos. Os tomaré para que seáis mi pueblo, y yo seré vuestro Dios; entonces conoceréis que yo soy el Señor, vuestro Dios, el que os libró de la opresión egipcia. Os llevaré a la tierra que juré dar a Abrahán, a Isaac y a Jacob, y os la daré en posesión. Yo el Señor*» (Éxodo 6,6-8). Los israelitas antiguos, lo designaban con el nombre de «**Elohim**» (Dios de dioses o Dios supremo) y también se le identificaba con la indicación de quien lo veneraba: «**el Dios de Abrahán**», «**el Dios de Isaac**», «**el Dios de Jacob**», etc.

En el Antiguo Testamento, se nos narra la historia de las intervenciones de Dios en relación con el propio pueblo elegido, al prepararlo para la revelación final, la revelación definitiva de sí mismo en su Hijo: «*Muchas veces y de muchas maneras habló Dios en otro tiempo a nuestros padres por medio del ministerio de los profetas; últimamente, en estos días, nos habló por su Hijo, a quien constituyó heredero de todo, por quien también hizo los siglos*». La Nueva Alianza en la sangre de nuestro Señor Jesucristo ha señalado la realización y superación de la Antigua con la revelación final de Dios, la constitución de un nuevo pueblo y su liberación del pecado.

En Jesús, Dios se nos ha revelado como «**Padre que ama y desea reconciliar a todos los hombres consigo**». Los hombres llegamos a ser hijos de Dios sólo porque Dios es originariamente «**PADRE**». Para san Juan Dios es más bien el «**Padre**» que existe en relación eterna con el «**Hijo**» y por obra del «**Espíritu Santo**».

En esa dimensión tripersonal, Dios da un nuevo significado al amor y muestra a los hombres la imagen de Aquel por quien han sido creados y ante el que, como escribe san Pablo: «*por eso doblo yo mis rodillas ante el Padre, de quien toma su nombre toda la familia en los cielos y en la tierra*» (Efesios 3,14-15)

Pero, la definición más realista, más sencilla y más entrañable del nombre de Dios, la encontramos al final del Nuevo Testamento y nos la da san Juan en su carta, (1ª Juan 4,8.16) al proclamar con extrema sencillez y claridad, la realidad misteriosa de Dios:

**«DIOS ES AMOR»**



Los salmos, están escritos en un lenguaje popular y en ellos se habla con el corazón en la mano, expresan los sentimientos más diversos, desde los lamentos individuales y colectivos hasta la acción de gracias, pasando por el amor y el odio, por la alabanza y el desprecio, por ruegos, peticiones, peregrinación y destierros.

Ningún aspecto de la vida humana queda ajeno; la creación y la historia, lo privado y lo público, lo cotidiano y lo festivo se entrecruzan en una variedad de situaciones que nos indican que desde cualquier situación se puede y se debe orar.

Es cierto que los salmos no son "**crístianos**", pero eso no quiere decir que no sean una magnífica pauta de oración y que expresa el gran diálogo entre Dios y el hombre. Jesús, personalmente, oraba con los salmos y, el centenar de citas que el Nuevo Testamento hace del salterio, nos indica la espontaneidad con que aquellas primeras comunidades vieron retratado a Cristo en los salmos. Que la Iglesia, desde su primera generación asumió el Salterio, sin ruptura, como su libro privilegiado de oración y que durante veinte siglos, han sido, gozo y alimento para todas las generaciones cristianas.

El mismo Espíritu que inspiró a Israel en su oración es el que sigue animando a la Iglesia y a cada cristiano. Entonces, **¿cómo es posible que la oración con los salmos no tenga vigencia para un cristiano de hoy día?** Hay que ser muy humano, para rezar saboreando los salmos, para captar toda su densidad, ya que los salmos cantan las primeras realidades y valores. Pero hay que ser también muy cristiano, para poder decirlos en plenitud, ya que los salmos, sin perder su vigencia anterior, son vistos ahora, desde una perspectiva más completa, son vistos desde Cristo, ya que: *«El mismo Dios que eligió a Israel es quien congrega ahora al nuevo Pueblo en torno a Cristo», «El que hizo la primera Alianza con Abrahán, renueva en Cristo la segunda y definitiva» y «El que obra las maravillas de la primera Pascua nos alegra con la plenitud de la Pascua de Cristo».*

Hasta hace muy poco tiempo, los salmos estaban prácticamente reservados a los sacerdotes y a los religiosos de coro, y además en latín. Apenas hace "**unos**" años que su uso se ha generalizado en la liturgia, y en lenguas vernáculas. Quizás que, para un general conocimiento, lo que ha faltado ha sido un esfuerzo por acercar más a los fieles orantes la espiritualidad de los salmos. Por ejemplo: el único salmo que se dice en la Eucaristía, el salmo responsorial, generalmente se realiza de una manera pobre y sin el ritmo de pausa ni el clima meditativo que requiere. Se "*cumple*" con él, porque está ahí y hay que decirlo, pero no se valora ni con el canto ni con las otras ayudas sugeridas por el Misal. Así, ¿cómo va a producir gozo ni se va a contagiar el entusiasmo por rezar con los salmos?

Los **SALMOS** son expresión de la razón y de la fe, nacidos de la vida del pueblo de Israel y pueden recrear en nosotros esa misma experiencia religiosa. Los Apóstoles le pidieron a Jesús: *«Señor, enséñanos a orar»*, san Pablo nos recuerda: *«Nosotros no sabemos rezar, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inefables»* (Romanos 8,26-27). **«Aprendo a rezar sentado en las rodillas de la madre Iglesia»** (P. Claudel).

Podemos agruparlos de múltiples maneras, he aquí un ejemplo:

#### **- DE ALABANZA A DIOS CREADOR Y SALVADOR.**

Himnos de admiración ante el poder y la sabiduría divina. Admiración por cuanto Dios hizo y hace, en el mundo y en la historia humana. Las maravillas de Dios se concentran en su Hijo, en quien el mundo fue creado y por quien se salva. Imagen de la nueva creación. (v.g.)

**Salmo 8** -*«Que es el hombre, para que te acuerdes de él».*

**Salmo 114** -*«Cuando Israel salió de Egipto».*

**Salmo 116** -*«Amo al Señor, porque escucha mi voz suplicante».*

**Salmo 118** -*«Dad gracias al Señor, porque es bueno».*

#### **- DE PETICIÓN DE AYUDA Y DE ACCIÓN DE GRACIAS.**

Ocupan la tercera parte del salterio, signo de la miseria humana que invoca la misericordia de Dios (*desde la enfermedad, la opresión, el pecado, la persecución de enemigos*) La petición de ayuda va acompañada, a veces, del deseo de ver aniquilados a los enemigos; el salmista se coloca desde el punto de vista ideal, que supone la desaparición de todo el mal en el mundo (*enemigos suyos y de Dios*) No olvidemos que la oración sincera devuelve la paz, y estos salmos suelen terminar con una acción de gracias. (v.g.)

**Salmo 22** -*«Dios mío, ¿por qué me has abandonado?».*



**Salmo 27** -«*El Señor es mi luz y mi salvación*».

**Salmo 51** -«*Misericordia, Dios mío, por tu bondad*».

**Salmo 61** -«*Sólo en Dios descansa mi alma*».

#### **- MESIÁNICOS.**

Salmos misteriosos, que se vuelven claros al cumplirse en Jesús. Su resurrección es el comienzo de su victoria sobre el mal y las tinieblas. La Iglesia canta el triunfo de Cristo y prolonga su lucha. (v.g.)

**Salmo 2** -«*Tú eres mi Hijo: yo te he engendrado hoy*».

**Salmo 110** -«*Oráculo del Señor a mi Señor*».

#### **- DE ALABANZA A DIOS CERCANO.**

La cercanía de Dios se hace total en Jesús y actual en su palabra y sacramentos; él es Pastor, Camino, Puerta, Ley inscrita en el corazón por el Espíritu... (v.g.)

**Salmo 23** -«*El Señor es mi pastor*».

**Salmo 42** -«*Mi alma tiene sed de Dios*».

**Salmo 119** -«*Dichoso el que con vida intachable*».

**Salmo 139** -«*Señor, tú me sondeas y me conoces*».

#### **- DE PEREGRINACIÓN.**

Compuestos con ocasión de las fiestas, estos salmos expresan deseo de alcanzar, de llegar a Jerusalén (*agradecer, confiar en Dios, pedir su ayuda*) La voz del peregrino de Israel es asumida por Jesús, peregrino a Jerusalén para "**pasar de este mundo al Padre**". Hoy, cada cristiano y apóstol sigue las huellas de Jesús. (v.g.)

**Salmo 121** -«*Levanto mis ojos a los montes*».

**Salmo 122** -«*Qué alegría cuando me dijeron*».

**Salmo 123** -«*A ti levanto mis ojos*».

**Salmo 130** -«*Desde lo hondo a ti grito, Señor*».

La oración de Israel se ha hecho carne y experiencia humana en Jesús. Su vida se abre con un verso del Salmo 40 «*Aquí estoy yo para realizar tu designio, Dios mío*» (citado en Hebreos 10,7), y su vida se cierra con dos salmos: «*Dios mío, ¿por qué me has abandonado?*» (Salmo 21,2) y «*A tus manos encomiendo mi espíritu*» (Salmo 3,1; citado en Lucas 23,46). Los salmos son espejo de los sentimientos humanos, que hay que adoptar y adaptar a la plegaria personal. «*Si el salmo pide, pedid; si se lamenta, lamentaos; si da gracias, alegraos... porque todo lo que está escrito aquí es nuestro espejo*» (San Agustín).

También nos invitan a entrar en un amplio diálogo familiar "*oración de toda la Iglesia y con toda la Iglesia*". No frena la espontaneidad individual, al contrario, ofrece una realidad mayor, que superando los límites personales, nos une al coro inmenso de cristianos de todos los continentes, culturas y lenguas, en una voz antigua y siempre nueva «*la voz de los pobres, la voz de la humanidad que sufre, que ama, que alaba, que espera...*»

«**SED SANTOS, PORQUE YO, EL SEÑOR, VUESTRO DIOS; SOY SANTO**»

Nos dice la Biblia que el hombre fue creado a imagen y semejanza de Dios, y por esa semejanza desde el origen mismo de su creación tiende a ser santo. Más, es tan grande, es tan inmenso el amor que Dios tiene por su creación, por el hombre, que lo formó con total libertad, para que él, por si mismo, escogiese si quería o no corresponder a ese amor.

Dios es santo por naturaleza y la santidad divina se contrapone con la naturaleza pecadora del hombre. La santidad de Dios no es una cualidad ética, sino la esencia misma de Dios. «**Sólo Dios es Santo**», así lo manifiesta Isaías al remarcar, por tres veces, la divina santidad en el canto de los serafines: «**Santo, Santo, Santo es el Señor Todopoderoso, toda la tierra está llena de su Gloria**» (Isaías 6,3), y así lo proclamamos también nosotros en nuestras eucaristías.

Pero, nuestra debilidad que es inmensa, nuestra fe tan superficial y nuestra limitación tan grande que, a las primeras de cambio, nos volvimos contra nuestro creador queriendo ser de su misma esencia, quisimos ser otros "dioses", y así la humanidad dejó de ser santa al perder esa impronta divina de su ser.

Más a pesar de nuestra naturaleza limitada y pecadora, la vocación de la humanidad, sigue siendo la santidad. Basta con miramos, basta con dirigir una mirada a nuestro alrededor para comprobarlo. En el pueblo de Dios pasan cosas que no ocurren en otros lugares. Entre nosotros, todos los días, acontecen "milagros": «**"Hombres y mujeres que lo dejan todo por amor de Dios y entregan su vida a sus hermanos", "Padres que teniendo un hijo discapacitado son maestros de paternidad y maternidad responsable", "Personas que viven una larga y penosa enfermedad siendo fuente de gracia para los demás", "Gente que muere feliz, alegre y en paz"...**» y no por meritos de nosotros los cristianos, que seguimos siendo muchas veces "bestiales y carnales", sino por la gracia operante de Aquél que nos revela su presencia, su amor y su belleza imponente.

El hombre, sólo alcanza la santidad cuando refleja un indicio de la santidad divina, es decir, un atisbo de la intimidad del Señor. La santidad humana consiste en la gracia que Dios concede al hombre para que refleje en el mundo algún aspecto de su divina santidad. Decimos que una persona es santa cuando quienes contemplan su modo de actuar perciben en ella un destello de la identidad de Dios. Así pues, consideramos santos a tantos y tantos hermanos nuestros que, a lo largo de la historia, han sido, simple y llanamente, eso: «**reflejo ante los hombres del amor de Dios**».

A algunos hermanos nuestros (*Vicente de Paúl, Francisco de Asís, Luisa de Marillac, Teresa de Jesús, Iñigo de Loyola, etc., etc.*), la Iglesia, siempre cauta, al cabo de mucho tiempo, los ponen como ejemplo y modelo reconociendo sus méritos. A otros, en cambio, es la comunidad cristiana quienes adelantándose a los acontecimientos, los proclama como tales, ya incluso antes de su tránsito al Padre (*Teresa de Calcuta, Juan Pablo II, etc...*)

Por todos ellos, démosle gracias a Dios, alabémosle por su infinito amor, y con toda humildad reconozcamos nuestra humana limitación. Y a cuantos hermanos nuestros en la fe que nos han precedido a la gloria de Dios Padre, digámosles:

**«¡GUARDADNOS EN LA FE Y EN LA UNIDAD, VOSOTROS QUE YA ESTÁIS,  
DISFRUTANDO EN COMUNIÓN CON CRISTO Y CON EL PADRE!»**

Una importante asignatura, pendiente en nuestro mundo actual, es la de la **FELICIDAD**. Todos ansiamos poseerla, todos opinamos sobre ella, todos la buscamos. Aunque ninguno tengamos claro en qué consiste, donde está o qué nos puede llevar a ella.

Varias son las propuestas y teorías que se nos ofrecen. Según algunos, la felicidad coincide con la belleza, con el triunfo, con el poder y con el dinero. Ahí están las revistas del corazón, los programas de TV, etc., propagandas en donde se nos pintan "*auténticas maravillas*". Pero, ¿en realidad hacen felices a las personas? Hay otros que la buscan en la India, en el yoga o en la meditación trascendental; otros la conciben en la "vida natural" y en una alimentación sana o tienen la sexualidad satisfactoria como meta exclusiva, otros...

Por otro lado, las personas a la que vemos felices a aquellos que se les ve feliz, apenas habla del tema ni hacen propaganda, parecen darle muy poca importancia y mucho menos viven obsesionados por ella. Parece que lo único que de verdad les preocupa e interesa son las cosas y los problemas de los otros.

Jesús, que optó por ser feliz al estilo de su Padre y luchó por la felicidad de los oprimidos, marginados y desgraciados, nos hace la siguiente propuesta: **«Bienaventurados son los pobres en el Espíritu, porque suyo es el Reino de los Cielos»** (Mateo 5,3), que significa **VIVIR DE CARA A LOS DEMÁS, VIVIR PARA LOS OTROS Y NO SER EGOÍSTAS**.

Nos dice también: **«El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame»** (Mateo 16,24), o sea, que debemos colocar en un segundo plano nuestros propios intereses, renunciando al éxito y al triunfo, tal como se entiende en nuestro mundo y con nuestras propias limitaciones, intentar vivir pensando un poco menos en nosotros y un poco más en los demás, en definitiva. **«ELEGIR SER POBRES»**.

Cargar con la cruz es la traducción de la última bienaventuranza en la que Jesús promete felicidad a quienes son perseguidos por ser fieles al Evangelio. Con esta propuesta, Jesús, no nos está predicando la resignación, sino todo lo contrario.

La cruz que hay que llevar, es la misma que llevó Jesús. Él no se calló ante la injusticia, ni se resignó ante el dolor humano. Y por eso, lo mataron; por lo que habló, por su lucha a favor de la felicidad de los pobres, de los enfermos, de los desgraciados para el mundo.

Ésa fue su cruz; y ésa es la cruz que espera de sus seguidores. Jesús no buscó el sufrimiento, ni quiere que lo busquemos nosotros; pero lo que Él no hizo, ni quiere que nosotros hagamos, es huir cuando nuestra fidelidad a favor del Evangelio se ve atacada por los nuevos letrados y poderosos de este mundo.

Jesús no nos invita a sufrir, sino a amar. Que mantengamos la fidelidad en el amor es lo que nos pide, aunque ello, nos pueda acarrear la persecución de quienes viven mejor y con más privilegios. Pero Jesús no se para sólo aquí; nos anuncia también la resurrección y se la promete a sus seguidores. El que siga las huellas del Crucificado, acabará triunfando.

Por eso, "**RENEGAR DE SÍ MISMO Y CARGAR CON LA CRUZ**" no es renunciar a la vida feliz, sino aprovecharla mucho mejor; es optar por una **felicidad** más profunda y más amplia para todos, la **felicidad** que nace de la experiencia del amor compartido.

*Cuando la muerte sea vencida  
y estemos libres en el reino,  
cuando la tierra nueva nazca  
en la gloria del nuevo cielo.  
cuando tengamos la alegría  
con un seguro entendimiento  
y el aire sea como una luz  
para las almas y los cuerpos,  
entonces, sólo entonces,  
estaremos contentos.*

*Cuando veamos cara a cara  
lo que hemos visto en un espejo  
y sepamos que la bondad  
y la belleza están de acuerdo,  
cuando, al mirar lo que quisimos,  
lo veamos claro y perfecto  
y sepamos que ha de durar,  
sin pasión, sin aburrimiento,  
entonces, sólo entonces,  
estaremos contentos.*

*Cuando vivamos en la plena  
satisfacción de los deseos,  
cuando el Rey nos ame y nos mire,  
para que nosotros le amemos,  
y podamos hablar con Él  
sin palabras, cuando gocemos  
de la compañía feliz  
de los que tuvimos lejos,  
entonces, sólo entonces,  
estaremos contentos.*

*Cuando un suspiro de alegría  
nos llene, sin cesar, el pecho,  
entonces-siempre, siempre-entonces  
seremos bien lo que seremos.  
Gloria a Dios Padre, que nos hizo.  
Gloria a Dios Hijo, que es su Verbo.  
Gloria al Espíritu divino.  
Gloria en la tierra y en el cielo.*

*Amén.*

*«Señor, cinco talentos me dejaste; mira, he ganado otros cinco» (Mateo 25,20b)*

Un talento de oro o de plata, equivalía a 26 kilos. Cinco talentos, puestos a un tipo de interés del cien por cien, producen una ganancia de 130 kilos; estupenda renta que enloquecería a cualquier inversor. Más sospecho que Jesús, no pretendió en ningún momento, poner los dientes largos a los agentes financieros de la época, ni creo que la parábola se preste a una banal utilización matemáticamente pedagógica o moral.

Los «TALENTOS» o dones del alma (según el catecismo del P. Ripalda, con el que nos educaron), son tres: **memoria, entendimiento y voluntad**. Y no creo que Jesús nos esté pidiendo que pongamos a negociar nuestras dotes naturales. Sí, hay que poner a negociar nuestros “talentos”, más intuyo que aquí se nos está hablando de otros valores quizás más importantes. Quizás los «TALENTOS» a que se refiere el Evangelio, sea algo específico que nos ha dejado Cristo al marcharse.

Quizás de lo que se nos está hablando sea:

- **De la fe,**
- **de la esperanza,**
- **de la Caridad,**
- **de la solidaridad,**
- **del Espíritu,**
- **de la oración,**
- **del servicio,**
- **de la Palabra de Dios,**
- **de la entrega,**
- **del AMOR que caracteriza o debería caracterizar mi relación con Cristo y con mis hermanos,**
- **en una palabra...**
- **del HOMBRE NUEVO.**

No existen situaciones, ni lugares cerrados, a la presencia cristiana. Cualquier ambiente puede convertirse en el lugar idóneo donde **«poner a negociar»** nuestros talentos. En la parábola se dice que hay que dirigirse a los banqueros. Pues claro, hasta en los bancos. Si un cristiano tiene que poner a trabajar sus talentos y debe entrar en todas partes, pues también en un banco, porque no, aunque no para depositar (esconder) lingotes de oro o plata, sino para difundir (mostrar) la Palabra de Dios.

El espectáculo más deprimente que se puede mostrar, es el que ofrece un cristiano que esconde su talento, que enmascara su fe, que disimula su pertenencia a Cristo, que sepulta la Palabra de Dios, transformándola en simple charlatanería humana. Que la sofoca bajo un montón de palabrería y no la deja que se convierta en Vida, en grito de justicia, en llamada de liberación. Que la reduce a simple locuacidad moralista o la hincha hasta convertirla en apoteosis triunfalista. El esconder el «talento» bajo tierra **¿acaso no es el miedo al riesgo, comenzando por el riesgo de amar?**

No hay deformación más envilecedora que una iglesia o un cristiano que se aísla para contemplar, **«satisfecha»**, o para defender, **«alarmado»**, los talentos recibidos. No es lo mismo guardar que sembrar. Y no es cuestión de una simple y escrupulosa restitución. **«Aquí tienes lo tuyo. No lo he tocado para nada. No lo he malversado»**. El talento guardado intacto se convierte en motivo de condenación, no en elemento de salvación.

La relación con Dios no es una relación servil, reducida a una miserable contabilidad de **«tanto/cuanto»**. Al ser una relación de amor, la contabilidad exacta puede que se dé solamente en la **desproporción** o más bien en lo **razonable**.

Dios, que nos **AMA** sobre todas las cosas, incluso sobre nosotros mismos, nos pide coraje, libertad y responsabilidad y reclama **«laboriosidad»**. Dios no viene a buscar cosas, viene a encontrar frutos. Fructificar es un verbo muy distinto al de explicar. No se nos permite pleitear, como hizo el siervo **“holgazán”** diciendo que, el amo es muy exigente y pretende segar donde no ha sembrado.

No nos llamemos a engaño y limpiemos el terreno de equívocos. Tenemos que tener bien claro que el Juicio de Dios, no se producirá en el “**otro mundo**”, la rendición de cuentas, es “**aquí y ahora**” y la tenemos que hacer sobre los frutos personales:

- **¿Qué he hecho?...**
- **¿Dónde he sembrado su Palabra?...**
- **¿A quién he contagiado mi fe?...**
- **¿A que personas he puesto en pie con mi esperanza?...**
- **¿De qué actos de coraje me he hecho protagonista bajo la fuerza del Espíritu?...**
- **¿Cuánto amor y amistad he dado?...**
- **¿A quién he ayudado con mi esfuerzo y servicio?...**
- **¿Qué hago...?, ¿qué haces...?, ¿qué hacemos...?**



**Sí, soy vuestro Rey, y vuestro Juez, pero...** Me hacía la ilusión de que os había facilitado las cosas, que os había revelado el camino, que os había quitado de encima el miedo al juicio final.

**Quizás sea que no me he explicado bien; o es que no me habéis entendido.** Porque seguís teniendo curiosidad por conocer lo que sucederá, lo que haré con vosotros el último día. Pero yo estoy inquieto por ver lo que hacéis vosotros aquí, y ahora...

**Quizás sea que no me he explicado bien; o es que no me habéis entendido.** Pero el juicio, no se desarrollará en el cielo entre las nubes y rodeado de ángeles. El juicio se tiene en la tierra. Cada día es el día del juicio final.

**No,** el juicio no llega después de que cerréis los ojos. El juicio sólo se celebra si tenéis los ojos bien abiertos. Es más, la culpa imperdonable será la de no haber abierto de par en par los ojos. Cuando cerréis los ojos... será demasiado tarde para el juicio.

**Quizás sea que no me he explicado bien; o es que no me habéis entendido.** A mí no me gustan los triunfos. No debéis buscarme en las fiestas grandiosas ni en las exhibiciones solemnes. Los grandes desfiles y los cortejos imponentes, no me interesan. Hacedlos, si os gustan, os lo concedo, pero, sabed que yo estoy en otro lugar. ¿Es que no habéis leído a mi amigo Ezequiel?

Me gustan otros desfiles:

- **Donde hay alguno perdido, me comprometo a buscarlo.**
- **Donde hay alguno cansado, desalentado, perdido, yo estoy a su lado.**
- **Donde hay una oveja enferma o herida, le presto todos los cuidados.**

Soy vuestro pastor y cuando alguno se me extravía, salgo a buscarlo hasta que lo encuentro, me lo cargo a los hombros y lo devuelvo al redil.

Por eso no tengo tiempo de participar en vuestros cortejos, estoy en todas partes, pero donde no hay nadie..., allí también estoy yo.

**Quizás sea que no me he explicado bien; o es que no me habéis entendido.** Yo no habito en un palacio misterioso, vigilado por guardias. Para venir a verme, no tenéis que pedir audiencia ni tenéis que esperar intimidados ante las puertas de bronce que dan paso al tribunal. No, no vivo allí. Mi templo, mi palacio real es la miseria de los hombres.

Yo vivo en el hambre, en la sed, en la marginación, en la explotación, en la prisión, en la chabola, en el hospital, en la cabaña, en la desesperación, en la soledad, en la humanidad sufriente, en el desarraigo... Allí es donde vivo y donde siempre estoy a la espera... espero que los hombres, que vosotros, que **TÚ** hagas lo mismo.

**Quizás sea que no me he explicado bien; o es que no me habéis entendido.** Creí que sabíais que yo, vuestro rey, os abría todas las puertas, os mostraba todos los caminos, os concedía todas las posibilidades de salir airosos; que cuando habéis incurrido en una falta o habéis cometido un delito... os he salido al encuentro, os he ayudado a encontrar el perdón... y os lo he alcanzado.

**Quizás sea que no me he explicado bien; o es que no me habéis entendido.**  
**Sí, soy vuestro Rey y vuestro Juez, pero...**

**¡CURIOSO PERSONAJE ESTE JUAN!**

No es nada agradable, ni de aspecto, ni de trato; no viste ropa elegante y de marcas, sino harapos de pieles; no come caviar ni deliciosos manjares, se alimenta de saltamontes y miel silvestre; no habla en el templo o en la plaza, ni busca tener un gran auditorio y que la gente le aplauda, al contrario, se esconde obligando a la gente a salir a buscarle, y, para poder encontrarlo hay que desplazarse hasta el inhóspito desierto; su forma de hablar es áspera y sin embargo se convierte en un líder.

No nos presenta un mensaje agradable y cómodo, más bien, siembra interrogantes e inquietudes **«PREPARAD EL CAMINO DEL SEÑOR, ALLANAD SUS SENDEROS»**. Nos habla de la llegada de un gran personaje **«ANTE EL QUE NO MERECE AGACHARSE PARA DESATARLE LA SANDALIA»**, pero tampoco nos lo muestra, ni claramente nos dice de quien se trata. Se limita a encender un deseo, a suscitar una espera, a solicitar una búsqueda, a hacer sospechar su presencia invitándonos a salir a su encuentro.

Además nos advierte que, para no perder ese encuentro, es necesario que hagamos algo: **«EN EL DESIERTO PREPARADLE UN CAMINO AL SEÑOR; ALLANAD EN LA ESTEPA UNA CALZADA PARA NUESTRO DIOS; QUE LOS VALLES SE LEVANTEN, QUE LOS MONTES Y COLINAS SE ABAJEN, QUE LO TORCIDO SE ENDERECE Y LO ESCABROSO SE IGUALE»**.

«Valles» de vacío, abismos de insignificancia que hay que llenar.

«Montes y colinas» de presunción y autosuficiencia que hay que bajar.

«Torcido y escabroso» terreno accidentado de ambigüedades, compromisos y contradicciones que hay que enderezar e igualar.

La estepa árida de nuestra vida quemada por muchas «ilusiones», puede ser rescatada a través de la preparación del camino que conduce al encuentro o que lleva a... dejarnos encontrar por Él. No es un camino que se pueda trazar en poco tiempo, ni mucho menos improvisar.

El camino del alejamiento, de la huida, es siempre rápido, fácil. El del retorno, el de la conversión, exige tiempo, esfuerzo, voluntad obstinada de liberación. Cuando se persiguen espejismos, el camino se quema sin que ni siquiera nos demos cuenta. Pero, cuando uno se decide a no cansarse en búsquedas vanas, que no conducen a ningún lugar y se compromete a realizar o al menos intenta anticipar **«un nuevo cielo y una tierra nueva, en que habite la justicia»**, es necesario aceptar tiempos largos.

Más no tengamos prisa... Hay un quehacer continuo de despojo y de purificación, al que tenemos que dedicarnos hasta llegar a descubrir la sola presencia que cuenta y puede colmar nuestra espera y que ofrecer una salida a todas nuestras inquietudes: **«MIRAD: AQUÍ ESTÁ VUESTRO DIOS, LE ACOMPAÑA EL SALARIO, LA RECOMPENSA LE PRECEDE»**.

Nosotros solemos decir: **“La paciencia tiene un límite”**. Más la paciencia de Dios no conoce límites, se agota, únicamente, en el instante mismo en que aceptamos dejarnos perdonar.

No olvidemos que: **«PARA EL SEÑOR, UN DÍA ES COMO MIL AÑOS Y MIL AÑOS COMO UN DÍA... PROCURAD PUES, QUE DIOS OS ENCUENTRE EN PAZ CON ÉL, INMACULADOS E IRREPROCHABLES»**.

*«¡TARDE TE AME,  
hermosura tan antigua y tan nueva; tarde te amé!  
y he aquí que tú estabas dentro de mí, y no fuera.  
Por fuera te buscaba; y deforme como era,  
me lanzaba sobre esas cosas hermosas que tú creaste.  
Tú estabas conmigo, mas yo no lo estaba contigo.  
Llamaste y clamaste, y rompiste mi sordera.  
Brillaste y resplandeciste, y fugaste mi ceguera.  
Exhalaste tu perfume, y respiré, y suspiro por ti.  
Gusté de ti, y siento hambre de ti.  
Me tocaste, y abraseme en tu paz»*

*San Agustín.*

Cuando algunos afirman: "**Yo no creo en Dios**", no saben con precisión lo que quieren o intentan decir; otros, en cambio, cuando piensan en Dios, se lo figuran con un vestido anticuado y absolutamente inaceptable. Pero en ambos casos, lo que ocurre, es que son personas que no han madurado en su fe.

Si leyésemos hoy la Biblia como la leíamos de niños, antes del Concilio; creeremos con escrupulosa certeza que Adán tenía su tarjeta de identidad en el bolsillo con su nombre de pila y que a su lado estaba su esposa, la señora Eva, que le miraba complacida; que el árbol del edén era realmente un árbol, que la serpiente era realmente una serpiente y la manzana una manzana, ¡Cuánto camino nos ha hecho andar el Espíritu, aunque en medio de la tormenta, y qué vestido nuevo nos está preparando para cubrir nuestra desnudez!

Muchos se han quedado en los harapos, perciben el olor a moho y no pueden soportar el corte anticuado de su cultura religiosa, vestida con las ropas de la abuela. Se han vuelto maduros; pero los harapos que cubrían sus vergüenzas y en los cuales habían escrito "**Dios**", son unos harapos extraños que no aguantan, que no entienden, que son como la hoja de parra del edén. Creen que era realmente una hoja de parra, cuando no era más que una imagen, un signo para explicar ciertas cosas misteriosas.

Las crisis de fe, por lo general y casi siempre, se desarrollan en dos tiempos: En el primero se forjan una idea de Dios tomando de la cultura pasada todas las imágenes y todas las representaciones de Él como si fueran reales. En el segundo borran con rabia las imágenes y las representaciones que se han hecho porque su mentalidad, que se ha vuelto adulta y científica, las encuentra anticuadas e inaceptables. Al pensar en Dios, no hay que vetar toda representación, toda imagen y toda fantasía, sino pensarlo y verlo como lo real que nos circunda y en lo que estamos inmersos.

Lo real está ahí y nos mira con su fuerza, con su belleza, con su lógica, con su transparencia y se nos impone con tres palabras que no podemos borrar a pesar de nuestra capacidad racional: la **Vida**, la **Luz** y el **Amor**. Tres palabras que se convierten en tres virtudes: **Fe**, **Esperanza** y **Caridad**. ¡Que casualidad!, tres palabras, tres virtudes, tres personas, **«UNA TRINIDAD»**:

- **La Persona del Padre, que nos da la Fe, que es nuestra Vida.**
- **La Persona del Hijo, que nos trae la Esperanza, que es nuestra Luz.**
- **La Persona del Espíritu Santo, que nos comunica la Caridad, que es el Amor.**

Dios está en lo real y en los acontecimientos, pero nosotros nos empeñamos en buscarlo en los sueños y en las utopías imposibles. Está cercano, pero nos lo figuramos lejano. Dios es simple; nosotros somos quienes lo hacemos complicado.

El verdadero secreto para entrar en relación con Dios es la pequeñez, la simplicidad del corazón, la pobreza del espíritu; cosas, todas ellas que en nosotros quedan frustradas por el orgullo, las riquezas y por la astucia. Ya lo había dicho Jesús: **«Si no os hacéis como niños, no entrareis en el Reino de los Cielos»** (Mateo 18,3). Y no bromeaba ni se burlaba.

Hay que ser niños y, además, pobres. Jesús dirá que la Buena Nueva se anuncia a los pobres. Pero, **¿qué significa ser pequeños? ¿Acaso significa ser llorosos e inmaduros? o, ¿qué significa ser pobres? ¿Acaso tener los pantalones desgarrados o una casa miserable?**

Pequeño es el hombre que no tiene seguridades definitivas y que busca en la realidad que le rodea su continua realización. Pobre es el que no transforma en ídolos las cosas que posee y siente en el fondo de sí mismo que nada conseguirá saciarle sino Él, el Absoluto. No existe escapatoria; porque lo contrario de la pequeñez es el poder, y lo contrario de la pobreza es la riqueza. Israel no consiguió comprender a Cristo porque se había encaramado al poder; y el joven rico no siguió a Jesús porque idolatraba las riquezas.

En el "**hombre-niño-pobre**", hay una intuición básica dada por Dios mismo. Dios le da la vida al hombre, le da el pan para sostenerlo y le da esa intuición que es la fe para guiarle e iluminarle en su camino. Y la da a todos, sin excepción, no solamente a los judíos y a los cristianos. Se la dio a Pablo cuando decía: **«En Dios vivimos, nos movemos y existimos»** (Hechos 17,28); nos la da a nosotros dos mil años después que a Pablo; se la da a los que viven bajo las tiendas del Islam, se la da a los hindúes de la orilla del Ganges, y a los budistas de China; nos la da a **TODOS**. Dios es el catequista del mundo; y su Espíritu, que es amor, derriba todas las fronteras y llega a todos los hombres que ha creado, que son sus hijos y a los que no puede olvidar.

La fe en Dios se da a todos como don inicial, lo mismo que la vida, el pan, la respiración. Pero cada uno tiene su camino. Hay quien ve a Dios como Creador, hay quien lo intuye como Ser, quien lo define como el "arquitecto del mundo" o el motor inmóvil. Otros llegan a Él a través de la belleza, de la estética, de la lógica, de lo eterno y de lo infinito y hay quien lo define como el Otro, el Trascendente. Pero lo verdaderamente importante es: buscarlo, encontrarlo, conocerlo, experimentarlo, vivirlo y... darlo.

Porque:

**«Aunque hablara las lenguas de los hombres y de los ángeles, si no tengo caridad, soy como bronce que suena o címbalo que retiñe. Aunque tuviera el don de profecía, y conociera todos los misterios y todas las ciencias; aunque tuviera plenitud de fe como para trasladar montañas, si no tengo caridad, nada soy»** (1ª Corintios 13,1-2).

Aunque conocida popularmente como el día de los Reyes Magos, **-día de ilusiones y generosidades, día también, por desgracia, de una locura consumista y derrochadora-**, litúrgicamente es el día de **«LA EPIFANÍA DEL SEÑOR»**, manifestación amorosa de Dios a todos los hombres. La fiesta de la «Epifanía» es la primera que empezó a celebrarse, después de la de Pascua.

Dios se nos ha manifestado en diversas ocasiones y de muy distinta manera: en el nacimiento de Jesús, su Hijo, en Belén; en la estrella que guía a los Magos; en el bautismo de Juan en el Jordán; en las bodas de Caná... , son los primeros signos de la presencia de Dios entre nosotros.

«Epifanía» pues es:

- *como si el cielo se hubiera abierto, o*
- *como si un sol se encendiera de nuevo para nosotros, o*
- *como si una estrella se pusiera a hacer guiños a los hombres, o*
- *como si empezara a llover misericordia sobre la tierra, o*
- *como si hubiera una primavera de justicia, o*
- *como si la paz fuera un río inagotable.*

Todas las epifanías tienen algo de manifestación y algo de ocultamiento: los pastores vieron unos ángeles, pero se encontraron con un niño normal en un pesebre; casi sabían ellos más que los mismos padres, que *«se admiraban de lo que decían los pastores»* (Lucas 2,18).

Los Magos vieron la estrella de un rey, se pusieron en camino y ¿qué encontraron?, un niño recostado en un pesebre, pobre y perseguido.

Y, lo mismo ocurrirá después, en su vida pública: se presenta como Mesías, pero no gana batallas; se le abren los cielos, pero vive mezclado entre pecadores; resplandece en el Tabor, pero habla de su muerte; clavado en la cruz es el derrotado y el exaltado; pasión y resurrección; cuando resucita, da pruebas a los discípulos, pero a nadie más.

Lo que con Jesús aparece es «la gracia y la salvación de Dios». En Jesús se nos manifiesta el amor compasivo y misericordioso de Dios. Jesús es el Amor de Dios en traje humano, que pasó entre nosotros perdonando y haciendo el bien.

En Jesús, Dios ha aparecido cercano y comprensivo. En Jesús aparece, con toda claridad y esplendor, el verdadero rostro de Dios *«Dios mismo reverbera en la faz de Cristo»* (2ª Corintios 4,6).

Así se manifestó y así se sigue manifestando. En Jesús, Dios sigue estando junto a nosotros como huésped y amigo, como maestro y salvador. La Epifanía es una profesión de fe en la persona y en la misión de Jesús. Creemos, que en Jesús, Dios se nos ha manifestado, se ha acercado a nosotros, nos ha hablado, nos ha salvado y se ha quedado definitivamente con nosotros.

Si viéramos a Jesús como le vieron los pastores y los Magos o sus paisanos de Nazaret, **¿reconoceríamos a Dios en Él?**, si le viéramos ahora mismo y le escuchásemos, **¿le reconoceríamos?** No, No es fácil nuestra fe. Si viéramos a Jesús en persona, **¿nos sería más fácil o más difícil?**

Jesús sigue manifestándose, sigue estando entre nosotros, solo que tenemos que verlo de distinta manera. Debemos verlo en el enfermo, en el inmigrante, en el drogadicto, en el anciano abandonado, en la mujer maltratada, en los perseguidos, en los niños sin hogar, en los marginados por cualquier causa. Sí, Dios sigue manifestándose especialmente en los que más están necesitados de salvación.

Le seguimos viendo, pero aún más pobre y más humilde; sentimos su presencia, pero intermitentemente; notamos el efecto de su gracia, pero a veces no lo vemos en la oscuridad de nuestro día; oímos su palabra, y tomamos su cuerpo, pero a través de los velos del sacramento. Y es en esa fuente donde debemos beber toda nuestra capacidad de servicio, comunión y entrega, porque en la asistencia a nuestros hermanos es donde demostramos nuestra fe en Dios.

Es decir, que el camino de la estrella sigue siendo largo y accidentado: unas veces nos ilusiona y otras veces nos cansa; unas veces parece que lo hemos perdido todo y otras nos llena de inmensa alegría. Pero... así es la fe. Siempre conlleva una tensión entre la búsqueda y el encuentro.

Cuando hablamos de vocaciones, solemos poner el protagonismo en las personas que, lo han dejado todo para seguir la llamada del Señor. Pero el verdadero protagonismo está en el Señor que llama. Dios se fija en ti y te llama por tu nombre. Es una gracia inapreciable saber que Dios se fija en ti con cariño y que repite tu nombre. Si Dios te llama, es que eres algo importante para Él; tu dignidad se eleva hasta el infinito.

Dios no te llama sólo una vez. Su llamada se repite a lo largo de toda tu vida. Te puede llamar incluso indirectamente, a través de los hermanos. Y es bueno que te llamen, que se fijen en ti, que te necesiten. Sería muy triste y frustrante que nadie te llamara. Cada llamada es un don que tienes que agradecer.

En cada palabra que Dios te dirige te está diciendo, primero, que te ama; después, que cuenta contigo; al fin, pide tu colaboración para: **Que trabajes por el Reino, o para que ayudes a un hermano, o para que seas instrumento de su paz, o para que compartas el dolor, o para que hagas de tu profesión un servicio, o para que proclames la Buena Noticia, o para que lo dejes todo por El, o ...** Pero no temas, el Señor te ha ido preparando para que realices todo cuanto te pide, y además **«te acompañará durante todo el camino»**.

Jesús pasa junto a ti, te llama por tu nombre o te da un nombre nuevo, como a Simón (al que llamó Pedro) ó a Saulo (que lo cambió por Pablo) y te invita a que prolongues sus pasos en la tierra, que actualices sus palabras, sus sentimientos y sus gestos en la historia concreta que te ha tocado vivir, que hagas aquí y ahora lo que él hizo allí entonces.

Si alguien te llama, responde. Con todas tus dudas e indecisiones, responde. La palabra del Señor nunca es tan clara que no necesite ser interpretada. Necesitamos oración y discernimiento, necesitamos paciencia y consejo. Quizás la espera para llegar a saber lo que Dios quiere de nosotros se prolongue y no terminemos de ver claro, incluso puede que tengamos que arriesgar, sabiendo que podemos equivocarnos. Pero peor equivocación sería no decidir nunca nada. Al fin llegará la luz.

Las dificultades no siempre vienen por la falta de claridad de la palabra. Las más de las veces el problema es nuestra falta de fe, que propicia un desierto espiritual en el que ninguna palabra puede llevar fruto. Y otras veces es por nuestra falta de voluntad. Nos cuesta decir a Dios: **«Habla, Señor, que tu siervo escucha»** Nos cuesta cambiar nuestros proyectos. Nos cuesta romper ciertos lazos entrañables. Nos cuesta renunciar a nuestro estilo de vida. Nos cuesta arriesgar el futuro. Nos cuesta... **PONERNOS EN MANOS DE DIOS.**

Ahora Jesús **«pasa»** junto a ti. **¿Que estás dispuesto a hacer?** Él pronunciará tu nombre, o te lo cambiará, te ofrecerá su amistad, te pedirá que te acerques a Él y lo conozcas mejor. Puede que te pida que salgas de ti mismo, que le sigas; que le sigas quizás entre los pobres, donde Él se encuentra continuamente, entre los desvalidos y los que sufren. Siempre te pedirá que le ames, de una manera o de otra, porque Él te ama intensamente. Y después, que seas testigo de su amor. Sí, toda vocación es cuestión de amor... y la respuesta es simple y clara:

**“AQUÍ ESTOY, SEÑOR, PARA HACER TU VOLUNTAD”**

**«Si en mi vida falta completamente el contacto con Dios, podré ver siempre en el prójimo solamente al otro, sin conseguir reconocer en él la imagen divina. Por el contrario, si en mi vida omito del todo la atención al otro, queriendo ser sólo «piadoso» y cumplir con mis «deberes religiosos», se marchita también la relación con Dios. Será únicamente una relación «correcta», pero sin amor»** (Encíclica "Dios es amor" de Benedicto XVI)

Cuando miramos a nuestro alrededor, en esta nuestra sociedad rica, no nos damos cuenta de que todo está centrado en la satisfacción de nuestras necesidades y caprichos.

Según ese escaparate brutalmente sincero que es la propaganda, la vida humana consiste en ir consumiendo todos los elementos que la sociedad brinda para nuestro bienestar.

Se nos invita a consumir, a acumular toda clase de electrodomésticos, coches, casas, vacaciones, etc.; se nos invita a consumir salud, cultura, progreso; a comprar lo último que la ciencia o la técnica, considera que es bueno y deseable.

Sin embargo, la quinta parte de la humanidad sobrevive con menos de un dólar al día y hay niños que mueren por carecer de una simple mosquitera para su cama.

**Que, cada hora, más de 1.200 niños mueren teniendo la mayoría como única causa el hambre.**

La solución a este problema, considerado el más grave de nuestro tiempo, porque pone en peligro la vida de una tercera parte de la humanidad, no es la limosna, aunque sea necesario seguir participando en las campañas y dar con generosidad en las colectas destinadas a estos fines.

La solución es más integral y exige cambios más profundos, empezando por nuestra propia forma de ver, orientar y vivir la vida, para poder después pedir el cambio de las estructuras del mundo.

**¡Qué lejos estamos del soñado 0'7 %!**

**«OTRO MUNDO ES POSIBLE, DEPENDE DE TI»**

Nunca **PARTIR**, porque se condena a muchos a **SOBREVIVIR**.  
**REPARTIR**, para que los más pobres puedan **REVIVIR**.  
**COMPARTIR**, para que todos podamos **CONVIVIR**.  
**DESIVIRSE** por los demás, para **VIVIR LA VIDA PLENA**.

-----  
**VIERNES: DÍA DEL AYUNO VOLUNTARIO**  
-----

**DOMINGO: JORNADA NACIONAL DE MANOS UNIDAS**  
-----



**«¿Qué es más fácil, decir al paralítico: “tus pecados quedan perdonados”, o decirle “levántate, coge la camilla y echa a andar”?»**

Nuestro corazón, está tan atestado como estaba la casa de Cafarnaúm; está repleto, completamente lleno, pero eso sí, todo muy bien ordenado, cada cosa está muy bien colocada, cada cosa tiene y está en su sitio. Todo está ahí dentro, y, no hay sitio para más. Ya no cabe nada. No pueden entrar ni el acontecimiento ni lo imprevisto.

Le negamos la entrada a lo inesperado... quizás porque no esperamos nada. Tenemos la casa muy bien guardada y muy bien vigilada por el cordón protector de las fuerzas del orden, mandadas por el miedo, que cortan el paso regañando a todo lo que pueda desnivelar nuestra tranquilidad, parando a quien pueda descolocarnos de nuestro conformismo.

Todo lo tenemos tan bien esquematizado que, cuando vemos, sentimos u oímos algo, tiene que entrar por nuestra «puerta principal» (la de nuestros razonamientos lógicos) y tiene que ser colocado en su respectivo casillero, sino (no dejamos, siquiera que nos descubran el techo), lo desechamos como si de un “leproso” se tratara, marginándolo y desterrándolo de nuestra vida.

**«No recordéis lo de antaño, no penséis en lo antiguo; mirad que realizo algo nuevo; ya está brotando, ¿no lo notáis?»** Isaías parece querer cancelar la memoria para sustituirla por «la pura esperanza» como nos dirá después, poniendo en labios del Señor estas expresiones: **«Ahora te hago saber cosas nuevas, secretas, no sabidas, que han sido creadas ahora, no hace tiempo, de las que hasta ahora nada oíste, para que no puedas decir: “Ya lo sabía”»**

Hemos planificado la esperanza, cortado las alas a la fantasía, abolido el riesgo, excomulgado la duda y enjaulado el Espíritu. Aprisionados en el recuerdo –y en la añoranza– de un pasado, ahora «irrecuperable», se corre el riesgo de no ver o no apreciar lo nuevo que despunta en la historia y que se nos presenta como una realidad modesta, pequeña, frágil.

El recuerdo tiene justificación sólo si nos «abre» en dirección al futuro, si lo prepara o lo anticipa. El retorno al pasado al «seno materno» resulta peligroso –es símbolo de muerte en vez de símbolo de vida– cuando se retorna a él como refugio, llevando tras de sí todas las frustraciones propias, porque es incapaz de aceptar el riesgo del mundo exterior, las provocaciones de la vida.

Muchos cristianos, hombres de Iglesia, presumen (presumimos), de que «ya lo saben todo» y en realidad, pueden saberlo todo (que por otra parte es bien poco), menos aquello que Dios dice «ahora» (y que es lo más). Cuando Dios habla, hoy, nadie puede afirmar «ya lo sabía».

Por su parte, Dios se pone como modelo de olvido: «Yo no me acordaba de tus pecados» y asegura solemnemente: «Yo, yo era quien por mi cuenta borraba tus crímenes».

Es inútil, añorar «lo que ha sido», desde el momento en que se ofrece una posibilidad nueva, inaudita. Más que recordar el pecado, es oportuno recordar el perdón obtenido. «Lo que ha sido» se borra con «lo que puede ser», pues el perdón del Señor remite necesariamente hacia el futuro, obliga a mirar hacia delante, no hacia atrás.

**«CONTIGO HABLO: LEVÁNTATE, COGE TU CAMILLA Y ECHA A ANDAR»**



Según san Pablo, en el vocabulario de Cristo parece que sólo existe una palabra: «**SÍ**». «*Cristo Jesús... el que os hemos anunciado, no fue primero sí y luego no; en él se ha convertido todo en un sí*».

Jesús dice: el «**SÍ**» de la obediencia total al Padre.

Jesús dice: el «**SÍ**» del perdón al hombre pecador.

«*La letra mata, el espíritu da vida*» nos dirá san Pablo, trazando como los dos tipos de experiencia religiosa o las dos tendencias que conviven en la Iglesia: Una encuentra su fundamento y sus apoyos en la ley, en las estructuras, en los aparatos burocráticos, administrativos y disciplinares. La otra recibe su fuerza de la acción del Espíritu que comunica vida, amor y libertad.

También el discípulo, como Cristo, debe aprender una sola palabra: el «**SÍ**». «**SÍ**», que después, será el amén de la fe. «**SÍ**» que confirma la fidelidad, la transparencia del testimonio, la generosidad del perdón. No se puede ser signo de la fidelidad de Dios, que ha tenido en el «**SÍ**» de Cristo su máxima expresión, si nuestra vida, nuestra conducta y nuestros comportamientos prácticos no están bajo el signo de la transparencia más absoluta. No es posible proclamar la **VERDAD** (con mayúsculas), si no se honra la verdad (con minúsculas) La Verdad puede ser considerada una maraña si no va acompañada de las pequeñas verdades cotidianas.

La comunidad está allí, ante los ojos del mundo, como hecho significativo, mucho más importante que todas las charlatanerías solemnes. No se hace progresar la causa del Reino cuando se especializa en maniobras engañosas. «*Los discípulos de Juan y los de los fariseos ayunan. ¿Por qué los tuyos no?*» Ayunar o no ayunar... Las prácticas ascéticas (así como el desierto) constituyen un paso –necesario y doloroso– pero no es el punto de llegada del itinerario de la fe. No se trata de poner en duda la importancia de la ascesis en la vida cristiana, ni tampoco borrar del vocabulario del discípulo palabras como ayuno, renuncia, sacrificio, mortificación... La meta es el encuentro con **CRISTO**, presentado como una fiesta de bodas.

No es el caso de dejar transcurrir la propia vida atormentándose, lo que puede ser incluso una manera de ocuparse de uno mismo. No se trata de concentrarse sobre las propias «**prácticas**», sino sobre la persona de **CRISTO**, esposo mesiánico. El cristiano, aun sin escabullirse del camino del Calvario, debe dejar el traje de luto, la máscara de la tristeza y los cantos lastimeros, ya que la novedad radical de Cristo, es una novedad alegre. Gracias a la **RESURRECCIÓN**, el esposo que se nos había «**quitado**» se nos ha «**restituido**». Por lo que la Iglesia no es una viuda abatida, ni los cristianos somos huérfanos desmayados. Es necesario, por ello, vestirse de «**nuevo**» y no ser tan ridículos de sacar de los armarios polvorientos el viejo vestido y pretender darle la vuelta, cubrir los rotos más llamativos con piezas de aparente novedad, muy poco creíbles además de desaliñadas.

En cuanto al ayuno conservará su propia legitimidad, si no lo convertimos en una forma de autocomplacencia por las propias prestaciones virtuosas, si dicho ayuno se traduce en solidaridad y limosna, o sea, **en acto de amor**. En un mundo en que centenares de millones de personas se saciarían con las migajas que caen de nuestras «**virtuosas**» mesas, el ayuno más necesario es el que contribuye a saciar el hambre ajena.

En el día del juicio, Cristo **NO** nos dirá: «**Tuve hambre, y tú has ayunado conmigo**», sino: «**TUVE HAMBRE, Y TÚ ME HAS DADO DE COMER**»

## **«TIEMPO DE PURIFICACIÓN»**

026/Febrero 2006

El cristiano es solicitado continuamente por la palabra de Dios a la conversión, o sea, al cambio radical de mentalidad y de actitudes. Pero la conversión no es una operación indolora, sino que implica desprendimiento, laceraciones, privaciones... La conversión abarca a la persona en su totalidad (*pensamientos, corazón, mirada, palabras, conducta*), y determina un cambio de rumbo.

El camino hacia la Pascua es un camino de liberación, que transcurre a través del desierto y la «**cuaresma**» que es sino eso, un «**Tiempo de preparación para la Pascua**» al que podemos llamar «**Tiempo de conversión y de crecimiento**» o un «**Camino hacia el hermano**» o también «**Tiempo de purificación**».

Todos los años comenzamos la «**Cuaresma**» con la imagen del "**desierto**", lugar de la prueba, de la lucha, de la tentación. **SÍ**, pero las tentaciones debemos verlas como un don, pues según Hechos 4,15 «*no tenemos un Pontífice que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, ya que ha sido probado en todo, como nosotros*».

Santiago en 1,1 ss, nos recomienda: «*que cuando pasemos cualquier tentación, lo miremos como un motivo de ALEGRÍA, sabiendo que nuestra fe, cuando es probada, engendra la paciencia perseverante... FELIZ el hombre que soporta la tentación, porque cuando triunfe, recibirá la corona de la VIDA que el SEÑOR ha prometido a los que le aman*».

Eclesiástico 33,1 nos dice: «*quien teme al Señor, incluso en la prueba, será liberado*»; y san Pablo en 1ª Corintios 10,13 nos lo confirma: «*Dios, que es fiel, no permite que seamos tentados por encima de nuestras fuerzas, sino que ÉL tiende su mano para superarlas*» Las fuerzas del mal no se vencen dejándolas campo libre. Las tentaciones no se superan sin oponer una tenaz resistencia.

El desierto, como terreno reseco, arenoso, agreste e inhóspito, es necesario para poder aislarse de todas las presiones externas y entrar en uno mismo, y así, poder purificarse, porque la purificación sólo es posible en un estado total de austeridad. El Desierto, por tanto, es también un lugar apto para la intimidad, un sitio idóneo para el encuentro, para el dialogo con Dios:

**Hoy que sé que mi vida es un desierto,  
en el que nunca nacerá una flor,  
vengo a pedirte, Cristo jardinero,  
por el desierto de mi corazón.**

**Para que nunca la amargura sea  
en mi vida más fuerte que el amor,  
pon, Señor, una fuente de alegría  
en el desierto de mi corazón.**

**Para que nunca ahoguen los fracasos  
mis ansias de seguir siempre tu voz,  
pon, Señor, una fuente de esperanza  
en el desierto de mi corazón.**

**Para que nunca busque recompensa  
al dar mi mano o al pedir perdón,  
pon, Señor, una fuente de amor puro  
en el desierto de mi corazón.**

**Para que no me busque a mí cuando te busco  
y no sea egoísta mi oración,  
pon tu cuerpo, Señor, y tu palabra  
en el desierto de mi corazón.**

En el desierto, cuando escasea el agua, los beduinos se lavan con arena; también nosotros, como si de un «**bautismo de arena**» se tratara, podemos utilizar la arena como elemento purificador, dejándonos impregnar de ella como si fuese un gel de baño. Así impulsados a la limpieza, nos veríamos obligados a la más implacable sinceridad

con nosotros mismos. En el desierto Dios se sirve de la arena para su obra purificadora.

Dejemos pues, que la arena entre por nuestros ojos, penetre en los bolsillos, se insinúe en nuestras orejas, raspe nuestra garganta y nos restriegue el cuello; sintamos que surca nuestra columna vertebral y cepilla ásperamente nuestros brazos y piernas, no perdonemos nada; tengamos la impresión de estar sometidos a un enérgico y total tratamiento a base de esmeril, será algo fastidioso pero necesario, insoportable pero inevitable. No existe experiencia cristiana sin lucha, empeño y esfuerzo. **«Acuérdate de que eres polvo y al polvo volverás»**

Después de habernos lavado con la arena, de haber arrancado las costras y raspado el barniz, apareceremos auténticos, tal y como fuimos creados, limpios de convencionalismos, libres de todos los comportamientos que normalmente se nos han ido pegando a la piel; dispuestos a esperar, a dejamos quemar los ojos mirando más allá de la cadena de las dunas. Purificados y animados a sofocar, a reprimir, a disciplinar las fuerzas rebeldes de nuestra naturaleza utilizándolas para un desarrollo armónico y completo de la persona.

El camino del cristiano no es una tranquila excursión en el territorio religioso. **No**. La obediencia al evangelio no sale sola. Es como una carrera, un pugilato, una competición y la llegada a la meta comporta esfuerzo, mortificaciones y sacrificios.

Lo importante es que, al final de nuestra vida, como Pablo, tracemos este balance:

**«HE COMPETIDO EN LA NOBLE COMPETICIÓN,  
HE LLEGADO A LA META EN LA CARRERA,  
HE CONSERVADO LA FE»** (2ª Timoteo 4,7).

**«Hago un pacto con vosotros y con vuestros descendientes y esta es mi señal:**

**- Pondré mi arco en el cielo como señal de mi pacto en la tierra»**

El pacto de Dios con Noé, fue el compromiso por parte de los hombres de llevar una vida moralmente sana y respetuosa con la soberanía de Dios, con los derechos de los hombres y con el orden natural de la creación. Si los hombres son fieles a estos compromisos, reinará en el mundo la armonía, el orden y la paz. La aparición del arco iris recuerda esta promesa.

El agua que es un elemento necesario para la creación de la vida, algunas veces es todo lo contrario y causa la destrucción de esa misma vida. En la Biblia es interpretado como signo alternativo de las bendiciones y de las sanciones divinas. Sin agua no hay vida, pero el agua en exceso acaba con la vida. Sucedió en el diluvio, en el paso del mar Rojo y sucede con las inundaciones en nuestros días.

Solemos dar muy poca importancia al pacto del **«arco iris»** entre Dios y Noé. El arco iris, además de ser un bello espectáculo de la naturaleza, es también un símbolo **«Cuaresmal»**. Han bajado las aguas del cielo en un diluvio, que han causado la muerte y nuevamente emergen las plantas de una tierra arrasada pero nueva. **«Comienza una nueva vida»**.

La tradición de la Iglesia vio siempre en el arca de Noé un símbolo de salvación en Cristo por las aguas bautismales. Pablo compara las aguas del diluvio con las aguas del bautismo: **«aquello fue un símbolo del bautismo que actualmente os salva»**. En ambas hay destrucción y purificación, muerte y nueva vida. Al sumergimos simbólicamente en las aguas de nuestro bautismo, significamos que, muriendo como hombres de pecado anterior a la gracia de la **«conversión»**, emergemos como hombres nuevos después de él, renacidos a la vida del Espíritu.

Los simbolismos bíblicos del agua se completan con los del desierto. Allí ejemplariza Jesús dos actitudes en el cumplimiento del pacto de Dios con Noé: **«el reconocimiento de la soberanía de Dios en el mundo y la vida en armonía con toda la Creación»**. Es lo que se nos recuerda el rito simbólico de la imposición de la ceniza en el umbral de la Cuaresma: **«convertíos y creed el Evangelio»**.

Para el tiempo de Cuaresma se aconsejan tres prácticas que Jesús (como judío) llevó en su corazón y que prodigaba constante y generosamente: **PENITENCIA, ORACIÓN y LIMOSNA**.

**«LA PENITENCIA»** es la búsqueda del autocontrol en la medida para ayudar más a los otros.

Uno no violenta su cuerpo como practica piadosa, por religiosidad o por mimetismo con modelos de vida impuestos desde fuera (*así no es él, sino lo que le dicen que sea, no es libre sino esclavo*); violenta su cuerpo para buscar su identidad y una vez lograda, ofrecerla en beneficio a los demás.

**«LA ORACIÓN»** debe ser una alabanza, una acción de gracias, comunitaria y universal.

Si es unipersonal, se sale de la realidad para vivir un mundo creado por la propia fantasía, llevándonos a afirmaciones como estas: **«¡Todo es malo en el mundo menos yo!»** o **«¡A pesar de todo, qué bueno soy, puesto que hasta el saber que no soy bueno me produce dolor!»**. En la oración debemos dar gracias a Dios por la creación y pedirle por los hombres, nuestros hermanos, también por nosotros, para que seamos capaces (*siempre con la ayuda de su Espíritu*), de colaborar en la construcción de su Reino de paz y justicia en la tierra.

**«LA LIMOSNA»** tiene que ser desprendimiento generoso y liberal.

Sin mirar ni dónde ni a quién **«que ni tan siquiera tu mano izquierda, se entere de lo que hace la derecha»**, de otra forma, será ostentación, alarde, suntuosidad o cualquier otra cosa, pero no limosna que siempre debe procurar no limitar la eficacia del desprendimiento.

Jesús se retira al desierto como lugar de interiorización, de oración y de encuentro con Dios. El **«desierto»** es metáfora del silencio necesario para ponerse en contacto con Dios y expresa el vacío, la limitación humana, la necesidad de experiencias de Dios y de la eternidad y la escucha de Dios, imposible de oír en el bullicio ruidoso del mercado o de la calle.

Pero sin perder la perspectiva de que el silencio no está en el desierto ni en la cumbre de las montañas, de que el ruido no está en el mercado ni en las calles. El silencio y el ruido, la plenitud y el vacío, el desierto y la fecundidad son cualidades del alma que existen en el interior de cada uno.

**«La tentación del Señor se sitúa en el umbral de su actividad mesiánica. Antes de dar Jesús comienzo a su predicación, ora. Antes de presentarse en público, se va al desierto. Antes de mezclarse con el pueblo, se retira a la soledad. Antes de ir al encuentro con los hombres, busca la intimidad de su Padre que está en el cielo»** (K. Rahner)

Lo que pasó a 562 metros de altura sobre la cima del Tabor, es el contrapunto de lo que había pasado en la aridez del desierto:

En el desierto es tentado un hombre que siente hambre; la tentación descubre la realidad humana de Jesús. En el Tabor aparece en el esplendor de su gloria. Tabor y desierto se superponen y de esa superposición sale una definición exacta de Jesús: «**JESÚS ES VERDADERO DIOS Y VERDADERO HOMBRE**».

Con Él, entran en escena Moisés y Elías dando testimonio de que, Jesús no es simplemente un profeta, **¡aunque sea el más grande!** Jesús es el anunciado por los profetas, el **¡Hijo de Dios!** acreditado por el Padre «**¡¡ESCUCHADLE!!**» como maestro universal de los hombres.

Lo que pasó allí, en el Tabor, es un tremendo contraste. Es una luminosa historia de luz, de transfiguración con vestiduras blancas como la nieve y cuerpo resplandeciente como el sol. Y al mismo tiempo es oscuridad para los discípulos, que lo ven..., pero dudan de lo que ven; ante la gloria del Señor se sienten cómodos..., pero tienen miedo.

Primero, anonadados, no dicen nada y cuando Pedro se aventura a decir algo, «**no sabe lo que dice**» y, mientras piensa en ir a recoger unos troncos para hacer tres tiendas se oye la voz del Padre venida del cielo: «**Este es mi Hijo querido. ¡Escuchadle!**» Luego cae una nube como telón final y la escena termina.

No se trata de instalarse en una comodidad pasiva sino de meterse en la realidad. La nube les pone otra vez en la realidad. La voz del cielo se la ha llevado el viento y Moisés y Elías han desaparecido. Los discípulos ven a Jesús solo, ellos y Él; el Maestro y sus discípulos; el líder y sus seguidores. Es lo esencial, lo único, lo necesario. El **TODO** para la vida del cristiano es eso: saber encontrar a Jesús solo, como es, sin ropajes que lo desfiguren ni personajes que roben la atención debida únicamente a Él.

Monte abajo, Jesús prohíbe a los videntes contar nada de lo que han visto hasta que «**el Hijo del hombre resucite de entre los muertos**» Y otra vez las dudas y las preguntas. No entendían nada, no entendían que podía significar aquello de morir y resucitar.

Con Él hay que seguir el camino a Jerusalén y allí espera una cruz sobre otro monte, el Gólgota en el que Jesús estará otra vez solo, abandonado de estos testigos del Tabor, abandonado del mundo, completamente solo, en el mayor grado de soledad y abandono.

La Cruz, es la gran disyuntiva que puede llevar al hombre a morir por su fe o a negar a Jesús: «**no conozco a ese hombre**» Es el proceso de la fe: dudar y creer. Certeza y duda son el continuo devenir en el seguimiento de Jesús. La duda obliga a preguntarse, a profundizar más, y la fe profundizada esclarece y actúa sobre nuestra vida.

No somos Pedro, ni Santiago, ni Juan, pero nuestra vida está escrita y descrita en esa experiencia suya en el Tabor. Todos ansiamos ver claro, todos deseamos que Dios se nos manifieste, queremos tener ideas claras y seguridad ante las dudas. A veces se inunda de luz nuestra mente y todo parece claro, otras nos asaltan las dudas y caminamos entre sombras; momentos estelares y vulgaridad cotidiana, días radiantes y noches oscuras, Tabor arriba o Tabor abajo, en la cima luminosa o en el valle de penumbras.

Ser “**cristiano**” no es como pertenecer a un club donde pasar buenos ratos o llevar a cabo buenas acciones. Es necesario que oigamos la voz del Padre que nos dice: «**Este es mi Hijo querido. ¡Escuchadle!**» y ponernos en camino. Seguir a Jesús escuchando su Palabra, y poniéndola en práctica, imitarle haciendo el bien, desviviéndonos por los pobres, por los que sufren, por los marginados, por los excluidos del mundo. No nos podemos conformar con el «**¡Qué bien se está aquí!**» Tenemos que convertirnos en activos discípulos de Jesús dando verdadero testimonio de nuestra fe. Así, superaremos, sin miedo, todas cuantas pruebas se nos presenten, pues... «**SI DIOS ESTÁ CON NOSOTROS, ¿QUIÉN ESTARÁ CONTRA NOSOTROS?**»

**«Yo soy el Señor, tu Dios... No tendrás otros dioses fuera de mí».**

Dios puede inspirar a un hombre lo que quiere que escriba o simplemente enseñarle lo que no sabe. Para un hebreo la “**Thorá**”, la ley, significa una enseñanza dada por Dios para regular la conducta de los hombres y esa enseñanza se cristaliza en diez preceptos de valor universal. El Decálogo del Sinaí alude a la liberación de Egipto y señala el camino de la libertad para el pueblo de Israel. Por eso el hebreo ve en la ley una expresión de la voluntad de Dios cuyo cumplimiento santifica.

Un país sin leyes –sin ataduras– no sería en modo alguno el reino de la libertad y del respeto sino un caos absoluto, la jungla regida por la ley del más fuerte. La libertad tiene dos maneras de entenderse: lo que para uno es democracia para otros es puerta abierta a la violencia. Una es uso de la libertad, la otra es abuso y se llama libertinaje y terror.

Toda ley es una norma reguladora del proceder moral. Ser libre y guiarse por la ley es hacer un verdadero y racional ejercicio de libertad. La libertad es la facultad de elegir y esto supone una ley que dicta lo factible y lo reprochable. Esta ley puede ser la voz interior de la conciencia o una ley exterior formulada de acuerdo con la naturaleza racional. Pero, en todo caso, la libertad genera la capacidad de elección más no la total independencia. No es lo mismo ser libres que ser independientes, ya que **«nuestra libertad debe terminar donde comienza la libertad del otro».**

Jesús vino a perfeccionar la ley y la resumió en dos preceptos: **«Amarás a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo».** La formulación de los diez preceptos en forma generalmente negativa recibe, con su comentario en el sermón del monte, una nueva formulación en forma positiva, y el doble precepto del amor a Dios y al prójimo es síntesis de toda la ley, ya que, toda falta de amor es quebrantamiento de algún precepto del Decálogo. Quien no lee el Decálogo desde la perspectiva del amor hace una lectura falsa y en consecuencia no ve más que cadenas y ataduras. El que no ama a Dios se hace ateo y el que no ama al prójimo se hace violento

En el incidente del templo, Jesús se encara con una de las grandes sinrazones de la “*ley-carga-tradición-judía*” y así nos clarifica los trasfondos de esas tradiciones históricas que él cuestiona: A la práctica de sacrificios de animales antepone Jesús la actitud misericordiosa de corazón: **«misericordia quiero y no sacrificios»** (Mateo 12,27). Frente a la sagrada institución del sábado sentencia tajante: **«el sábado es para el hombre y no el hombre para el sábado»** (Marcos 2,27).

La finalidad de un templo es la de facilitar un lugar de encuentro del hombre con Dios para darle el culto debido. Así, ante el templo de piedras como lugar de culto y morada del Señor entre su pueblo, y la profanación que se produce en su entorno y en su contenido, Él antepone el corazón espiritual del pueblo como templo y morada de Dios. Se trata siempre de conceder más importancia al espíritu o actitudes interiores que a las prácticas o ritos exteriores.

La purificación del templo es una llamada a la reflexión sobre la verdad de nuestra vida, a definir en quién creemos y a quién servimos. Un toque de atención sobre nuestra santidad personal como templos de Dios que somos. **Dios Padre**, nos creó a su imagen y semejanza. Nos creó para que fuésemos libres, felices y santos, como Él es santo.

Y cuando por nuestra soberbia y tozudez, nos dejamos arrastrar por el pecado y alejándonos de Dios perdimos esta condición de santidad, nos envió a **Jesucristo, su Hijo**, para librarnos de nuestra pecaminosa esclavitud, nos comunicara su perdón, la inmensidad de su misericordia, la intensidad de su amor y nos mostrara el camino de la verdad.

Además nos dejó su **Espíritu Santo**, para que con la fuerza de sus dones, nos guíe y acompañe nuestro caminar por esta vida. Y como Cristo se ha formado un cuerpo con los incorporados a él por el bautismo, el templo de Dios somos nosotros.

Así pues, cada uno de nosotros, como componentes de la comunidad de creyentes, liberados de la esclavitud del pecado por Jesucristo, partícipes de los dones del Espíritu y miembros del cuerpo místico de Cristo que es el verdadero templo de Dios.

**«SOMOS TEMPLO DEL ESPÍRITU SANTO Y DENTRO DE NOSOTROS PODEMOS DAR CULTO A DIOS EN ESPÍRITU Y EN VERDAD».**



Tanto a Juan como a Pablo les gusta servirse de dualismos antagónicos para exponer su pensamiento cristiano sobre el bien y el mal. Pablo, pensando en los cristianos de Éfeso, bautizados de adultos, habla de un antes y un después del bautismo en términos de muerte y vida: antes del bautismo estabais muertos por el pecado y ahora sois vida en Cristo. *«Porque estáis salvados por su gracia y mediante la fe. Y no se debe a vosotros...»*. El paso de la muerte a la vida tiene lugar gracias al bautismo.

*«El que cree en Él, no será condenado; el que no cree ya está condenado»*. Los dualismos expresados por Juan en este pasaje son: **Dios y mundo, amor y odio, salvación y condenación, luz y tinieblas, aceptación y rechazo de la luz, perversidad y veracidad de las obras**. También el lenguaje moderno utiliza esa misma dualidad para describir la realidad social. Se habla, por ejemplo, de: **Norte-Sur, Este-Oeste, Primero y Tercer mundo, jóvenes y adultos, sanos y enfermos, derechas e izquierdas, indígenas y extranjeros...**

La conversación nocturna de Jesús con el intelectual Nicodemo, empieza en un diálogo para terminar en un monólogo y todo el texto en su conjunto, lentamente leído y profundamente meditado, es una excelente introducción a la fe cristiana. La salvación de Dios, que preocupa a Nicodemo, está en función del acontecimiento histórico de Jesús elevado en la cruz como puerta de acceso a la vida. Nadie puede pasar indiferente ante la cruz como si ese acontecimiento nada tuviera que ver con él. La cruz de Cristo es interpelación del amor de Dios.

Que Dios ama y es misericordioso lo saben también los judíos y los musulmanes; que Dios lleve su amor hasta el extremo de enviar a su Hijo y aceptar su muerte en cruz lo sabe, lo cree y lo anuncia la fe cristiana como principio fundamental de esa misma fe *«Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único»*. En Cristo elevado en la cruz tenemos el argumento irrefutable de ese amor, que se convierte en signo ofrecido a los hombres para una opción libre por Él o contra Él. De la postura adoptada ante la cruz de Cristo depende el propio destino y el hombre es su artífice.

La gracia es vida y es luz, el pecado es la negación de la gracia, por eso es muerte y tinieblas. Jesús es la luz que ilumina a todo el que viene a este mundo, pero la luz fue rechazada y los hombres prefirieron las tinieblas. La luz es Jesús mismo, las tinieblas es el pecado que nos aleja y aparta de Jesús. La primera condición necesaria para entrar en el reino de Dios es el nuevo nacimiento para la vida de Dios por el agua y el Espíritu. Es una afirmación elemental de la fe en la que somos recibidos y exigida al adulto que se bautiza y a los padres y padrinos en el bautismo de niños. Dios no condena a nadie porque el amor se ofrece a todos. Aceptar ese amor es salvarse, rechazarlo es pronunciar sobre sí mismo la sentencia de perdición.

Jesús vino a salvar no a condenar. El juicio, por lo tanto, no es una decisión de futuro, el juicio sucede en este mundo y es decisión personal de cada uno sobre sí mismo: *«Tus obras te juzgan»*. Jesús es tajante y duro: *«los hombres prefirieron las tinieblas a la luz porque sus obras eran malas»*. La raíz del alejamiento o rechazo de Dios no está por lo tanto en la mente sino en el corazón, es problema de obras y no de conceptos. La luz que hace ver el camino es inútil para el ciego pero la culpa no es de la luz, sino del que cierra los ojos.

Hay una relación directa entre buena conciencia y fe, lo mismo que la hay entre incredulidad y malas obras: *«el que obra la verdad se acerca a la luz para que se vean sus obras; el que obra perversamente huye de la luz para no verse acusado por sus obras»*. Las buenas obras llevan a creer; las malas obras apartan de la fe.

**LA FE PROFESADA EN EL CREDO ES SÓLO UNA PARTE DE LA ACEPTACIÓN DE DIOS; LA OTRA PARTE SON LAS OBRAS DE TU VIDA.**



**«Ha llegado la hora de que sea glorificado el Hijo del hombre. Os aseguro que si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto».**

La cruz es la señal del cristiano. Pero la cruz no atrae. Ante la cruz se reacciona como con alergia y la sociedad del bienestar la excluye cuidadosamente de sus eslóganes. Ninguna campaña electoral, ningún sport publicitario, ninguna propaganda de la sociedad de consumo, elige la cruz como logotipo y cuando por medidas tácticas se habla de **«apretarse el cinturón»** o de **«cargar con la cruz»** se reacciona automáticamente con recelo. Hay rechazo de la cruz y rebeldía ante las cruces inevitables de la vida.

Dios ni ama el dolor ni se complace en ver sufrir a nadie. Cuando hablamos de amor a la cruz que hay que estar dispuestos a llevar a costas cada día, entendemos la ejecución de aquel pequeño o gran esfuerzo que realizamos, aceptados por amor, para ser fieles a la llamada cristiana y así cumplir la voluntad de Dios. Esa es la cruz redentora a la que Dios ha vinculado la gloria. Y si alguna vez nos parece insoportable, si nos sentimos agobiados bajo su peso y sin ganas de seguir adelante, quizá se debe a que la miramos mal. Quizá miramos la cruz por detrás y solamente vemos dos palos cruzados que no pueden entusiasmar a nadie.

Entonces hay que darle la vuelta a esa cruz para ver a Jesús que pende de ella por amor. Así, ya todo será distinto. Porque cuando hablamos de amor a la cruz, estamos hablando más bien y con mayor exactitud de amor al Crucificado. La cruz no es el contenido único del mensaje cristiano pero sí es tal vez su mejor resumen a condición de ser bien entendida. Como nos dice san Juan: **«la hora de la cruz es también la hora de la glorificación»** Jesús llegó a la gloria de la Resurrección, pasando por la muerte en la cruz. Es muy importante distinguir claramente entre la cruz y el Crucificado. Si queremos entender y dar racionalidad al mensaje de la cruz, es necesario diferenciar bien que es lo que promete y de que nos libera el mensaje de la cruz. Hay una lucha general por la vida que puede compararse a la carga de la cruz.

Las leyes de la naturaleza proceden con absoluta indiferencia sin hacer distinción de nadie: **La vida no es “sólo rosas” para unos y “sólo espinas” para otros.** Rosas y espinas andan mezcladas en el jardín de la vida. El pan de cada día no tienen que ganarlo unos con el sudor de su frente mientras que a otros les cae como lluvia del cielo. La vida es lucha y tiene cruces para todos. Todos sufrimos bajo el peso de diferentes cruces –cruces de hierro, de bronce, de oro o de madera–, pero cruces al fin y al cabo, que no por ser de distinta naturaleza dejan de ser pesadas y molestas. Saber comportarse ante las cruces inevitables es clave importante para solventar los problemas de la vida.

Ser discípulo de Jesús no protege a nadie ni dispensa a nadie de de las cruces de la vida, más bien impone otras nuevas. Los ateos, los sin Dios, los sin moral ni conciencia, quizá tengan alguna ventaja respecto a los que por fidelidad a la fe y sinceridad con su conciencia deben abstenerse y renunciar a muchas cosas. Esta renuncia viene a ser una cruz suplementaria para el cristiano fiel a las exigencias de su fe y puede resultar muy pesada.

**«EL QUE QUIERA SERVIRME, QUE ME SIGA –DICE EL SEÑOR–, Y DONDE ESTÉ YO, ALLÍ TAMBIÉN ESTARÁ MI SERVIDOR; A QUIEN ME SIRVA, EL PADRE LO PREMIARÁ».**

Es el primer mensaje de la resurrección de Jesucristo, y nos lo da una mujer: María Magdalena, que fiel en su seguimiento a Jesús, estuvo junto a María, la Madre dolorosa y con Juan, el discípulo amado, en el Calvario. La mujer que no pudiendo aguantar más, sale muy de mañana con aromas y esencias hacía el lugar en que depositaron el cuerpo del Maestro:

*«¿Qué has visto de camino,  
María en la mañana?  
A mi Señor glorioso,  
la tumba abandonada,  
los ángeles testigos,  
sudarios y mortaja.  
¡Resucitó de veras  
mi amor y mi esperanza!»*

Ciertamente que Cristo es el amor y la esperanza de esta mujer. Era el amor y la esperanza de todos sus discípulos. Ha sido el amor y la esperanza de cuantos seres, a lo largo de la historia, pusieron sus ojos en Él. Y es, sin duda, nuestro amor y nuestra esperanza. Nuestra vida, sin Cristo, ya no tendría sentido; nuestra vida, sin Cristo, sería como una sombra, vacía y sin futuro.

La tumba vacía deja desconcertados a los dos discípulos en la madrugada de aquél día de Pascua. Por la tarde se les aparece el Resucitado y queda aclarado todo: «**ÉL VIVE**». Juan nos describirá esta experiencia muchos años más tarde. En su visita matutina al sepulcro en compañía de Pedro no vio a Jesús. Lo único que vio fue el sudario y los lienzos en que había estado envuelto el cuerpo muerto, pero el cuerpo no estaba allí. Buscaba a Jesús y vio sólo los lienzos.

En ese momento, aunque parezca contradictorio, vio y «**creyó**». Creyó en Jesús al que no vio. Lo más materialista, lo más lógicamente humano, es lo que expresa Tomas en su condición: «*Si no veo no creo*». Aquí Juan cree sin ver o mejor dicho, **creyó porque no vio**. Quizá con este detalle, Juan pretenda darnos a entender, que lo único esencial es la persona de Jesús; que todo lo demás es accesorio y debe orientar a Él. Los lienzos del sepulcro señalan la ausencia del cuerpo muerto y si el cuerpo no está allí es porque vive, porque ha resucitado. Y que hay que buscarle y seguirle en su nueva manera de vivir.

«Señor, tú me preguntas:

**-¿Qué buscas cuando me sigues?**

Ante tu pregunta me siento perplejo.

**-¿Es verdad que te sigo?**

Exteriormente sí,

**-¿pero está de veras todo mi interior en ti?**

Tengo dudas sobre mí y sobre las razones de tu seguimiento, porque aun en tu seguimiento puede haber razones turbias y tonalidades de egoísmo.

Es verdad que hay en mi vida horas de olvido de mí para pensar sólo en ti.

Pero necesito que tú me preguntes constantemente:

**-¿qué es lo que buscas?**

Esta pregunta me abrirá los ojos y volveré a desprenderme de todo lo que no eres tú.

Tú me preguntas: -

**¿qué buscas?**

Y yo deseo responderte:

**-Señor, tú lo sabes todo, tú sabes que te busco»**

(Johannes Bours)

Hemos seguido a Cristo en su Pasión y hemos tratado de comulgar con sus padecimientos. Como María, la Madre piadosa, como las santas mujeres, como los discípulos, como el discípulo amado, hemos sentido un gran dolor. No sólo con el recuerdo de lo que sufrió Cristo sino con la comprensión de todo lo que sigue sufriendo. La Pasión y la muerte de Cristo siguen siendo tan actuales como la primera vez. Hemos visto padecer, sufrir y morir a Cristo en tantos miles y millones de hermanos nuestros, pobres y pequeños. Hemos escuchado y seguimos escuchando sus gritos de abandono y sus palabras de perdón.

Pero Cristo resucitó de veras y nuestro corazón se alegra. Cristo resucitó de veras y nosotros nos llenamos de esperanza. **SÍ, ÉL HA RESUCITADO**, y todo puede cambiar, todo debe cambiar, todo tiene que cambiar. Porque Cristo resucitó como semilla, primicia de todas las resurrecciones. La fuerza de su resurrección nos alcanzará a todos, porque es imparablemente contagiosa. Por eso, Cristo es nuestro amor y nuestra esperanza. No habría esperanza sin resurrección.

La resurrección ilumina el misterio del dolor. Desde la resurrección, el sufrimiento adquiere sentido y la muerte encuentra salida. Seguiremos sufriendo y gritaremos la flaqueza de nuestra carne, porque somos débiles, pero con esperanza; continuará la pasión del mundo, pero puede ser redentora. La muerte se nos seguirá acercando, pero ya no nos dará tanto miedo. La losa de los sepulcros fue una vez removida, y ya sabemos el secreto y tenemos la fuerza para removerla siempre:

*«Primicia de los muertos,  
Sabemos por tu gracia  
que estás resucitado;  
la muerte en ti no manda.  
Rey vencedor, apiádate  
de la miseria humana  
y da a tus fieles parte  
en tu victoria santa.»*

*¡¡ALELUYA, ALELUYA, ALELUYA!!!*

Hay acontecimientos en la historia que marcan y dejan secuelas y estelas de modificaciones en la vida de las siguientes generaciones. La fundación de Roma, por ejemplo, no se hizo para nosotros pero fue el origen de una gran cultura en la que vivimos, han vivido y seguirán viviendo muchos. La Revolución Francesa, el final de la II Guerra Mundial, el fin de la Guerra Fría con la caída del muro de Berlín, crearon unas nuevas condiciones de vida en las que vivimos pero ni se hizo para nosotros ni afectan a nuestras decisiones libres.

**LA PASCUA SÍ.** La resurrección de Jesús afecta directamente a todos y lo que sucedió aquella noche santa se hizo por y para cada uno de nosotros. Nos demos cuenta o no, somos hijos de la resurrección, debemos vivir como criaturas nuevas una vida nueva en una creación nueva. Eso viene a significar las palabras y consignas de Jesús en sus apariciones de resucitado.

«**¡Shalom!**» Esta palabra hebrea que equivale a «**irene**» en griego o a «**paz**» en castellano, en su origen tiene connotaciones más amplias. El saludo del Resucitado es mucho más que un **¡salve!, how do you do?, Hola ¿qué tal? ¡Buenas tardes!...** significa la salvación mesiánica e incluye el bienestar total del cuerpo y del espíritu, y, al mismo tiempo, es la paz total de cada uno con Dios y con los otros. Eso desea Jesús al saludar con la palabra «**¡Shalom!**». Es además anuncio del reino de Dios que ya ha comenzado y debe ser anunciado a todo el mundo, Por eso y a eso envía Jesús a los apóstoles, a los que saluda con «**¡Shalom!**».

Para los hombres y mujeres de la resurrección significó un nuevo estilo de vida en comunidad porque la fe cristiana no se puede, ni se debe vivir en solitario. Los apóstoles daban valiente testimonio, pero sin el apoyo común, aquella fe se hubiera disuelto como una sociedad en quiebra. Cada uno hubiera seguido su camino con el peso de un gran fracaso a la espalda. Así lo hacían los dos de Emaús, así lo hizo Tomás, el ausente, el extracomunitario. Los de Emaús necesitaron volver a comunicar a los demás su experiencia y Tomás encontró a Jesús en la comunidad y ante ella confesó públicamente su fe.

Celebrar comunitariamente la fe en la resurrección del Señor es enriquecimiento mutuo con intercambio de experiencias, alegrías, dificultades y ayudas. La fe no debe vivirse en solitario sino en comunidad. En la comunidad se acentúa especialmente el espíritu fraternal y cristiano: «**Aquella comunidad tenía un solo corazón, una sola alma y de la unidad de corazones nacía la unidad de bienes: todo lo tenían en común**».

La comunidad de fe es cada día más necesaria. Antes, tener fe era una cosa «**natural**», algo que «**ya se entiende**». Hoy comienza a ser excepción o cosa de minorías. En cosas de fe ya nada se entiende por sí mismo. Todo es pensado, revisado, aceptado de manera personal, cada día nos encontramos ante nuestra fe como ante una decisión bautismal. Antes, si uno no iba a la iglesia tenía que dar explicación de ello; hoy hay que dar razones de por qué se va.

Por eso se presenta hoy muy en primer plano la figura de Tomás con un mensaje para todos:

- Quizá pensaba en la advertencia de Jesús cuando se quiere levantar una casa (Lucas 14).
- piensa: «**si Cristo no ha resucitado, me olvido y vuelvo a mi trabajo; pero si ha resucitado, tengo que anunciarlo y dar otra orientación a mi vida**».
- piensa que para esa decisión no basta la fe del ambiente, que se requiere una fe tan personalizada como ver y palpar.

A nosotros que nos pasa, más o menos como a Tomás: «**Si no veo y palpo, no creo**», que somos incrédulos por naturaleza. Que constantemente nos estamos haciendo estas u otras preguntas parecidas: **¿Qué cambios ha introducido Cristo en la sociedad? ¿Son o han sido los cristianos más justos, más pacíficos, más pacientes y caritativos que los demás? ¿En qué se nota? Jesús sigue diciéndonos: ¡Pon aquí tus dedos, mete aquí tu mano y no seas incrédulo sino creyente!**

Eso es ir directamente al núcleo de nuestra fe, lo que popularmente expresamos con el dicho: «**poner el dedo en la llaga**». La resurrección del Crucificado es el fundamento de nuestra fe y las llagas de Cristo siguen siendo signo de identificación del Resucitado. Esas llagas son ahora las llagas de todos los que sufren. Dichosos los que palpen esas llagas porque tendrán la misma experiencia de Tomás y llegarán a la misma confesión que él.

**¡SEÑOR MÍO Y DIOS MÍO!**

**«EL CRUCIFICADO HA RESUCITADO»** Este es el completo y auténtico anuncio Pascual. Así estaba escrito: *«El Mesías padecerá, y resucitará de entre los muertos al tercer día»*. Y así lo testifican los apóstoles: *«Matasteis al autor de la vida, pero Dios lo resucitó... Por tanto arrepentíos y convertíos, para que se borren vuestros pecados»*.

Los evangelistas comienzan relatándonos las apariciones, podríamos llamar... **“privadas”**: María Magdalena anuncia que el sepulcro está vacío y luego ve al Resucitado en el huerto. Jesús acompaña de incógnito a los de Emaús, ellos le reconocen al partir el pan y cuando estos regresan para contar sus experiencias del camino, ya se ha aparecido también a Pedro.

Tras las apariciones **“privadas”** se manifiesta a los discípulos reunidos en grupo. Jesús los saluda, como de costumbre, con la paz, pero los discípulos se asustan, presas de estupor e incredulidad. Necesitan aclaración y reflexión hasta que, tras mostrarles las llagas y comer con ellos, el hecho se impone por sí mismo. Luego, remitiéndose al Antiguo Testamento, les va explicando las escrituras haciéndoles comprender el misterio de su muerte y resurrección. Haciendo que comprendan que el cumplimiento de la Escritura significa la llegada de la plenitud del tiempo: **«la salvación ha llegado con Jesús de Nazaret y es una salvación para todos»**.

Con la comprensión cambia todo. Mirando al pasado todo está claro, todo está cumplido. Ahora hay que mirar al futuro, comprender que Jesús y su misterio deben ser anunciados a todo el mundo y este anuncio consiste en proclamar enseñando que el Cristo ha resucitado, perdonando los pecados y anunciando la conversión. Al núcleo de la fe cristiana pertenece, por lo tanto, el anuncio del perdón de los pecados, tal como lo confesamos en el **credo** y en esa confesión se incluyen tres importantes afirmaciones: **existe el mal en el mundo, ese mal tiene una causa y existe también un remedio**.

Si el problema del mal existe, es igual para *“creyentes”* que para los *“no-creyentes”*, pero el enfoque para la solución del problema o al menos el punto de vista para su interpretación, son fundamentalmente distintos. Mientras que para el *“no-creyente”* el mal es un misterio, una cosa que no tiene remedio y le lleva al fatalismo pesimista. El *“creyente”* sabe que todo mal tiene un origen aunque sea incierto, una explicación aunque no sea clara, un remedio tal vez difícil pero seguro; y eso es lo que importa. Este es el mensaje que anuncian los apóstoles con valentía y fuerza de convicción

La **“PASCUA”** va quedando atrás, aunque, litúrgicamente, seguiremos celebrándola hasta Pentecostés, luego vendrá el Tiempo Ordinario. Pero la Pascua real no pasa, ya que cada domingo del año es un domingo de Pascua, Es el día del Señor y nos reunimos en comunidad para celebrar nuestra fe y el Señor de la fe se hace presente en medio de nosotros, nos abre el sentido de las Escrituras, nos distribuye su pan y nos envía a anunciar a todos cuanto hemos visto y oído.

Aquí aprenderemos el sentido de la vida y del trabajo, la manera de ayudar al hermano necesitado, aprendemos que ser cristiano no es una lección moral sino el conocimiento y fidelidad a una persona: **«Cristo resucitado con su mensaje de vida y esperanza»**. Y siempre debemos de insistirnos que, lo que verdaderamente nos importa, como cristianos, es mirarnos en Jesús, dejarnos instruir por Él, descubrir su presencia en medio del mundo, identificarle en los hermanos y cumplir su mensaje.

**LA VERDADERA REALIDAD DEL HOMBRE, ES:**

- **QUE SOMOS SUS CRIATURAS Y QUE DIOS ES NUESTRO CREADOR.**
- **QUE SOMOS PEQUEÑEZ Y QUE DIOS ES EL TODO.**
- **QUE APENAS SOMOS Y QUE DIOS ES.**

Si conseguimos abrirnos a la presencia de Dios, brota espontáneamente un profundo y misterioso estremecimiento. Cuanta más luz tengamos para ver a Dios, y para vernos a nosotros mismos, más nos sentiremos anonadados, aunque también atraídos.

Dios creó al hombre para que fuese perfecto, santo e irreprochable, y le entregó para su goce y disfrute todo el resto de la Creación. Pero Adán, el hombre, atraído por la falsa creencia de que por sí mismo, superando su condición humana, podría constituirse en otro dios, se deja seducir por la “**serpiente-pecado**” alejándose de su creador. Entonces, pierde su inocencia y sintiéndose desnudo siente miedo y se esconde en el jardín. Es la reacción natural de la criatura, sobre todo de la criatura pecadora.

Dios sale al encuentro del hombre, y el hombre, temeroso, pensando que viene a reprenderle y castigarle, creyendo que alzaré su mano contra él, huye del encuentro con Dios, sin darse cuenta de que con esta separación se vacía, se angustia y se esclaviza. No sabe, pobre, que Dios le busca para extender sus brazos liberadores y cariñosos, para acogerle y estrecharle contra su pecho, para limpiarlo y revestirlo con vestidos de fiesta, para devolverle su libertad.

Que viene para prometerle una victoria definitiva y salvadora: **«Una mujer aplastará la cabeza de la serpiente»**. Una mujer que no temerá, porque vivirá siempre en presencia de Dios. Una mujer que no huirá, porque nada tiene que ocultar. Una mujer que no se avergonzará de su desnudez, porque estará revestida primorosamente de la túnica de la gracia. Una mujer que no pactará nunca con el espíritu de la mentira, sino que vivirá siempre en la verdad. Una mujer que estará siempre en guerra contra el mal. Una mujer imantada por Dios. Una mujer que no querrá ser Dios, pero que llegará a ser madre de Dios. **¡MARÍA!**

María vivió siempre en presencia del Señor, traspasada por una mirada amorosa, habitada por la realidad divina. No sólo acompañada, sino amada, revestida y enriquecida por Dios. Qué bien acertó el ángel en su saludo: **«El Señor está contigo y te llena de su gracia... El Espíritu te cubre con su sombra»**.

María fue siempre limpia, purísima, concebida sin pecado original. María pudo tener todas las limitaciones propias de la naturaleza humana, pero no el pecado. Aunque, no por eso fue menos humana, sino al revés, más humana, más perfectamente humana, **«he aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra»**, el modelo acabado de la humanidad. María, no endiosada, se sabe tan pequeña, que bien puede Dios elevarla. No hay peligro de que quiera ser como Dios. Ella nunca extenderá su mano hacia la manzana del árbol prohibido, y sin embargo se convertirá en árbol vivo, cuyo fruto, sin engaño, es alimento que diviniza.

Ella, María, estará siempre al lado y pendiente de su Hijo: preocupada tras escuchar la dolorosa profecía de Simeón **«y a ti, mujer, una espada te atravesará el alma»**; sufriente al creerlo perdido y tener que regresar, con el corazón roto, corriendo a Jerusalén para buscarlo **«acaso no sabías que tengo que ocuparme de las cosas de mi padre»**; solícita y solidaria cuando en las bodas de Caná tiene que abogar por esos novios que están a punto de quedar en ridículo ante sus invitados **«no tienen vino... - calla mujer, aun no ha llegado mi hora... - haced lo que él os diga»**; y... todo esto, **«María lo guardaba en su corazón»**. Dolorosa y sufriente se encuentra en la calle de la Amargura con su Hijo que, cargado con la Cruz es condenado a morir por la incomprensión y la maldad de los hombres, y tiene que acompañarlo hasta el Calvario.

**«Dame tu mano, María, la de las tocas moradas;  
clávame tus siete espadas en esta carne baldía.  
Quiero ir contigo en la impía tarde negra y amarilla.  
Aquí, en mi torpe mejilla, quiero ver si se retrata  
esa lividez de plata, esa lágrima que brilla.**

*¿Dónde está ya el mediodía luminoso en que Gabriel,  
desde el marco del dintel, te saludó: «Ave, María»?  
Virgen ya de la agonía, tu Hijo es el que cruza ahí.  
Déjame hacer junto a ti ese agosto itinerario.  
Para ir al monte Calvario, cítame en Getsemaní.*

*A ti, doncella graciosa, hoy maestra de dolores,  
playa de los pecadores, nido en que el alma reposa,  
a ti, ofrezco, pulcra rosa, las jornadas de esta vía.  
A ti, Madre, a quien quería cumplir mi humilde promesa.  
A ti, celestial princesa, Virgen sagrada María.»*

Y allí, en el Calvario, junto a la Cruz, está Ella devorando sus lágrimas y atragantándose con ellas, callada, destrozada y abatida, transida de dolor, junto al madero donde su Hijo muere. Allí, al pie de la cruz. En aquel lugar, Cristo nos la dio como Madre y ella, junto con el discípulo amado, nos aceptó como hijos a todos los hombres.

Ella, la “**co-redentora**” de la humanidad, es nuestro modelo. Ella acompaña nuestro caminar, conduciéndonos y reconduciéndonos hasta su querido Hijo. Ella está siempre junto a su Hijo intercediendo por nosotros y alcanzándonos su perdón Y nosotros, pecadores e indignos hijos suyos, sólo tenemos que rezarle: ¡Virgen **Purísima**, Madre de Cristo! ¡Virgen **Inmaculada**, Reina asumpta al cielo! ¡Virgen **concebida sin mancha**, Madre de la Iglesia! ¡Virgen **Madre de Dios** y Madre de todos los hombres!

**¡RUEGA POR NOSOTROS TUS HIJOS!**



Una de las más dolorosas experiencias humanas es la de verse solo y abandonado. Tanto en los momentos felices, como en los tristes, en los adversos, duros y cruciales de nuestra existencia, necesitamos, la compañía, la comprensión y el cariño de alguien que esté a nuestro lado ayudándonos, felicitándonos, apoyándonos, protegiéndonos o simplemente acompañándonos.

Juan en su Evangelio nos define el ser o las funciones de Jesús, al menos, de ocho maneras distintas: *«Yo soy el Pan de vida»*; *«Yo soy la Luz del mundo»*; *«Yo soy la Vid, vosotros los sarmientos»*; *«Yo soy la Resurrección y la Vida»*; *«Yo soy Rey del mundo»*; *«Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida»*; *«Yo soy la puerta del redil»*; *«Yo soy el buen Pastor»*.

Estas expresiones no son nuevas, pues todas remiten y enlazan con títulos y definiciones del Antiguo Testamento. La novedad es que ahora son aplicadas a Jesús. Cuando Jesús apropiándolas, se las aplica a sí mismo quiere indicarnos que todas las esperanzas de salvación expresadas en el A.T. se han cumplido, que todo lo anunciado por los profetas, se han hecho realidad en Él.

A nuestra actual sociedad, industrial y urbana, le resulta más difícil penetrar en el sentido doctrinal de estas metáforas por carecer de experiencias directas con la vida bucólica y campesina. Son muy pocas las personas que ejercen la profesión del pastoreo.

Las ovejas las vemos ocasionalmente en revistas o en el tren, los lobos en el zoo, en reportajes o en los programas de **“El hombre y la tierra”**. En la vida antigua y rural toda profesión tenía un rostro concreto, inconfundible e identificado con una persona: así, a la autoridad se la reconocía con la cara del alcalde, del alguacil o del policía; la ciencia tenía el rostro del maestro o del médico; la religión la del cura; y los trabajos artesanos tenían la figura del carpintero, el panadero o el herrero. Toda profesión tenía su rostro y el pastoreo también. Hoy en cambio ya casi nadie tiene rostro: ha desaparecido la persona detrás de la función, el individuo desaparece entre la masa colectiva y así hasta Dios ha perdido su rostro.

A Dios se le ha representado de muchas maneras desde *el triángulo con un gran ojo en el medio hasta el anciano venerable de barba blanca*. Pero, Dios no tiene rostro, al menos nadie le ha visto. Un día le veremos tal cual es, nos promete san Juan, pero a Dios no podemos verle. Aunque tampoco podemos pensar en Dios cómo una idea abstracta o un crucigrama de conceptos. Dios, un día, tomó forma humana y los hombres pudimos ver a Dios en Jesucristo, que se definió como **«EL BUEN PASTOR»**, el que protege a sus ovejas, el que las alimenta y las guía y en contraposición con el asalariado, que huye poniéndose a salvo en el momento de peligro, dejando abandonadas a las ovejas a su suerte frente al lobo, Él da la vida por sus ovejas.

Si a la imagen del Buen Pastor que es una de las primeras representaciones histórico-artísticas de Jesús, unimos la imagen del Cordero, nos muestra cualidades que caracterizan la auténtica imagen de **JESUS BUEN PASTOR**: el conocimiento individual de los suyos y la entrega de su vida. El conocimiento de Jesús es mucho más que un conocimiento puramente racional. No es sólo el conocimiento informativo que se pueda tener de otra persona, ni el que el profesor tiene o se forma de su alumno, el médico de su paciente o los fans de su ídolo.

El conocimiento que Jesús tiene de los suyos engloba conceptos de una intimidad personal con intercambio de sentimientos e ideales por amor. Jesús conoce a los suyos sin importar su origen, ni su raza, ni su piel; lo único necesario es que oigan su voz y que formen comunidad con Él. Los conoce individualmente, por su nombre y apellidos y ellos distinguen su voz y le siguen en la certeza de no estar solos, sabiéndose aceptados y amados porque: **«Aunque camine por cañadas oscuras, nada temo, porque tú vas conmigo: tu vara y tu cayado me sosiegan.»**

El mismo que en otra parte del Evangelio se nos mostraba como «*Buen Pastor*» se nos muestra ahora como la «*Vid verdadera*», y los allí designados como «*ovejas*», necesitados de la solicitud y protección del pastor para subsistir; pasamos ahora a ser «*sarmientos*» que tienen que permanecer unidos a la vid para dar fruto.

Para un viticultor, un jardinero o un botánico, la alegoría de la vid le resultará fácil y podrá hacer de ella una lectura directa: «*un cultivo adecuado requiere atenciones, repoda y desbrozo previo*». Un árbol que se limpia, que se poda o recorta, no se quejaría ni lloraría aunque pudiese hacerlo, porque siente que ese tratamiento es condición necesaria para su posterior fecundidad y belleza. Las ramas secas han muerto porque de algún modo se han separado del tronco del que se nutrían y al carecen de vida autónoma, una vez secas, ya no sirven para nada y se las quema.

Si la lectura la hace un médico, cirujano o biólogo, con transposición de términos (*vid = cuerpo humano*) pensará que hay circunstancias que hacen necesaria una intervención quirúrgica, quizá hasta la amputación de un miembro. La cura dolorosa o la extirpación de un miembro no es tortura del enfermo ni sentimiento masoquista, sino tratamiento necesario para la mejor calidad de vida. Aunque todos los miembros son necesarios para la perfección total del organismo, un cuerpo al que le falte un miembro pierde algo de su perfección y belleza... pero vive porque «*Más te vale entrar cojo o manco en el reino de los cielos*».

Pero la alegoría evangélica no está escrita ni para el botánico o viticultor ni para el médico o cirujano. Sino para todo discípulo de Jesús. Entonces: **¿Qué lectura debemos hacer nosotros, seguidores de Jesús, reunidos en su nombre? ¿Cómo debemos vivir nuestra fe, nuestra vida? ¿Se debe vivir la fe a solas o en comunidad?** Podríamos discutir sobre las diversas maneras de vivir la fe cristiana, pero nunca entendida como forma aislada de vida, sino en comunidad con los demás miembros en unión con Cristo. Él es la cepa que sostiene y comunica la savia a los sarmientos para que éstos vivan y den fruto.

El cuerpo místico de Cristo es una unidad de vida con pluralidad de miembros y funciones. Puede haber miembros vigorosos que trabajan arduamente y miembros enfermos que necesitan cuidados y terapias. En la comunidad de creyentes puede haber vidas bellas por sus virtudes y fecundas por su trabajo, como puede haber otras enfermas, espiritualmente delicadas, pero que se mantienen unidas, y con una historia de vida común en Cristo al que fueron injertados un día por el bautismo, sacramento de la inserción y que se mantienen unidas gracias a la eucaristía, sacramento de la permanencia, de la fecundación, de la vida en el Espíritu. En cambio, otros se cansaron y se apartaron de Él, se desgajaron y se secaron.

Nosotros no queremos desgajarnos de Jesús, deseamos permanecer siempre en él y por eso con todo el fervor de nuestro corazón contrito, le pedimos:

*Estate, Señor, conmigo siempre, sin jamás partirme,  
y, cuando decidas irte, llévame, Señor, contigo;  
porque el pensar que te irás me causa un terrible miedo  
de si yo sin ti me quedo, de si tú sin mí te vas.*

*Llévame en tu compañía, donde tú vayas, Jesús,  
porque bien sé que eres tú la vida del alma mía;  
si tú vida no me das, yo sé que vivir no puedo,  
ni si yo sin ti me quedo, ni si tú sin mí te vas.*

*Por eso, más que a la muerte, temo, Señor, tu partida  
y quiero perder la vida mil veces más que perderte;  
pues la inmortal que tú das sé que alcanzarla no puedo  
cuando yo sin ti me quedo, cuando tú sin mí te vas.*

Si un sarmiento se desgaja de la cepa inevitablemente no sirve ya más que para el fuego. Así pues, un cristiano bautizado que se desconecta de Jesús, puede derivar y terminar por vivir dominado por los deseos: lujuria, inmoralidad, libertinaje, idolatría, magia, enemistad, discordia, rivalidad, arrebatos de ira, egoísmo, partidismo, sectarismo, envidia, borrachera, orgía y cosas por el estilo, acciones que proceden de los bajos instintos. Contra esto no hay ley que valga. Así nos lo advierte san Pablo en una de sus cartas: «*Os prevengo que los que se dan a eso no heredarán el Reino de Dios, Los que son del Mesías han crucificado sus bajos instintos, sus pasiones y deseos; porque, separados de Él no es posible la vida, no es posible dar los frutos del Espíritu: “amor, alegría, paz, tolerancia, agrado, generosidad, lealtad, sencillez, dominio de sí, bondad”*» (Gálatas 5,22).

La alegoría de la vid, ahora, es bien clara, nos dice: «*Es necesario permanecer unidos a Cristo como condición necesaria de vida y celebrar la fe en comunidad y en especial con la Eucaristía, máxima expresión de la comunidad eclesial, porque la fe no se debe ni se puede vivir a solas*».

La palabra «AMOR» evoca en cada corazón diferentes recuerdos y vivencias. Podemos hablar del amor de múltiples formas y utilizando variados conceptos y distintos adjetivos. Incluso podríamos marcar diferencias hablando de muy distintas formas del amor.

Podemos hablar de amor egoísta y de amor desinteresado, del amor matrimonial y del amor fraternal, de amor apasionado y de amor platónico, del amor aprovechado y del amor romántico, de amor de palabras y de amor de obras y hasta del amor mercancía o del amor comercio.

Pero, a pesar del pluralismo de las definiciones y hasta de las utilizaciones equívocas que se dan de la palabra **amor**, no podemos prescindir de esta palabra ni sustituirla fácilmente por otra para expresar los sentimientos del corazón.

La imaginería nos ha mostrado siempre a Moisés que baja del monte Sinaí, tras su encuentro con Yavhé, sosteniendo entre sus manos las tablas de la ley, el Decálogo de los Mandamientos de Dios dividido en dos tablas: una que contiene los tres primeros conceptos que contemplan el amor a Dios, la otra con los siete restantes referidos al servicio y relación con el prójimo. El Decálogo que es la carta magna de los derechos humanos, en su observancia establece una clara distinción entre el “*amor sentimiento*” y el “*amor obras*”.

El evangelista san Juan al que, aunque lo consideremos un místico (quizás debido a la definición dada popularmente a su evangelio como el “evangelio del amor”), no debemos olvidar que era conocido y llamado «**el hijo del trueno**» y que su afirmación de que **¡DIOS ES AMOR!**, no es sino la conclusión de su propia experiencia y de las meditaciones que ha hecho sobre las manifestaciones históricas de Dios, especialmente en su Hijo. Pues bien, según san Juan, las relaciones del hombre con Dios se resumen en la fe y en las obras del amor.

Juan enseña que el amor consiste en las obras. Que amar a Dios no consiste en palabrería dulce sino en la seriedad de guardar sus mandamientos. Pero eso sí, recordando que Jesús los resumió todos en uno que los fundamenta «**Amarás al Señor, tu Dios con todo tu corazón y al prójimo como a ti mismo**».

El nuevo mandamiento «**Amaos unos a otros**» se inspira en el amor de Jesús pero hunde sus raíces en la misma naturaleza creada por Dios, que es **AMOR**. El amor es una consecuencia del hecho de nacer y sobre todo de haber renacido en Cristo. El que ama está significando el amor divino. Por eso, amar es cumplir la ley entera.

Jesús nos habla mucho de amor y nos manda amar «**como Él ha amado**». El amor de Jesús no se encierra en sí mismo sino que desborda y se convierte en fuente de dicha «**Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos**». Pero la vida puede darse lentamente a lo largo de toda una vida o de manera súbita en un momento dado. Él dio su vida trozo a trozo, día a día, y terminó entregándola toda en la cruz. Cuando Jesús nos pide amar como Él ama, quiere decirnos: «**no viváis a costa de los demás sino en beneficio de ellos, hasta entregar la vida si es preciso**». Por eso Jesús habla condicionalmente: «**si decís que me amáis debéis demostrarlo en la observancia de los mandamientos, en eso demostráis la autenticidad de vuestro amor**». Y en la historia de la Iglesia abundan los ejemplos de vidas heroicas en el servicio a los demás.

Jesús habla también de la amistad: «**Ya no os llamo siervos, porque un siervo no sabe que piensa su amo; os llamo amigos porque os he comunicado todo lo que he oído a mi Padre**». Os llamo amigos. Es esta una palabra clave para la comprensión y práctica de la fe cristiana. La amistad requiere un largo proceso previo. Se puede ignorar a una persona, haber oído algo de ella, haberla visto y saludado, haber tratado con ella; pero llegar a la amistad es el último grado en el conocimiento, intimidad y confianza.

De igual modo se puede haber oído hablar de Dios, ser simpatizante del Evangelio o venir a la iglesia con frecuencia a rezar, siguiendo ciertas rutinas y formularios. Sin embargo, llegar a la comprensión y práctica de la fe como «**una cálida amistad con Jesús de Nazaret**» es una asignatura pendiente en muchos que nos decimos y llamamos cristianos.

Cuando a alguien se le da la condición de «**amigo**», se le está diciendo que la relación es tan íntima que no existen secretos entre ellos, que no hay reserva alguna, que la entrega es total, y que se comparten penas y alegrías, triunfos y derrotas. La amistad requiere intimidad y la intimidad demanda comunicación, en la confianza de ser aceptados y comprendidos y con la seguridad de nunca ser rechazados, utilizados ni explotados.

Entendámoslo claramente de una vez: **LAS OBRAS SON LAS QUE HABLAN.**

Los relatos de las apariciones pascuales se cierran con la **ASCENSIÓN GLORIOSA DE JESÚS**. Los discípulos lo observan estupefactos y contemplan cómo desaparece de su vista. Si pudieran le detendrían en su ascenso para retenerle junto a ellos. Es necesario que vengan dos “**ángeles**” a sacarles de su admiración y hacerles comprender que no se celebra la gloria de Cristo mirando al cielo, sino inaugurando y viviendo en la tierra el **«TIEMPO DE LA IGLESIA»**.

El cielo no es la bóveda azul que nos cubre como una tienda, sino el ámbito de Dios que no tiene ni espacio ni tiempo. La nube que recoge a Jesús y le oculta a los ojos de los discípulos es símbolo de la presencia de Dios, como en el Sinaí, en el bautismo de Jesús o en el Tabor.

Dos personajes vestidos de blanco recomendaron a las mujeres en la mañana de la Pascua: **«no busquéis entre los muertos al que vive»** (Lucas 24,5) y otros dos personajes vestidos también de blanco dan el nuevo mensaje a los apóstoles: **«No os quedéis con los brazos cruzados mirando al cielo. Vuestra mirada debe fijarse en las necesidades de la tierra. Anunciad ahí el mensaje hasta que vuelva»**.

De una parte la fe en el Resucitado y por otra la actividad misionera de la Iglesia.

Esta glorificación de Jesús sucede a los cuarenta días después de su resurrección, tiempo intermedio entre el Jesús histórico que acaba y el tiempo de la Iglesia que empieza. Tiempo utilizado por Jesús, para hacerse identificar y reconocer por los discípulos, para confirmarles en la fe, completar algunas enseñanzas, fundar algún sacramento y prometerles su asistencia hasta el fin de los tiempos.

Nos lo ha dicho repetidamente y de distintas formas: **«No os alejéis...»**; **«Permaneced en mi amor...»**; **«Aguardad la promesa...»**; **«Os conviene que me vaya...»**; **«Seréis bautizados con Espíritu Santo...»**; **«¿Qué hacéis ahí plantados?...»**; **«¡Id al mundo entero...!»**.

Jesús nos ha enseñado el Amor que el Padre nos tiene, nos ha mostrado el camino, nos ha dicho como tenemos que ser y lo que tenemos que hacer **«Amaos unos a otros como yo os he amado»** (Juan 15,11). Nos ha entregado todo cuanto tenía... hasta su propia vida.

Ya ha cumplido su misión y, vuelve al Padre. Y ahora, nos toca a nosotros; comienza el tiempo de la Iglesia, **TÚ tiempo, MÍ tiempo** o mejor aún: **NUESTRO TIEMPO**.

Ahora, somos nosotros los que tenemos que ir a todos los hombres, a todos los pueblos, tenemos que comunicar la Buena Noticia: **«DIOS TE AMA»**. El Evangelio universalmente anunciado es de libre aceptación o rechazo y se convierte en salvación o condena. Comienza la nueva generación de discípulos que creen sin haber visto, elogiados por Jesús (Juan 20,29) y por Pedro (1ª 6,8).

Tiene sentido trabajar por la transformación del mundo y nadie tiene derecho a silenciar el mensaje por miedo o por prudencia. Jesús sigue con nosotros pero no solamente en la Eucaristía. Su presencia exige de los suyos una vida comunitaria con ejercicio de humildad, paciencia y disposición para la paz.

Todos estamos llamados a trabajar en la edificación del cuerpo místico de Cristo, atentos a las necesidades de los demás y ejercitando las obras de la fe.

Porque, no nos engañemos, hermanos: **LAS OBRAS SON LAS QUE HABLAN**.

**PENTECOSTÉS** es una de las grandes solemnidades en el calendario litúrgico y una de las primeras que, con la Pascua, tuvo celebración. Se conmemora a los cincuenta días de la Pascua como plenitud de esa fiesta y el acontecimiento celebrado es, en sí mismo, una extraordinaria experiencia de Dios por parte de unos hombres que iniciaron la transformación espiritual del mundo. **EL DÍA DE PENTECOSTÉS NACE OFICIALMENTE LA IGLESIA, NUEVO PUEBLO DE DIOS.**

Muchos años atrás, el pueblo de Israel tuvo una experiencia a los pies del Sinaí. Dios firma una alianza con su pueblo y como orientación en ese camino desde la esclavitud a la libertad, les da su «ley»; por medio de Moisés y con gran aparato de fenómenos atmosféricos, les entrega el Decálogo. Es lo que tradicionalmente celebraba el **Pentecostés** judío.

Fue una alianza que el pueblo aceptó y vivió con orgullo aunque no siempre con fidelidad. Pero esta gran experiencia de Dios en el Sinaí, como en general las experiencias divinas del Antiguo Testamento, están reservadas a algunos hombres privilegiados (profetas o jueces) Moisés hablaba con Dios «*como un amigo habla con su amigo*» (Éxodo 33,11); el pueblo no, el pueblo sentía temor y le pedía a Moisés: «*Háblanos tú y te escucharemos; que no nos hable Dios, que moriremos*» (Éxodo 20,19). Una experiencia personal de Dios a extensión popular sería una utopía en el Antiguo Testamento.

Años más tarde esa utopía, se hizo realidad en Jesús de Nazaret. Jesús es la revelación y experiencia plena de Dios entre los hombres. A Jesús pudo verlo todo el pueblo y conversar con Él sin morir. Muchos le seguían y escuchaban, otros venían a dialogar con Él de tú a tú, otros, como Nicodemo, a escondidas, a puertas cerradas en la intimidad de la noche. Pero, **¿de qué sirve ver y oír si no se entiende?**

Muchos de los que oyeron a Jesús no le comprendieron, le entendieron mal o le entendieron sólo a medias. Hacer llegar al conocimiento de la verdad es cometido del Espíritu Santo, cuya obra a gran escala comienza en **Pentecostés**: «*Cuando venga él, el Espíritu de la verdad, os guiará hasta la verdad completa; pues no hablará por su cuenta, sino que hablará lo que oiga, y os anunciará lo que ha de venir*» (Juan 26,13).

**Navidad-Pascua-Pentecostés** (simbiosis trinitaria) La Navidad es el comienzo: El Verbo de Dios se hizo carne, capaz por tanto de sufrir, gozar y morir. Ese cuerpo que nació un día, murió también otro; pero resucitó; y ahora vive y no muere más. Ese cuerpo glorioso se va como condición previa para enviarnos al Espíritu Santo: «*os conviene que yo me vaya; porque si no me voy, no vendrá a vosotros el Paráclito; pero si me voy, os lo enviaré*» (Juan 16,7). Y el Espíritu vino, nos llegó en forma espectacular de viento que sacude, fuego que incendia, fuerza que conmueve y sabiduría que enseña.

Pentecostés es pues, la gran experiencia de Dios. Con su venida, la dinámica divina invade a un grupo de hombres en un espectáculo único. El primer efecto es el entusiasmo con que proclaman las maravillas de Dios, de una manera tan extraña que muchos de los que lo ven, no llegan a comprenderlo y lo interpretan falsamente como la euforia de la ebriedad. El **Espíritu** les llena de una alegría contagiosa, de una audacia sin límites y de una sabiduría tal que pueden pregonar en todos los idiomas las maravillas de Dios.

Pero esas maravillas... **¿Dónde están, hoy? ¿Cómo se pueden ver esos prodigios?**

Hay realidades imperceptibles para nuestros sentidos; otras realidades son sólo perceptibles en sus efectos. Por ejemplo: Al pasear por el campo florido en primavera podemos admirar las maravillas de la naturaleza viva, pero no pensamos en el agua indispensable para que esa belleza surja en el tallo, en la flor, en el fruto. El agua está de distinta manera en ellos.

Así sucede con el Espíritu Santo. Los signos espectaculares de Pentecostés se hallan como diluidos hoy extendida por todo el mundo en la gran masa de la Iglesia. Hay acontecimientos y personas que nos asombran por el dinamismo de su vida y por la sinceridad de su entrega en ocupaciones múltiples para el bien común. Son dones del Espíritu de los que vive y se nutre la Iglesia. Están distribuidos de forma desigual, pero todo nos hace ver a Dios presente y activo.

Dicen que el hombre sólo vive una pequeña parte de sus posibilidades. Nosotros sabemos más que los que nos han precedido, pero menos que los que nos sucederán. Hemos crecido mucho en posibilidades técnicas pero sin un crecimiento paralelo interior. El Espíritu nos introduce en la verdad plena «*cuando él venga, vencerá al mundo*» (Juan 16,8). La verdad completa nos hará comprender el misterio de Dios, el propio misterio del hombre en el mundo y su relación con Dios como su último fin y felicidad plena.

Por eso, no debemos de dejar de orar pidiendo que el espíritu venga a nosotros: «**Envíanos tu Espíritu, Señor, infúndenos tu fuerza; enciéndenos en tu fuego capaz de transformarlo todo. Danos, Señor, tu Sabiduría y Vida para que juntos, unos con otros, unidos contigo, renovemos la vida sobre la tierra, todos los pueblos te conozcan y tu Reino llegue a todos los hombres**»



El hombre necesita creer en un ser superior, para hacer recaer en él todo aquello que no entiende, todo cuanto sobrepasa su corto entendimiento, todo lo que rebasa su limitación y todo lo que no puede comprender. Para intentar explicar lo inexplicable: «**Adora a los dioses**», y en ésta afirmación, podemos ver una dimensión esencial en la vida de todos los hombres: **El sentido de misterio.**

Nuestra cultura religiosa, nos viene dada a través de las experiencias de un pueblo: Israel, “**El Pueblo elegido**”; en ellas, Dios se nos ha ido revelando, poco a poco, y a lo largo de los tiempos, como Creador de la humanidad y hacedor de todo lo creado. Se ha ido dando a conocer, como un **PADRE**, cercano y preocupado por nosotros, sus hijos; nos anuncia que será nuestro Dios y nosotros seremos su pueblo; pronuncia la promesa de que hará de nosotros un gran pueblo, más numeroso que las estrellas del cielo y que la arena del mar, y que inquieto por nuestra evolución, interviene en la historia favoreciéndonos siempre.

Que cuando por nuestra limitada condición e inconstante comportamiento, hemos incumplido nuestra parte de la promesa, y hemos abjurado olvidándonos de Él, nos ha enviado profetas para que nos avisaran, advirtiéndonos de nuestras desviaciones, para que nos indicaran el camino y la manera de reconducirnos y volver a Él.

Que cuando ve que tampoco hacemos caso de sus enviados; para mostrarse más fielmente a nosotros, nos envía a su **HIJO**, Jesucristo. Se nos da a conocer «**Él mismo**», para que le saboreemos mejor, para que le veamos tal cual es, para comunicarnos su amor, para decirnos que nos quiere más que a todo, que somos sus predilectos, que nos ama por encima de todas sus demás criaturas y para indicarnos el camino seguro que nos llevará hasta Él .

Como es cierto que la revelación nos llega más y mejor a través de los sentidos, la *Palabra-revelación*, adopta frecuentemente el lenguaje de los sentidos. Por eso, **Jesús**, nos habla: de **luz...**, de **pan...**, de **corderos...**, de **viña...**, de **perfume...**, de **trigo...**, de **lluvia...**, de **cosechas...**, de **frutos...**, de **sal...**, de **levadura...**, de **obreros...**, de **mies...**, de **ovejas...**, de **peces...**, de **perlas...**, de **tesoros...**, de **vida...**, de **entrega...**, de **amor...**, y nos enseña que a Dios podemos, debemos y tenemos que llamarle: ¡**Abbá-Padre!**. Nos pide que le amemos. Qué igual que Él nos ama, hasta entregar su vida por nosotros, así debemos nosotros amarnos unos a otros.

Tras reconciliarnos con el Padre y reabrirnos las puertas del paraíso, con su muerte y resurrección; tiene que volver al Padre, y cuando ya nos ha hablado y enseñado como tenemos que ser y obrar, para que entendamos que nunca nos abandona, para que sepamos que siempre ha estado para nosotros, que permanece con nosotros y estará siempre en nosotros, nos regala el manjar de su entrega amorosa: su cuerpo y su sangre, que servirá de alimento en nuestro devenir por la vida, y además nos manda su **ESPÍRITU**, que derramará sus dones sobre nosotros y nos dará la fuerza necesaria para que seamos sus testigos ante el mundo y propaguemos su Reino de amor.

Todas nuestras oraciones, nuestros sacramentos, nuestros signos y nuestros encuentros, los comenzamos así: «**En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo**» La Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres Personas en una sola Naturaleza Divina. «**Dios, PADRE para nosotros**»; «**Dios, HIJO con nosotros**»; «**Dios, ESPÍRITU SANTO en nosotros**». Todo en nosotros, cristianos, está impregnado de este gran misterio. Pero el mayor misterio, el más incomprensible es el Amor de Dios que nos llama a todos a participar en su misma naturaleza divina por la presencia impalpable de su Espíritu de amor, de paz, de libertad. Por ello, es lógico que sigamos cantando en nuestras celebraciones litúrgicas: «**No adoréis a nadie, a nadie más que a Él; porque sólo Él nos puede sostener.**»

«**DIOS ENTRE LOS HOMBRES**» es algo específico de nuestra fe cristiana. La «**Eucaristía**» ha sido, para el pueblo cristiano, la principal fuente de alimento espiritual y germen de santidad y a partir del Concilio Lateranense IV, en 1215 donde fue definida la presencia real en la Eucaristía del «**Cuerpo y la Sangre de Cristo**» como reacción del pueblo fiel contra los que negaban su presencia, tenemos su celebración en una «**solemnidad especial**». Dios está con nosotros y no de manera esporádica sino permanentemente.

Surgió la idea en Bélgica por obra de una religiosa (*Juliana de Mont-Cornillon*) y se desarrolla a raíz de los milagros de Florencia y Bolsena: En Florencia (1229) una gota de vino consagrado, que había quedado en el fondo del cáliz, flotó en el agua de las abluciones convertida en sangre y, en Bolsena (1263) un sacerdote con dudas vio cómo de la hostia que partía empezaba a manar sangre hasta enrojecer el corporal y manchar el altar. El milagro, controlado por los teólogos Buenaventura y Tomás por orden del papa Urbano IV, se hizo popular y la catedral de Orvieto se construyó para guardar esos corporales.

Muchos papas han insistido en la conveniencia de recibir frecuentemente el sacramento del **Cuerpo y Sangre de Cristo**: **Pío X** adelantó la edad de primera comunión para los niños. **Pío XII** suavizó la severa disciplina del ayuno eucarístico para facilitar la comunión más frecuente. **El Vaticano II** y **Pablo VI** insistieron en el significado de la eucaristía como centro de la vida cristiana a nivel individual, comunitario, parroquial y universal y el uso de las lenguas vernáculas se introdujo para hacer el culto y la comunión eucarística de manera más consciente.

La celebración de la procesión en el día del Corpus, debe ser pues, profesión pública de fe en el amor de Cristo, manifestada en las calles donde transcurre gran parte de nuestra vida.

En este día del **CORPUS CHRISTI**, en todas nuestras iglesias y en todas nuestras procesiones eucarísticas, entonamos este himno: «**Cantemos al Amor de los amores, cantemos al Señor. ¡Dios está aquí! Venid, adoradores; adoremos a Cristo, Redentor**»

Pero, a veces, ¿**No os suena a algo rutinario y sentimental?** Sí, es verdad que cantamos, alabamos, nos emocionamos y... nos olvidamos. Un año más. **¡Deber cumplido!**

«**El Amor de los amores**», como el del «**Cantar de los cantares**», debe ser, **sin duda lo son**. Amores mucho más hermosos, más grandes, más apasionados, más entregados.

No es posible cantar al Amor solamente con la boca; es un sentimiento demasiado hondo; hay que cantarle con todo el corazón. Pues es un Amor que llega hasta la muerte. Y, un Amor así, puede afirmar y asegurar triunfalmente: «**Tú no morirás, porque yo te amo**».

Un Amor que trasciende incluso más allá de la muerte, porque es más fuerte que la propia muerte. Es un Amor que **acerca...**, que **alimenta...**, que **cura...**, que **redime...**, que está ahí, nutriendo a la Iglesia y alegrando nuestras vidas.

Así que, cantar al Amor de los amores compromete, porque hay que cantar al Amor, **amando**; hay que cantar al Amor apasionado, **apasionándose**; hay que cantar al amor entregado, **entregándose**.

«**¡Gloria a Cristo Jesús! Cielos y tierra, bendecid al Señor. ¡Honor y gloria a ti, Rey de la gloria; amor por siempre a ti, Dios del amor!**»

¡**¡Muy bien!!!** Porque se lo merece todo. Porque vino al mundo y se hizo hombre por **Amor**. Porque nos ha **amado** hasta el extremo. Porque nos entregó su vida por **Amor**. Porque no nos ha abandonado y porque por **Amor**... se ha quedado entre nosotros.

Pero, a Cristo Jesús, no le damos gloria solamente con canciones, con procesiones y con incienso. Según san Ireneo: «**la gloria de Dios es que el hombre viva**» Luego si queremos dar gloria a Cristo Jesús, tenemos que **sembrar vida...**, **defender la vida...**, **dar razones de vida...**, **ayudar a vivir y mejorar la vida** de nuestros hermanos.

Damos gloria a Cristo Jesús, cuando **visitamos al enfermo...**, **alimentamos al hambriento...**, **vestimos al desnudo...**, **alegramos al triste** y **acompañamos al solitario**; cuando transmitimos a las nuevas generaciones «**lo que es la vida y QUIÉN es la vida**»; cuando **combatimos la opresión...**, **defendemos al desvalido** y **acogemos al indigente**; cuando **gastamos la vida**, para que otros puedan vivir mejor y **cuando damos nuestra vida por los demás**.

Demos gloria a Cristo Jesús, llevándolo con nosotros a visitar nuestros barrios y chabolas, nuestros asilos y hospitales, nuestras cárceles y lugares de marginación.

Llevémosle con nosotros a ver y recoger a los que están viviendo tirados en la calle, durmiendo entre cartones, comiendo de las basuras, muriendo en la indigencia...

Cuando «**EN TODOS ELLOS**» veamos el rostro de Cristo y les acerquemos «**A TODOS ELLOS**» el Amor de Dios, entonces, verdaderamente estaremos dando gloria a Cristo Jesús.



La festividad del Sagrado Corazón de Jesús, la celebramos el viernes siguiente a la solemnidad de «**EL SANTÍSIMO CUERPO Y SANGRE DE CRISTO**»

La devoción al **Sagrado Corazón de Jesús** ha existido desde los primeros tiempos de la Iglesia, cuando se meditaba en el costado y el **Corazón** abierto de Jesús, de donde salió sangre y agua. De ese **Corazón** nació la Iglesia y por ese **Corazón** se abrieron las puertas del Cielo.

La devoción al **Sagrado Corazón** está por encima de otras devociones porque veneramos al mismo **Corazón de Dios**. Y porque fue Jesús mismo quien, en el Siglo XVII, en Paray-le-Monial de Francia, solicitó, a través de una humilde religiosa, que se estableciera definitiva y específicamente la devoción a su Sacratísimo Corazón.

El día 27 de junio de 1673 se le apareció Nuestro Señor a Santa Margarita María de Alacoque y le mostró su Corazón rodeado de llamas de amor, coronado de espinas, con una herida abierta de la cual brotaba sangre y, del interior de su corazón, salía una cruz.

Santa Margarita escuchó a Nuestro Señor decir: «*He aquí el Corazón que tanto ha amado a los hombres, y en cambio, de la mayor parte de los hombres no recibe nada más que ingratitud, irreverencia y desprecio, en este sacramento de amor*».

Con estas palabras Nuestro Señor mismo nos dice en qué consiste la devoción a su Sagrado Corazón. La devoción en sí está dirigida a la persona de Nuestro Señor Jesucristo y a su amor no correspondido, representado por su Corazón.

Los actos esenciales de esta devoción, son dos: amor y reparación. Amor, por lo mucho que Él nos ama. Reparación y desagravio, por las muchas injurias que recibe sobre todo en la Sagrada Eucaristía.

Santa **Margarita María Alacoque**, nace en 1647 en Lantheou, ciudad de la Borgoña Francesa, de familia noble, pero pobre; a la edad de 10 años sufre una parálisis que la tiene postrada en cama durante cuatro años, sin apenas moverse; en 1671 visita el monasterio de las religiosas salesas, adonde decide ingresar, tomando el hábito el 25 de agosto, y, al año siguiente, el 6 de noviembre hace su profesión de fe.

El 27 de junio de 1673 tiene lugar la principal aparición de Jesucristo, en que le mostró su Sacratísimo Corazón; el viernes 21 de junio de 1675, se celebra por primera vez la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús; en 1686 Margarita dibuja en un papel el primer cuadro del corazón de Jesús, que fue después reproducido innumerables veces y el 17 de octubre de 1690, a la edad de 43 años, muere en el convento de Paray-le-Monial.

Fue canonizada por el Papa Benedicto XV en 1920.

#### **HIMNO DE CONSAGRACIÓN:**

Postrado a vuestros pies humildemente  
vengo a pedir, dulce Jesús mío,  
poderos repetir constantemente

**¡Sagrado Corazón, en Vos confío!**

Si el confiar es prueba de ternura,  
esa prueba de amor daros ansío:  
aun cuando esté sumido en la amargura,

**¡Sagrado Corazón, en Vos confío!**

En las horas más tristes de la vida,  
cuando todos me dejan, ¡oh Dios mío!,  
y el alma está por penas combatida,

**¡Sagrado Corazón, en Vos confío!**

Aunque sienta huir la confianza  
y merezca muy bien vuestro desvío,  
no será confundida mi esperanza;

**¡Sagrado Corazón, en Vos confío!**

Si en el bautismo que lavó mi alma  
yo os prometí ser vuestro, y Vos ser mío,  
clamaré siempre, en tempestad o en calma,

**¡Sagrado Corazón, en Vos confío!**

Firme esperanza siento, de tal suerte,  
que sin ningún temor, ¡oh Dueño mío!,  
espero repetir hasta la muerte:

**¡Sagrado Corazón, en Vos confío!**

**Amén.**

*«¿Quién es este? Que hasta el viento y las aguas le obedecen»* (Marcos 4,40).

Este milagro, relatado por los sinópticos, podemos verlo en la narración de Marcos desde dos perspectivas bien diferenciadas.

Se puede interpretar como una respuesta inmediata que el evangelista quiere dar a una duda de los discípulos sobre el poder de Jesús en el momento de peligro. O podemos verlo como mensaje dirigido a su comunidad azotada por el viento de la adversidad.

A nivel descriptivo se trata de un fenómeno que sucede según las leyes de la naturaleza. A nivel simbólico describe situaciones existenciales de los discípulos expuestos a los poderes del mal, sin que experimenten la protección de Jesús en quien creen y al que se han confiado.

La mayoría de los Apóstoles, eran pescadores, hombres de mar, avezados conocedores de las inclemencias del tiempo, que habían padecido innumerables veces los vientos hostiles y las tormentas más bravías, incluso habían perdido alguna que otra barca y sobrevivido a algún que otro naufragio.

Sin embargo, el Evangelio nos los presenta temerosos y ante la tormenta, presas de pánico, nace el reproche: *«Maestro, ¿no te importa que nos hundamos?»* Pero Jesús no contesta directamente con un **“no temáis”, “no pasa nada”, “no naufragamos”**; la respuesta de Jesús va en otra dirección. Jesús responde con una nueva pregunta: *«¿Por qué tenéis tan poca fe?»*

Este mensaje se dirige también a los cristianos de todos los tiempos porque, en todos los tiempos, estamos expuestos a tener que cruzar por momentos malos y de fuerte temporal adverso. El mar y el viento, son símbolos bíblicos de los poderes del mal. El sueño de Jesús un efecto natural del cansancio. El miedo es la conciencia de hallarse ante un peligro real. Y, la barca es ya desde los tiempos de Tertuliano la Iglesia, en la que nos hemos embarcado los creyentes con Jesús para correr su misma suerte.

Cualquier cristiano puede experimentar cómo se debilita su fe cuando se enfrenta con el peligro y cuando parece que el suelo se hunde bajo sus pies. Más, aunque las olas sigan estrellándose con ímpetu contra los costados de la barca desde diversas direcciones, el recurso no puede ser nunca abandonar la barca, la salvación radica únicamente en permanecer dentro de la barca y para salvar una barca en peligro pueden ensayarse muchos remedios excepto el abandono. Es falta de fe pensar que Cristo se despreocupa de los suyos aunque duerma o parezca dormir. Al mandato de Jesús se serenar viento y mar. El resultado es estupor.

Muchas veces luchamos con la vida y nos agotamos en vano mientras nos parece que Dios nos ha abandonado a nuestra suerte: **Si Dios me ama, ¿Por qué sufro, por qué estoy así, por qué precisamente yo?** Es la hora de la fe. Dios calla pero el silencio de Dios nunca es despreocupación u olvido. Él ha prometido su presencia pero no como receta mágica en cada situación, ni como seguro contra toda adversidad. Al contrario, predijo que tendríamos que sufrir problemas y contrariedades. Él pide fe en su presencia que significa una firme convicción. Cuando tocan fondo nuestras posibilidades humanas, ha llegado quizá la hora de la intervención de las posibilidades divinas.

Este parece ser el mensaje del pasaje evangélico: **A los que navegan conmigo no le puede suceder nada malo aunque yo parezca que duerma. No temáis, yo estoy con vosotros, permaneced vosotros en mí.**



La misión principal de todo cristiano es: **«anunciar la Buena Noticia a todos los pueblos»**, pero pensamos que con el alboroto de las calles, la egolatría del ser humano, las ansias de subir a costa de lo que sea, el egoísmo que impregna nuestra sociedad y el afán político de desenraizar nuestra cultura de toda tilde de religiosidad, hacen imprescindible un gran medio de comunicación para hacernos oír hoy día.

Se nos hace impensable que sin una televisión, una emisora de radio, un gran auditorio... o al menos, unos buenos altavoces, podamos cumplir nuestra misión de **«propagar el Evangelio por todo el mundo»**, y que esos medios, son necesarios para que se nos pueda escuchar y entender en medio de la vorágine de la vida.

Sin embargo, el Evangelio nos dice que **«no necesitamos nada»**, al contrario, nos exhorta a que no llevemos para el camino: ni **pan**, ni **alforja**, ni **dinero** suelto en la faja, ni tan siquiera una **túnica** de repuesto. Que el único elemento esencial y necesario para la misión es **«ir en nombre del Señor»**.

Y así, lo hicieron los discípulos (Pablo, Bernabé, Felipe, etc.) así lo han hecho miles de misioneros (Francisco Javier, Juan Gabriel Perboire, Teresa de Calcuta, etc.) y así lo han hecho también, miles y miles de cristianos a lo largo de toda la historia de la Iglesia, infinidad de hermanos nuestros que lo dieron todo, incluso su vida, por la propagación del Reino.

Hace muchos siglos vivían en nuestra Península los iberos y los celtas. Luego vinieron fenicios, cartagineses y romanos, comenzamos a hablar en latín y a pensar según las categorías del pensamiento y cultura romana y a proceder según los criterios de esa cultura.

Siglos más tarde los españoles llegamos a América y sucedió lo mismo. Los indígenas hablaron español y recibieron la fe católica de los españoles.

En la actualidad y a ritmo acelerado se está convirtiendo Europa en la patria de todos, con mezcla de razas, idiomas, culturas y religiones. Es verdad que los que llegan a Europa, legales o ilegales, no llegan como conquistadores a imponer su ley, que la mayoría llegan como mendigos, sin embargo, contribuyen a configurar el rostro del futuro de Europa. **¿Qué religión prevalecerá en la mayoría?**

El Evangelio ha sido anunciado durante milenios por sacerdotes desde el púlpito. Y su mensaje ha sido siempre el mismo: **«El Reino de Dios ha llegado, Dios está entre nosotros con su amor, Dios nos ama, cada persona es objeto de su amor»**. Pero cada época necesita sus formas y exige nuevos procedimientos.

Además de la misa dominical y de las catequesis parroquiales se necesita audacia y fantasía para llegar hasta los que no vienen a la iglesia. Son más necesarios que nunca los espíritus decididos a enfrentarse con la dificultad real de **«ir en busca de la oveja perdida y a pescar en alta mar aguantando soles, galernas y mareos»**.

En la actualidad, se han corresponsabilizado también laicos cristianos, hombres y mujeres, célibes y casados, jóvenes y adultos que han comprendido que la misión compete a todos porque **«Todo creyente debe ser testigo de su fe ante el mundo y ante sus hermanos»** Más hay un detalle en el Evangelio esencial y que no podemos pasar por alto: **«Jesús llamó a los doce y los fue enviando de dos en dos»**.

Por mucha dedicación que derrochemos y por mucho carisma que invirtamos, no podemos ir a la misión particularmente, porque **vamos en nombre del Señor** y necesitamos una comunidad donde apoyarnos.

**No podemos ir en solitario** porque es imposible enfrentarnos solos con el mal en todas sus formas y porque precisamos de una comunidad que refuerce y complemente nuestro trabajo, y así, con rectitud y en verdad, poder anunciar la conversión como condición previa para entrar en el reino de Dios,

*«Se acercó a Jesús la madre de los Zebedeos con sus hijos y se postró para hacerle una petición.*

*Él le preguntó:*

*-“¿Qué deseas?”*

*Ella contestó.*

*-“Ordena que estos dos hijos míos se sienten en tu reino, uno a tu derecha y el otro a tu izquierda.”»*

(Mateo 20,20).

La aspiración a figurar, a ser considerado, a mandar, es una fuerza aposentada en el fondo de todo corazón humano. Así lo descubrieron los discípulos Santiago y Juan en su ambiciosa petición.

Nosotros, como ellos, necesitamos oír una y mil veces a Jesús que nos corrige y abre nuevos horizontes: la verdadera grandeza apunta a otros objetivos, tiene otras unidades de medida y deben ser aplicadas a uno mismo antes que a los otros. En el Reino de Dios la verdadera grandeza se demuestra en el servicio, incluso cuando se administra poder.

Cuando se produce un acontecimiento en nuestra vida, de manera individual o colectiva. Cuando se tiene una gran experiencia en la vida, ya sea la celebración de unos ejercicios espirituales, unas charlas cuaresmales, un encuentro-convivencia, una peregrinación a los Santos Lugares, a Roma o el recorrido del Camino de Santiago; al regresar al hogar, a lo cotidiano, describimos con total entusiasmo con frases como estas: **«Ha sido una experiencia nueva»**, **«He sentido algo que no había sentido en mi vida»**, **«No podré olvidarlo jamás»**, **«Me he encontrado a mi mismo»**.

Y, ¿en qué consiste ese maravilloso encuentro? Quizá es que hemos llegado a la convicción de que somos **«PEREGRINOS DE LA VIDA»**; de que la vida es una marcha hacia una patria que intuimos y que aún no poseemos. El hombre es en este mundo un personaje en tránsito, podemos aferrarnos a las cosas, podemos mejorar las condiciones de vida, pero seguimos siendo seres de paso: **«homo viator»**.

La vivencia de la realidad es siempre una experiencia positiva. El camino puede pasar por valles y montañas, atravesar picos y simas, cruzar vegas y desiertos pero lleva a una meta y esa meta no es la tumba sino el encuentro con el **Señor de la vida**. Todo el que ha tenido vivencia íntima de esta realidad, organiza luego su vida de manera distinta. La vida para él tiene otro sentido. Es una simple pero profunda lección aprendida a lo largo del camino.

Santiago y Juan oyeron una pregunta del Señor que era a la vez un reto: **«¿Podéis beber el cáliz que yo he de beber y bautizaros con mi bautismo?»** Ellos no titubearon al dar por respuesta un: **¡Podemos!** Y aunque el cáliz que tuvieron que beber fue amargo y el bautismo sangriento, lo bebió sin hacer ascos y esa fue su grandeza y no la ocupación del puesto de privilegio que su ambición deseaba.

Para un creyente el concepto de servicio no es sinónimo de humillación ni de servilismo. El servicio es una aplicación de la ley del amor. El poder se acaba, la gloria pasa, los monumentos se derrumban bajo la acción del tiempo. Sólo el **AMOR** es resistente a la acción de ese tiempo y sus obras permanecen siempre.

La fuerza del amor se hace servicio en el reino de Dios, que es **«Reino de Amor»**.

Entregar la vida en servicio a los demás puede manifestarse como una verdad áspera, como un programa duro, como un cáliz amargo y un bautismo de sangre.

Pero es en la imitación de la vida de Jesús, donde radica la verdadera grandeza.

*«¿Dónde compraremos panes para que coman éstos? Aquí hay un muchacho que tiene cinco panes y un par de peces; pero, ¿qué es eso para tantos?»*

*Jesús les dice:*

*– Decid a la gente que se siente en el suelo...*

*Y cuando se saciaron, dice a sus discípulos: Recoged los pedazos que han sobrado; que nada se desperdicie»*

Cuando leemos el pasaje de la multiplicación de los panes y los peces (Juan 6,1-15), la mayor parte de las veces, dejándonos llevar por la primera impresión, nos fijamos únicamente en el hecho de que **“solamente con cinco panes y dos peces, Jesús da de comer a más de 5000 hombres, llenando doce canastas con los pedazos que sobran”**; nos detenemos simplemente en el **«milagro»** y no intentamos pasar más allá para meditar un poco en lo que realmente el Evangelista nos está narrando.

Otras veces, pensamos que el mensaje que Juan nos quiere comunicar con su relato es que **“si compartiésemos lo poco o mucho que cada uno tenemos, podríamos acabar con el hambre que azota a la humanidad”**-, resolviendo el mayor problema que los hombres hemos generado a lo largo de todos los tiempos en este nuestro mundo, otro **«milagro»**; y no querernos darnos cuenta de que con estos pensamientos, estamos cayendo en lo mismo que cayeron los oyentes directos de Jesús, y como ellos, de la misma o parecida manera intentamos proclamarlo Rey, asegurándonos así su concurso para que con sus acciones resuelva **«milagrosamente»** todos los problemas de nuestra vida.

Pero **«milagros»**, tal como está la vida, suceden todos los días, a Dios gracias. Un **«milagro»** se produce siempre que la gente se sienta a hablar, unos con otros y sinceramente, para escuchar razones y exponer proyectos encaminados a paliar los males que nos azotan; un **«milagro»** ocurre cada vez que un padre o una madre le dedican tiempo a sus hijos, en lugar de darles dinero o comprarlo con juegos; un **«milagro»** se origina cuando yo, en mi agenda, incluyo un tiempo para darme a mí mismo y entregarlo a mis hermanos; un **«milagro»** motiva que uno, olvidándose de sí mismo, piense un poco en los demás; un **«milagro»** comienza cuando...

Profundizando un poco más, llegamos a pensar que, quizás lo que verdaderamente nos está narrando es la institución de la Eucaristía.

No hace falta ir a ninguna parte para buscar alimento **“todos sentados en torno a Él, para recibir la enseñanza de su Palabra y compartir con los hermanos el pan distribuido por sus propias manos tras dar gracias al Padre”**-.

Además, parece que nos lo dice claramente: **«Yo soy el pan vivo bajado del cielo para dar vida a muchos»**. El verdadero y único alimento está en Él y es Él.

Y no es que todo lo anterior esté mal, no. Pero pienso que Juan va más allá incluso de la institución de la eucaristía. Veamos: cuando nos reunimos para celebrar la Eucaristía, verdaderamente recibimos un raudal de gracias que Dios derrama sobre nosotros, que van cambiando nuestro corazón de piedra, haciéndonos cada vez más y mejores seguidores de Cristo, que nos ayudan a conocerlo mejor, a interiorizarlo y a continuar este camino de peregrinaje. Pero... necesitamos volver, una y otra vez, para seguir alimentándonos de Él.

Juan no nos está describiendo una acción pasajera, sino mucho más estable y duradera. En ella, Jesús nos dice que nos sintamos cómodos, que estemos relajados, que lo importante es Él y que olvidemos todo lo demás, además pone una frase que es clave **«quedaron saciados»** y sentirse saciado es no tener más necesidad.

Y si no sentimos la necesidad de escuchar su Palabra ni la de alimentarnos con su cuerpo, solamente podemos traducirlo como que vivimos en Él. Luego lo que el evangelista nos está describiendo con su relato es el **BANQUETE FINAL Y PERPETUO EN LA CASA DE DIOS, NUESTRO PADRE**.



En cierta ocasión una mujer, levantando la voz por encima de la muchedumbre, hizo llegar a Jesús este piropo dirigido a su madre: «*¡Dichoso el vientre que te llevó y los pechos que te amamantaron!*» Pero Jesús corrigió: «*Mejor, dichosos los que escuchan el mensaje de Dios y lo cumplen.*» (Lucas 11,27-28). Jesús, agradeció sin duda, el «*piropo*» que a su madre le dirigían, pero quiso precisar el sentido y la verdadera raíz de la felicidad.

Aquí y con ésta corrección, Jesús nos marca la verdadera dirección de la dicha y toca sus raíces. Se trata de distinguir entre lo bueno y lo «*mejor*», entre la «*fuentes*» y el río. Y lo «*mejor*», la «*fuentes*» es siempre **Cristo**. Las vidrieras de las catedrales no lucen por sí solas, se convierten en cascadas de colores cuando las cruzan los rayos del sol. La luz les viene de fuera. La palabra de Dios viene a nosotros y se hace luz en **MARÍA**, hermosa y feliz por cumplir esa Palabra: «*María conservaba las palabras y las meditaba en su corazón*» (Lucas 2,19).

**MARÍA** fue una criatura de nuestra raza, hermana de nuestra sangre, que tuvo unos proyectos de vida que Dios cambió con su intervención providencial para hacerla madre de su Hijo. «*He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra*».

**MARÍA** tuvo que enfrentarse a su nueva situación con las dificultades que ello le acarrea, hasta concluir el curso de su vida. «*Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador; porque ha mirado la humillación de su esclava*».

**MARÍA**, terminado ese curso excepcional es **asumpta** al cielo, su destino en Dios, que es el destino de todos los hijos de Dios. La morada perfecta y definitiva es el cielo. «*Desde ahora me felicitarán todas las generaciones, porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí*».

*...Y el cielo se abrió; como la rosa  
se entreabre sedienta de rocío.  
Las alas de los ángeles, con brío  
triunfaban en la pléyade armoniosa.  
En la sede de Dios, majestuosa  
tribuna se elevaba al albedrío  
de un ambiente feliz, en donde el pío  
en la alegría más justa se alborozaba.  
Tal delirio de olor, tal sinfonía  
de color y de luz discurría  
con blanda sensación de terciopelo...  
¡Y en medio de los dulces esplendores,  
la Virgen, más hermosa que las flores,  
era la Rosa Mística del cielo!*

*José Ruipérez Peragón*

**MARÍA** está con Dios pero no como espíritu puro (ángeles, arcángeles, serafines, etc.) sino como ser corpóreo glorificado, en **cuerpo y alma**. Y nuestra fe nos dice que después de la muerte, nosotros seguiremos existiendo toda la eternidad (pues para ello estamos destinados), como seres glorificados aun cuanto no sepamos exactamente como.

Aun cuanto fuera declarado dogma oficial en el año 1950, la fiesta de la **ASUNCIÓN DE MARÍA** es popularmente la más antigua de todas las fiestas marianas.

En ella, celebramos la glorificación de **MARÍA COMO REINA DEL CIELO**, en la esperanza de que la misma dicha que disfruta la madre de Cristo es también la que Cristo tiene preparada a todos los humanos, redimidos por Él y miembros de su Cuerpo.

La **ASUNCIÓN DE MARÍA** en cuerpo y alma es una expresión de fe. Significa que Dios ama la tierra, ama la Creación que será transformada. Y ama a los hombres tal como son: **hombre y mujer, espíritu y materia, cuerpo y alma**, porque así somos **imágenes de Dios** y así viviremos, como **MARÍA**, en su gloria, felices y eternamente por **Él**, con **Él** y en **Él**.



De mi generación, el número de los que en mayor o menor medida, permanece en el seno de la Iglesia; las cantidad de personas que están comprometidas dentro de una comunidad y que de una u otra manera participan en la marcha de los grupos parroquiales; los que dedican más o menos algo de sí mismos o de su tiempo libre para “**entregarlo**” a los demás; en fin, los llamados “**practicantes**”, comparándolo con el de los que recibimos el bautismo es, proporcionalmente insignificante.

Algunos adultos se justifican inculcando a su vez a sus padres o educadores de haber recibido una educación o una información deficiente e incluso falsificada: “**nadie nos habló claro a su debido tiempo**”.

Otros, explican su abandono como reacción retardada contra coacciones o excesos acaecidos en su infancia. “**Ya fui bastante a misa en el colegio**” y otros, en fin, no saben o no ven qué sentido pueda tener las prácticas religiosas.

Contrastemos esta experiencia en nuestras casas. Generalmente, nuestros hijos, son jóvenes correctos, afables, respetuosos en todo y dispuestos siempre a echar una mano. Pero cuando se les habla de la fe y de sus aplicaciones prácticas parecen encogerse de hombros como diciendo: “**yo respeto todo eso pero no va conmigo**”.

Una crisis de fe no es fenómeno exclusivo de nadie. Hay creyentes con fe arraigada, firme y segura y hay creyentes inseguros en sus convicciones religiosas, otros que son débiles, otros indiferentes o simplemente incrédulos, pero la verdad es que nadie está libre de que se manifieste en algún momento de su vida una crisis de fe.

Jesús se encontró también frente a una grave crisis de fe. Vio como se alejaban la mayoría de aquellos que poco antes lo aclamaban y que en el ardor del entusiasmo, querían proclamarle “**rey de los panes**”. El «**signo**» obrado había provocado entusiasmo, pero no entendieron que lo importante no era el signo sino la verdad significada: «**el pan de vida**» anunciado con el signo. Las masas se habían quedado con el signo y habían rechazado la realidad.

Ante este comportamiento, Jesús no intenta coaccionar a nadie ni presionar sobre sus oyentes. Tampoco rebaja las exigencias declarando que no ha pretendido ir tan lejos ni exigir tanto.

Jesús mantiene su palabra y se dirige a los suyos para arrancar de ellos una adhesión decidida y libre: «*¿También vosotros queréis marcharos?*» Y como expresión de sus experiencias con Jesús, Pedro, responde en nombre de todos:

- *SEÑOR, ¿A QUIÉN IREMOS? Tú solo tienes palabras de vida eterna.*
- *SEÑOR, ¿A QUIÉN IREMOS? Tú tienes palabras que nos dan una visión de la realidad por encima de la interpretación común.*
- *SEÑOR, ¿A QUIÉN IREMOS? Tus palabras nos dan a entender que el hombre no vive sólo de pan.*
- *SEÑOR, ¿A QUIÉN IREMOS? Tú tienes palabras que marcan metas por las que vale la pena vivir y esforzarse.*
- *SEÑOR, ¿A QUIÉN IREMOS? Tus palabras demuestran que la vida es más que existir, comer y divertirse.*

El seguimiento de Jesús por la fe es una decisión de la voluntad y una respuesta en la libertad. Decir **libertad** es decir **responsabilidad**. Dios quiere seguidores libres. Los dones se ofrecen, nunca se imponen. Jesús respetó la libertad de los que iban por otros caminos distintos de los que Él enseñaba.

Quizá algunos encuentren ciertas palabras de la Iglesia “**duras e insoportables**” como encontraron los desertores duras las palabras de Jesús. Más la pregunta debe seguir siendo la misma: «*¿También vosotros queréis irros?*» Y la respuesta continúa siendo libre: «**ÉL SIGUE ANUNCIANDO PALABRAS DE VIDA ETERNA**».

**«¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, ¡hipócritas!, que cerráis a los hombres el reino de los cielos! Ni entráis vosotros, ni dejáis entrar a los que quieren»** (Mateo 23,13).

Esta advertencia que Jesús hizo a los letrados de su tiempo, deberíamos de tomarla nosotros muy en serio. Jesús y los fariseos coinciden en el objetivo de **“cumplir la ley”**. Pero cumplir el texto literal no es necesariamente cumplir el espíritu expresado en el texto. Los preceptos de la ley, de por sí, sencillos y comprensibles, nosotros los complicamos, los enredamos, los embrollamos y liamos haciéndolos más complicados y pesados y la multiplicación de preceptos puede asfixiar el espíritu en lugar de liberarlo. La diferencia radical entre el espíritu de Jesús y el de los fariseos es que la ley es para el hombre y no el hombre para la ley.

Lo que Jesús está echando en cara, a los comentaristas de esas palabras es la infidelidad en su aplicación por hacerlo con aditamentos humanos. El mismo Jesús prescindió algunas veces de esos aditamentos para devolver la ley a su primitiva sencillez. La ley puede interpretarse como letra muerta o como palabra vivificada por el Espíritu, por eso Jesús hace responsables a los comentaristas de la ley de haberla complicado en vez de aligerarla, ya que las leyes son para ayuda del hombre y no a la inversa.

Moisés había dejado escrito: **«Ningún pueblo tiene a sus dioses tan cercanos como tiene Israel a Yahvé cuando le invoca»** (Deuteronomio 6,7). Mas Jesús añadió citando un texto del profeta Isaías: **«Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí»** (Marcos 7,6).

La palabra de Dios es siempre buena noticia liberadora. Frente a ella, todas las demás noticias no son siempre ni liberadoras ni buenas. La palabra de Dios, si bien encuentra eco distinto en cada tiempo, en cada época y cultura, es inmutable y eterna.

A lo largo del año, escuchamos la palabra revelada a través de Moisés, de los profetas, de los apóstoles y sobre todo por las palabras directamente pronunciadas por Jesús. Todo es palabra de Dios. Y la palabra de Dios quiere y debe ser luz para los hombres y clave para sus problemas.

Jesús, nos dice: **«nada proveniente del exterior puede manchar al hombre porque no hay nada que en sí mismo sea impuro»**. Es el mal uso de los dones de la Creación lo que aleja de Dios al hombre. Solamente el pecado y las actitudes pecaminosas son capaces de manchar al hombre a los ojos de Dios.

Las actitudes exteriores valen muy poco o no valen nada, sino llevan aparejado la pureza de corazón. Si el corazón es malo, todas las obras serán malas; si el corazón es bueno, todas las obras serán buenas. Es el corazón lo que hay que purificar, lo que hay que cambiar.

Vale muy poco la presencia corporal en la iglesia si se tiene el corazón y la mente fuera de ella. Los labios deben expresar lo que hay invisible en el corazón.

Es claro que, cambiando el corazón, se cambia también la conducta. Por eso debemos orar insistentemente a Dios con los salmos pidiéndole: **«OH DIOS, CREA EN MÍ UN CORAZÓN PURO, RENUÉVAME POR DENTRO CON ESPÍRITU FIRME, DAME, SEÑOR, UN CORAZÓN NUEVO»**

**«Se despegarán los ojos del ciego, los oídos del sordo se abrirán, saltará como un ciervo el cojo, la lengua del mudo cantará» (Isaías 35,5-6)**

En el Antiguo Testamento la sordera y la mudez, son interpretadas como signo de desproporción entre las aptitudes de una persona y la misión a la que se le destina. Otras veces expresa la dureza de corazón: **«No hay peor sordo que el que no quiere oír»** Cuando una persona tiene trastornados los órganos naturales de tal manera que no puede oír ni hablar, tiene también difícil la comunicación con los demás. A pesar de los progresos de la técnica, el resultado es una dificultosa y siempre imperfecta comunicación, una situación de relativo aislamiento o una vida en solitario en un pequeño mundo privado.

La limitación no afecta sólo a los órganos del oído y del habla; es la persona en su totalidad la que se siente afectada, enferma. Por otra parte, cuando alguna persona encuentra difícil la comunicación con los demás, se suele decir que voluntariamente se ha hecho sorda y muda. El resultado es lo que se denomina diálogo de sordos. Se habla pero no se entiende porque nadie está dispuesto a escuchar.

Podemos oír y hablar entre nosotros, incluso los sordomudos pueden comunicarse con los demás mediante aparatos fabricados por la técnica. La pregunta para nosotros es si en el uso del habla decimos siempre la verdad y si estamos dispuestos siempre a escuchar. Sucede en muchos diálogos entre compañeros y amigos, entre padres e hijos y entre esposos en donde se habla de respeto y comprensión sin que ni se respete ni se comprenda nada. Igual ocurre en conferencias nacionales e internacionales en donde se habla mucho de justicia y de solidaridad, incluso de paz sin que se ponga freno a la violencia y al crimen.

Los diálogos entre los hombres no son siempre conversaciones abiertas sino monólogos cerrados. Y cuando se trata de comunicarnos con Dios nos sentimos frecuentemente mudos y sin palabras. Hay trastornos de comunicación que nada tienen que ver con los órganos de la voz. Son trastornos de naturaleza espiritual. Una parca visión del mundo y del hombre y un género de vida que mete a Dios dentro de un paréntesis o simplemente borra del diccionario su palabra, no puede hablar con exactitud ni del mundo ni del hombre.

Si falta el diálogo con Dios se hace difícil, si ya no imposible, el franco diálogo entre los hombres. Dios hace oír su voz en el interior de la conciencia por el anuncio de su palabra, por el magisterio de la Iglesia, por la voz desgarrada de los que lloran y sufren y también por los que glorifican al Señor por sus obras. Pero si no se oye distinta y claramente la voz de Dios tampoco se podrá anunciar fielmente a los hombres su mensaje.

Nadie puede hablar bien de Dios si no le ha oído antes. Desde el lejano día en que, en nuestro bautismo, se pronunció sobre nuestra lengua la palabra ritual **«Effetá, esto es: Ábrete»**, quedamos capacitados para escuchar a Dios y dialogar entre nosotros. Pero cuando asistimos a la celebración de la eucaristía, escuchamos la Palabra de Dios y degustamos el Cuerpo de Cristo, **¿experimentamos de manera más íntima el amor de Dios? ¿Ese amor que nos envía a la vida diaria a anunciar y proclamar el Evangelio del Reino?**

Resultaría muy positivo y útil si de vez en cuando tomáramos unos instantes de reflexión para hacer sedimentar estas palabras en el fondo del alma. Nos sentiríamos llenos de su espíritu, capacitados para comprendernos mejor y para comunicar a otros la palabra liberadora: **«Hermano, Dios lo ha hecho todo bien, Dios te ama»**.

Jesús no vino a la tierra para fundar un reino con soldados y trompetas, ni pretendió expulsar a los romanos devolviendo a Israel el prestigio del reino de Salomón. Es cierto que las masas acudían a él y le seguían, pero Jesús no cayó nunca en la tentación de popularismo. Tras sus **“milagros”**, imponía silencio a todos e incluso después de muchos de ellos, prohibía a sus discípulos dar a conocer que él era el Mesías.

Obra así porque no se puede conocer bien la naturaleza de su misión ni la finalidad de sus **“signos”** si no se tiene en cuenta la totalidad de su obra, y la obra de su vida, incluye pasión, muerte y resurrección. El reino de Cristo, la soberanía de Jesús, pasa por el misterio de la cruz y esta ha sido siempre objeto de falsas interpretaciones. El dolor ha sido y es argumento en contra de la fe, porque agrada más ser servido que servir. A los discípulos se les fue abriendo progresivamente los ojos a la comprensión después de la resurrección: **«Convenía que el Mesías muriese y resucitase»** (Lucas 24,26).

Si el camino de Jesús pasó por el Gólgota para resucitar del sepulcro, el camino de los discípulos y de la Iglesia no podía ni puede pasar por arcos de triunfo: **«El que quiera venirse conmigo, que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga»** (Marcos 8,35). La perspectiva de muchos siglos de historia, nos ayuda a comprender muchas cosas de la vida de Jesús que inicialmente eran misterios. Jesús mismo no dice cual es el principal fin de su venida: **«Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia»** (Juan 10,10). Sólo con perspectivas pascales se acerca uno al verdadero misterio de Jesús.

El hombre moderno aspira a disfrutar de la vida, a tener más, a **“realizarse”**, buscando una vida plena, sin carencias ni limitaciones. Parte del supuesto, de que en la vida debe haber de todo y en abundancia y siente una gran obsesión y un profundo odio por el sufrimiento, por la renuncia, por el desprendimiento, por la limitación, por el auto-desprecio... por la **Cruz**.

Hasta hace algunos años la aspiración del hombre se cifraba en sobrevivir, el problema consistía en vivir cada día, tal y como ocurre hoy en los países del tercer mundo. Más si el sobrevivir ya no es problema, sí lo es cómo se puede realizar la vida haciendo una carrera de prestigio, no conforme a un modelo preestablecido sino siendo cada uno autor de su propio proyecto de vida. La realización de este proyecto puede buscarse en el ejercicio de la profesión, en el arte, en los viajes, en el dinero... Y si esto no resulta, se sienten muchos como fracasados, hastiados de la vida.

Sísifo, héroe mitológico de la antigüedad fue condenado a subir una pesada piedra a lo alto de una montaña. Comenzó Sísifo a empujar la piedra montaña arriba y cuando con enorme esfuerzo y sudor estaba llegando a la cumbre, ésta se le resbaló rodando hasta el fondo. Reinició Sísifo su empeño y ya casi lo lograba, pero cuando estaba a punto de conseguirlo se le volvió a resbalar. El héroe volvía a empezar de nuevo y la historia se repetía una y otra vez.

Cada hombre tiene que subir cuesta arriba su piedra, cargar con la cruz de su vida. Unos como Sísifo cargan con el trabajo pero sucumben desesperados ante el destino. Otros aceptan la carga de la cruz viendo en ella su salvación. La cruz es necesidad para unos, locura para otros, pero para nosotros **“cristianos”** es la sabiduría y fuerza de Dios. Jesús nos propone el siguiente ideal para nuestra vida: **«Sígueme y tendrás la vida eterna»**. Más para dar sentido a este seguimiento se necesita saber previamente quién es **ÉL** y la respuesta nos la da Pedro en su conocida confesión: **«Tú eres el Mesías Hijo de Dios»** (Mateo 16,16), o en esta otra: **«Tú tienes palabras de vida eterna»** (Juan 6,69). En una comunidad cristiana siempre hay auténticos testigos de Cristo aunque no acierten a formularlo claramente con palabras, si lo hicieran, se podrían oír respuestas sencillas pero llenas de sinceridad:

**«Jesús es el modelo de mi vida» – «Yo deseo vivir como él y que mi vida se parezca en algo a la suya» – «Yo desearía poder tratar a los hombres como los trataba él, ayudando a los necesitados y siendo voz de los que no tienen voz» – «Cuando mi conducta se asemeja un poco a la suya, me siento inmensamente recompensado y feliz» – «Las enseñanzas de Jesús me alucinan aunque muchas veces no logro (aunque lo intento) implantarlas en mi vida» – «La revelación de Dios como “Padre” colma todos mis deseos y esperanzas» – «Cuando me aplico sus palabras descubro que hay en mi vida cosas que no marchan, pero él me tranquiliza con las enseñanzas sobre el Padre» – «Para mí... ...»**

Frases como estas oíríamos de muchos en nuestras parroquias y comunidades y todos estaríamos de acuerdo pues el mensaje de Jesús es muy importante en nuestras vidas. Pero también sabemos que otros muchos aunque piensan en **Jesús** como el modelo ideal para su vida, cuando oyen hablar de la **cruz** y de la necesidad de cargar con la **cruz**, se sienten débiles y se echan para atrás. No debemos de tener ningún miedo en emprender y reemprender nuestro camino, ya que tenemos la certeza de que **Él** camina a nuestro lado asistiéndonos y apoyándonos. Además no nos va a pedir nunca, nada superior a nuestras fuerzas.

En una carta a los cristianos del siglo I, se da este consejo como sabia norma de conducta para todos: **«Intenta poner en práctica todo lo que has oído y te parece posible; para lo que te parece que no puedes pide confiadamente la ayuda de la gracia de Dios»** y el teólogo K. Rahner nos dice: **«La virtud de cada día es la confianza con que uno cumple lo que puede y confía a Dios lo que no puede»**.

**«El Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los hombres, y lo matarán; y, después de muerto, a los tres días resucitará»**

Existe un evidente desfase entre el mensaje de Cristo y el modo de pensar de sus discípulos. Quizás porque no entendían lo que quería decirles y les daba miedo preguntarle, o quizás porque **“tenían miedo a entender”**. Más la verdad es que Jesús se encamina a su destino, sin estar, ni mucho menos, seguro de la madurez alcanzada por los que han estado en su escuela y han compartido su vida itinerante. Lleva a la cruz no sólo el rechazo de los enemigos sino también la incomprensión de los suyos.

Incomprensión que ha continuado a lo largo de la historia y todavía hoy no podemos demostrar que hayamos entendido; porque podemos decir que **«¿hemos tomado como modelo de nuestro comportamiento la “debilidad desarmada”, “la impotencia”, “la irrelevancia” del siervo o del niño?»**, o también sentimos miedo a pedirle explicaciones **«¿porque estamos paralizados por el miedo a entender?»**. No, hemos de reconocerlo dándonos golpes de pecho. La **«sabiduría de arriba»** no nos gusta demasiado por el simple motivo que tiene el defecto de **«venir... de una cruz»**.

Jesús sabe que los dones de la naturaleza están distribuidos de manera desigual, que en toda institución humana se hace necesario un orden, y que en todas partes existen un **“arriba”** y un **“abajo”**, es decir, unos que dirigen y otros que son dirigidos, unos que son **“primeros”** y otros **“últimos”**. Pero critica las posibles conductas de unos y de otros. Sucede y no raras veces, que los que están arriba imponen pesadas cargas a los de abajo.

Por eso, ante la tendencia humana de pretender figurar, mandar, presidir y ser **“el primero”**, así como por la forma con que actúan los que gobiernan, aquellos que por oficio están arriba con obligación de representar, establecer y decretar; y sobre todo, por la manera con que ejercen su mandato y primacía, Jesús valora según otros criterios, corrige las falsas ambiciones humanas y denuncia el peligro de pretender trasladar esos errores de apreciación humana a la naturaleza del reino de los cielos.

Enseña que aunque los hombres no somos iguales en inteligencia ni en aptitudes, ni en sus funciones, ni en los resultados, **todos los humanos somos iguales en dignidad, en derechos y destino por el hecho de ser humanos** y que son las obras las que crean la distinción y dan los criterios para distinguir quién es mejor o peor, quién es el primero y el último. Que los que mandan no deben hacerlo con orgullo ni despotismo sino como quien presta un servicio en el ejercicio del mando. **«El que es mayor hágase servidor de todos»**.

No hemos aprendido la lógica del crucificado ya que hemos plantado la cruz en lo alto de las montañas y colinas; la hemos colocado en la encrucijada de los caminos; la hemos colgado en los templos y en nuestras habitaciones, pero... no la hemos entronizado en nuestros corazones.

Por eso, hace falta recordar, una y otra vez sus palabras hasta que queden bien grabadas en nuestros duros corazones:

- **SI ÉL NO VINO SER SERVIDO SINO A SERVIR...**  
Los que queremos ser discípulos suyos deberemos imitar su ejemplo.
- **SI ÉL NO VINO A CONDENAR SINO A SALVAR...**  
Los que queremos ser seguidores suyos deberemos renunciar a todo espíritu de condena y de venganza.
- **SI ÉL DIJO: EL QUE QUIERA SER EL MAYOR SEA EL SERVIDOR DE TODOS...**  
En contra de los principios y usos humanos, deberemos empezar a hacernos pequeños y servidores de todos.



«*Maestro, hemos visto a uno que echaba demonios en tu nombre, y se lo hemos querido impedir, porque no es de los nuestros*» (Marcos 9,38).

El bien está distribuido por toda la Creación y fuera de la Iglesia institucional puede haber, de hecho la hay, gente que practica el bien, y desde dentro de la Iglesia debemos congratularnos y emular las obras buenas para ser iguales o mejores.

La realidad de la existencia de corazones comprometidos con la práctica del bien, que se encuentran por todas partes, debe ayudarnos a mejorar el concepto sobre el mundo y a salir de nuestro orgullo. En cierta ocasión dijo Jesús a un hombre sincero y con rectitud de conciencia: «*Ciertamente, tú no andas lejos del reino de Dios*» (Marcos 12,34). El bien ni está limitado ni es exclusivo de nadie, sin que esta optimista observación nos lleve a concluir que todo es igual. Existen paganos y cristianos, pero el pagano, por ser pagano no es malo, de la misma manera que el cristiano no es bueno por ser cristiano. La práctica del bien brota de la bondad del corazón creado bueno por Dios.

Hay buenos judíos, como también hay buenos musulmanes e hinduistas y budistas... pero no creen en Jesús, ni en el misterio de la Santísima Trinidad, ni en la encarnación y resurrección de Cristo, ni en otras verdades fuente de la fe cristiana. La aceptación de la verdad revelada ayuda a entrar por el camino mejor y más directo, el camino dado en Jesucristo: «*Yo soy el Camino y la Verdad y la Vida*» (Juan 14,6), frente a actuaciones indiferentes que lo **“valoran todo por igual”**, y para las que **“todo es igual”**. El hecho de que el bien no tenga **“zonas acotadas”**, ni esté restringido a ciertas **“épocas”**, ni sea exclusivo de **“nadie”**, no significa que todo sea igualmente bueno o malo, la igualdad se da en los que **“pasan de todo”** y todo les importa nada. Esta elemental diferenciación parece necesaria porque la verdad matemática de **“nada es igual a nada”**, **«NI SIRVE NI SALVA A NADIE»**.

La antigua predicación tremendista acabada en la cruz (sin llegar a la resurrección) desfiguró mucho al **Dios-Amor** revelado por Jesús y atormentó a muchas conciencias angustiadas de por vida ante el problema de su salvación. Pero tampoco podemos extremar el optimismo cristiano hasta desvirtuar la obra redentora de Cristo, (que hubiera sufrido sin necesidad) ya que entonces, la salvación no sería un problema al ser una cosa realizable, sin esfuerzo y puesta al alcance de todos y, Jesús nos habla de los **«esforzados por el reino de los cielos»** (Mateo 11,12) y también de los **«situados a la izquierda»** el día del juicio (Mateo 25,41).

Entre la Iglesia de Trento y la del Vaticano II hay una gran diferencia siendo sin embargo la misma. Aquella era comparable a una pirámide en la que casi todo venía de arriba abajo y casi nada de abajo arriba. Hoy la concebimos como una esfera que engendra círculos concéntricos, con un movimiento del centro a la periferia y de la periferia hacia el centro.

**“En el centro está el colegio episcopal con su cabeza visible: es la plenitud del sacerdocio. En círculos más abiertos están sus más estrechos colaboradores: los sacerdotes, religiosos y diáconos, diferenciados de los laicos por una función específica que es la consagración y misión: hacer presente a Cristo, Señor y Servidor. Después viene el pueblo de Dios, asamblea de todos los bautizados, todos, fundamentalmente iguales. Pero entendiendo la jerarquía como un servicio a los demás”.** (Lumen Gentium 1 y 2).

La naturaleza dentro de la Iglesia, no está en la naturaleza de sus miembros sino en su función. La naturaleza consiste en ser miembro y la multiplicidad de carismas y funciones es servicio. Por eso, todo cristiano es servidor como lo fue Cristo. Nadie en la Iglesia es inútil y todos tienen una función; todo cristiano, siempre y en cualquier situación, puede, debe y tiene que hacer algo, y si en alguna ocasión, por rivalidad de grupo o por cualquier otra causa, alguien intenta prohibírselo, Jesús responde:

«*No se lo impidáis, porque uno que hace cosas buenas en mi nombre no puede luego hablar mal de mí. El que no está contra nosotros está a favor nuestro*» (Marcos 9,39).

Acaba de terminar en el sexto día, la creación del hombre y poniendo animales, peces, aves, árboles, plantas, frutales y todo lo creado bajo su dominio y poder, Dios, piensa retirarse a descansar. Pero antes, dirigiendo una mirada de complacencia por su obra, observa cuanto ha hecho y ve que **¡todo esta muy bien! ¿TODO?...**

Haciendo una especie de autocrítica, descubre que existe una laguna en su creación. Hay una cosa “**no buena**” en el jardín del Edén: “**la soledad del hombre**”. Entonces el Señor Dios se dijo: «**No está bien que el hombre esté solo; voy a hacerle alguien como él que le ayude**» (Génesis 2,18) y así fue como quedó completada la Creación.

Dios, que ha creado al hombre soberanamente libre y dueño de toda la creación, antes, incluso, de que el propio interesado note su “**soledad**”, antes de que el hombre se percate de esta carencia, sale a su encuentro y remedia la situación y “**sacándole una costilla**” le hace una compañera para que así sean los dos una sola carne. Aquel «**No está bien**», afectó al hombre en su vida social, psíquica y afectiva. Por eso, cuando Dios le presenta a la mujer, Adán, en las primeras palabras humanas que recoge la Biblia, entona éste primer canto de amor: «**-¡Ésta si que es hueso de mis huesos y carne de mi carne!**» Así pues, el proyecto divino respecto a la pareja es un proyecto de amor, vida, armonía, luz y unidad.

La relación entre hombre y mujer, tal como nos lo describe el relato de la creación, es una relación entre iguales, que debe servir para ayudarse y hacerse compañía. Esta ayuda mutua empieza, por el reconocimiento de la propia auto-comprensión: «**Cada uno está hecho a imagen de Dios**». El amor entre el hombre y la mujer debe comenzar, por descubrir cada uno en el otro, la imagen Divina, conociendo, respetando y admirando la singularidad de cada cual. Reconocer la personalidad del otro pide, que cada uno vaya más allá de su auto-comprensión y busque comprender y entender al otro en lo que lo hace diferente de sí mismo, siendo esta diferencia lo que enriquece la relación. O sea: “**Nuestra humanidad se realiza plenamente y se manifiesta completamente sólo en la relación con el otro ser**”.

El encuentro entre el hombre y la mujer es el “**cara a cara**” de dos sujetos, de igual dignidad, cada uno “**insuficiente**” por sí mismos, pero que se “**complementan**” el uno con el otro y que se realizan plenamente en el don de sí mismos, en la entrega recíproca para el gozo del otro. El hombre, en estado de separación (soledad), no puede gustar la propia felicidad, ya que no puede existir verdadera felicidad, cuando se está sólo en la felicidad. El hombre encuentra la propia felicidad únicamente en la relación con el otro.

Esta unión-matrimonial que realiza a la persona es indisoluble, porque es “**don gratuito**”, “**entrega desinteresada**” y “**acogida generosa**”. Pero, por desgracia, lo hemos transformado en **CÁLCULO PERSONAL E INTERESADO**.

El hombre, incapaz de insertarse en el plan de Dios, opone su propio y mezquino contra-proyecto y de ésta manera nace la controversia, el debate legalista, el choque entre interpretaciones rigoristas y permisivas. El mismo Moisés, por lo que asegura Jesús, ha tenido que rendirse frente a esta enfermedad, ha hecho concesiones y ha otorgado permisos y dispensas. Y así, aflorando los egoísmos, y recurriendo a todas las “**escapatorias**” ofrecidas por la ley, convertimos al “**otro**” en objeto de nuestros intereses y juguete de nuestros caprichos.

Y todo porque nuestra dureza de corazón, antes de enterrarnos en la insensibilidad, padece una gran ceguera, que nos incapacita para vislumbrar la belleza, entender la amplitud y vivir las exigencias del proyecto divino. El hombre que ansía la felicidad, si quiere reencontrar la unidad y recobrar la armonía perdida, no debe separarse del plan divino. Jesús acercándose a la cabecera del enfermo, nos receta el remedio: «**...ya no son dos, sino una sola carne. Lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre**» (Marcos 10,9).



Cuando uno tiene la cantidad de bienes y de cosas, más o menos superfluas, que nosotros poseemos, termina puntualmente por carecer de **«una cosa»** esencial: **«la tranquilidad de conciencia»**, y no es porqué seamos incapaces de pensar, pues hacemos funcionar al cerebro, y de qué manera, pero sólo en una dirección: **defender, aumentar y consolidar** nuestras posesiones, **«pensamos sólo en perpetuar o mejorar la situación existente»**.

Y es que cuando se tiene de todo, hasta al más escrupuloso cumplidor de los mandamientos, se le hace difícil desprenderse y renunciar a cuanto se le ha regalado. Por eso, hoy día, apenas se encuentra entre nosotros, alguien que se haga esta pregunta: **«Maestro bueno, ¿qué tengo que hacer para heredar la vida eterna?»** (Marcos, 10,17). Quizás porque en nuestro interior, sabemos la respuesta, y nos da miedo reconocerla: **«Una cosa te falta...»**

El seguimiento de Jesús se entiende como camino para llegar al destino del hombre. Al joven bueno, que desea más, le remite Jesús al decálogo y, como ya lo observa, le sugiere una meta más alta: **«...anda, vete a vender lo que tienes y dáselo a los pobres, que Dios será tu riqueza; y, anda, sígueme a mí»** (Marcos, 10,21). Si uno desea entregarse radicalmente a Dios tiene que enrolarse en el séquito de Jesús con el consiguiente desprendimiento de todo lo que no es Él, de todo lo que supone tropiezo o rémora en su seguimiento. Esa renuncia se convierte, de hecho, en el principal obstáculo.

El encuentro con el joven (del que tan sólo al final se nos dirá que era muy rico), desemboca en la llamada al seguimiento, renunciando decididamente a todo lo que se oponga a ese seguimiento. Jesús cita los mandamientos, pero sólo los de la segunda tabla que se refieren al prójimo. Es significativo: la liberación de los vínculos de las cosas terrenas nos hace más libres para relacionarnos con los demás de manera fraternal.

Jesús propuso un ideal de perfección pero no impuso decisión alguna. Indicó el camino que se le pedía pero respetó la libertad. Fue el joven el que, por sus muchas riquezas, se echó atrás del ideal propuesto y se alejó muy triste. Comprendió que en realidad no era **“hombre libre”**, que tenía demasiadas ataduras, que en lugar de dominar estaba dominado, que las riquezas son un poder terrible. El diálogo con el joven se convierte en una instrucción sobre los peligros de las riquezas como cadenas de esclavitud.

No hay nadie que no desee para sí una vida realizada y plena. Los jóvenes de hoy no suelen preocuparse mucho por la vida eterna, ni suelen estar en la circunstancia de afirmar haber observado los mandamientos. Sus preocupaciones se centran sobre todo en una vida realizada, pero aquí, es decir: cómo hacer carrera, cómo situarse, cómo ganar, cómo disfrutar.

Algunos amplían el horizonte de ambiciones y preguntan con sinceridad cómo pueden comprometerse en la causa de un mundo más justo, o por la paz, o por el desarrollo en países pobres. Hay jóvenes con nobles ambiciones y con sinceros deseos de compromiso en una causa noble que, aventajan al joven del Evangelio porque éste había hecho cosas buenas, pero para sí mismo y quería igualmente una vida buena para sí mismo.

En la pregunta del joven aparece más la sensación de contrato: **“¿qué tengo que dar a Dios para que él me dé la vida eterna?”**, no aparece, aparentemente, preocupación alguna por el bien del prójimo. Piensa que la vida eterna es **“canjeable por algo”**, como si pretendiera hacer una buena inversión comprometiendo a Dios a darle, a cambio, una vida feliz.

Pero la vida eterna es un **don gratuito**, no se puede comprar. Por eso no incluye Jesús programa en su respuesta. La observancia de los mandamientos es buena y es mucho, pero la perfección moral puede contemplarse como un esquema y el seguimiento de Jesús es una vida leal, una amistad fiel. Por eso se precisa, lo primero, hacerse libre, para luego marchar detrás de Él sin programa previo. En el fiel seguimiento irán apareciendo las cosas que es necesario hacer para ganar la vida eterna, porque: **«Jesús es el camino y la verdad; Él es la misma vida, nueva y eterna»**

**«Porque el Hijo del hombre no ha venido para que le sirvan, sino para servir y dar su vida en rescate por todos»**

El concepto de “RESCATE” no debemos entenderlo como una suma de dinero exigida para la liberación de un secuestrado. Tenemos que pensar en el derecho del Antiguo Testamento en Israel, que otorgaba al que había causado a otros daños graves, merecedores de pena de muerte, la posibilidad de ser liberado de la muerte si alguien pagaba por él una suma de dinero como “RESCATE” y si el perjudicado otorgaba su acuerdo. El “RESCATE” no compensaba a la víctima perjudicada por la acción violenta, sino que beneficiaba al autor violento condenado a muerte.

Jesús dice que su muerte no debe interpretarse como el precio de un “RESCATE” dado a manera de indemnización al ofendido e irritado Padre celestial, sino que ese “RESCATE” debe servir para liberar de las garras de la muerte a todos los condenados a esa pena. Jesús quiere dar a los hombres, reos de muerte, una nueva oportunidad de ser felices no sólo antes de la muerte corporal, sino después de ella. Esa dicha no se puede comprar con honores, ni con dominio, ni con fama, ni con poder, sino con el espíritu de servicio hecho realidad. Si cada uno está dispuesto a servir a los otros ya no existe el peligro de hacer nuevas víctimas necesitadas de rescate.

La tentación del poder es muy fuerte y sutil, y se mete con facilidad hasta los huesos. Dos apóstoles piden reconocimiento y distinción con privilegios en el reino de Dios, en una proposición pretenciosa que Jesús rechaza con una instrucción sobre la naturaleza de su reino.

Tema de reflexión todavía necesaria en nuestras comunidades cristianas. Porque podemos tomar en serio el ideal del reino de Dios y trabajar desinteresadamente por él o podemos buscar ventajas menos nobles. Podemos comprometernos desinteresadamente con las obras de la Iglesia o podemos buscar solapadamente una manera de vivir de ellas.

Es normal que el que trabaja espere un justo salario y el que se compromete con una causa espere sino reconocimiento, al menos agradecimiento. Es una esperanza justificada ya que cuando el trabajo no se paga, se comete injusticia y los perjudicados reaccionan con protestas violentas, y cuando no hay una palabra de agradecimiento, incluso los más comprometidos reaccionan con decepción y pueden volverse atrás.

En la instrucción de Jesús en respuesta a la pretensión de sus dos apóstoles, queda bien claro lo que es el espíritu del mundo, siempre al acecho de ventajas, y lo que es el espíritu del reino de Dios donde la mayor grandeza es servir. Como la palabra servicio, evoca fácilmente categorías sociales donde unos se sientan y son servidos mientras que otros sirven, podríamos soslayar la connotación peyorativa cambiándola por ayuda. **«En el reino de Dios, reino de amor, todos debemos estar dispuestos a ayudar a los demás»**. Ser servidor de todos, es estar dispuesto siempre a **«echar una mano»** a quién lo necesite

Parte, Jesús, del supuesto de que todo el que trabaja tiene derecho a su justa recompensa; pero inaugura una nueva era con una nueva mentalidad, una nueva filosofía del servicio entendido como ayuda prestada por amor al prójimo necesitado.

Antes de Jesús y fuera del área de influjo de su espíritu, era y es grande el que puede sobresalir, hacerse notar por encima de los otros y hacerse servir por ellos. Es el espíritu que recogen y sintetizan los dichos populares: **“el que parte bien reparte”, “reparte Martín y deja para ti”, “el que primero llega primero come”, “el primer prójimo es uno mismo”**... Jesús enseña a ponerse ante los demás en disposición de servicio.

Siguiendo las tendencias naturales el hombre tiende a dominar y hacerse servir; mientras que siguiendo las mociones del espíritu, está dispuesto a hacerse servidor de todos. En eso radica la verdadera grandeza. Una persona llena de este espíritu, por muy insignificante que sea ante los hombres, es sin embargo grande ante Dios.

Cuando pensamos en hacer un proyecto para nuestra vida, nos fijamos muchos y variados logros y **un gran objetivo último**: lo máximo, la plenitud y a esa utopía es adonde dirigimos todos nuestros anhelos. Y, aunque de antemano sepamos que es prácticamente imposible el conseguirlo, nos ayuda a situarnos en el camino que nos conduce hacia él.

Durante este proceso, ponemos en funcionamiento, todos los dones y cualidades que poseemos con el fin de poder desarrollarnos y alcanzar, en lo posible, los objetivos marcados. También nos aprovechamos de otras ayudas, que vamos encontrando en nuestro camino, que provenientes del exterior, posibilitan la superación de algunas de las dificultades que salen a nuestro paso.

Y la peor de las dificultades es no ver el camino, porque entonces podemos desviarnos de él, quedarnos detenidos, tropezar y no encontrar la ayuda necesaria para levantarnos y seguir hacia adelante. En el devenir de cada día, una de las mayores y mejores ayudas, que podemos encontrar, es caminar en grupo con otras personas que sintonizan con nosotros, que tienen los mismos o parecidos objetivos en la vida, que son capaces de prestarnos el apoyo necesario en aquello en que ellas sean fuertes o pedirlo en aquello en que se sientan débiles.

Intentamos encontrar el complemento que necesitamos para que nuestro caminar sea más eficaz y más seguro, porque, aunque confiemos en nuestras posibilidades, consideramos que precisamos el apoyo de alguien en quien confiarnos, porque notamos que nuestras fuerzas son pocas e inconstantes, porque nos sentimos faltos y necesitados, porque en realidad y en una sola palabra: porque en nuestro caminar nos sentimos como “**ciegos.**”

Un ciego no puede ver los colores ni los peligros que le amenazan en el camino. Tampoco puede ver la sonrisa amiga. Es visto sin ver. Sólo puede oír y palpar. La falta de visión limita sus posibilidades, reduce su mundo y le hace depender de los demás. Nuestra cultura, considera la ceguera como la mayor de las desgracias, de tal manera, que se hacen chistes de cojos, de sordos, de locos y de tontos, pero, nadie suele ser tan inhumano y cruel que haga chistes y se burle de un ciego por el hecho de serlo.

Es muy difícil penetrar en la oscuridad del mundo interior de un ciego para ver como es. Bartimeo, el hijo de Timeo, era ciego, pobre y vivía de limosnas. Por eso es perfectamente comprensible que este hombre, que cree tener en Jesús la última oportunidad de su vida, “**se sitúe al borde del camino por donde Él va a pasar**” La gente nos se percataba de él y los que se fijaban era para chillarle: **¡Cállate!**, porque molestaba. Y, cuanto más le gritaban que se callara tanto más levantaba él la voz, insistiendo en su oración: **«¡Jesús, hijo de David, ten misericordia de mí!»**

Jesús le vio, tuvo misericordia, le llamó, dialogó con él como persona y le preguntó: **«¿Qué quieres que haga por tí?»** -**«¡Señor, que vea!»** Oída la petición del ciego, le dijo: **«Anda, recupera la vista y vete, tu fe te ha curado.»** El que había sido ciego comenzó a ver.

Veía los árboles y las casas, las personas y el camino. Las cosas existían ya antes en su interior como conceptos oscuros y, ahora ocupaban un lugar en el espacio abierto ante sus ojos, eran como las piezas dispersas de un rompecabezas, como un gran puzzle que él debía ahora organizar colocando cada pieza en su debido sitio para hacer aparecer la nueva figura, llena de sentido. Bartimeo, el hijo de Timeo, empezó a ver que los árboles eran verticales y las aldeas acurrucadas, que los caminos unen puntos distantes, que las cosas permanecen quietas y las personas van y vienen.

Pero, sobre todo pudo ver a Jesús al que antes sólo había oído. Vio a Jesús con los nuevos ojos: **«era su médico y le había curado»**. Vio que Jesús era la clave, su gran objetivo anhelado. Le vio con los ojos de la fe: **«era el que podía dar sentido a las cosas que veía»**. Vio que era la figura deseada y que en torno a Él tenía sentido todo lo demás... **Y LE SIGUIÓ.**

*«La vocación cristiana es una llamada a la santidad.»*

Las «secciones de anuncios» de la prensa ayudan a comprender qué valores se cotizan al alza en la sociedad competitiva y qué cualidades se exigen de las personas. Podemos leer, por ejemplo, cosas como estas: **“Se buscan personas jóvenes, dinámicas, con capacidad para trabajar en equipo, mejor con conocimientos de informática e idiomas. Buena remuneración económica. Posibilidad de mejora y rápido ascenso en el escalafón de la Empresa”**. Por tanto, juventud, dinamismo y preparación profesional para mayor eficacia.

El Evangelio tiene un programa de perfección en las Bienaventuranzas, que hacen reflexionar porque desplaza la mente hacia otras dimensiones, hace otra valoración y señala otras actitudes. El Evangelio viene a decir esto: **“Se buscan hombres y mujeres con originalidad, capaces de ser distintos de la masa general, de pensar por cuenta propia y resistir al empuje de la corriente de masificación, con percepción fina para distinguir la voz de Dios entre el alboroto de voces humanas y para hacer una justa valoración de las cosas poniendo a cada una en su lugar”**

Sus promesas no se hacen a los poderosos ni a los superdotados, sino a los pobres, a los mansos, a los pacíficos, a los limpios de corazón. La recompensa no se expresa en términos económicos ni en términos de ascenso en el escalafón de las valoraciones humanas, sino en la posesión de Dios, fuente de toda dicha. Lo que en realidad se hace es una descripción de la santidad vivida según el espíritu del Evangelio, una descripción en síntesis de la vida de los santos.

La solemnidad de **TODOS LOS SANTOS** tiene siempre algo de intimidad porque todos tenemos la impresión de estar celebrando algo nuestro, el recuerdo de los que un día nos dejaron y luego hemos comprobado que eran de verdad **«SANTOS»**. Pero la celebración de esta fiesta, para que resulte verdadera, debe agitar dentro de nosotros una mezcla de sentimientos: gratitud y remordimiento, admiración y rabia, orgullo y nostalgia, alegría e inquietud, paz y desconcierto, porque todos esos santos son hermanos nuestros que han recorrido su camino y logrado la Vida Eterna. Y, nosotros, aunque conocemos el camino, nos vemos incapaces de seguirlo y mucho menos alcanzarlo.

Las Bienaventuranzas son como un programa de vida, como una convocatoria al esfuerzo generoso, acompañado de la promesa segura de recompensa. No somos los primeros en oír esa convocatoria. Desde el tiempo de Jesús ha habido hombres y mujeres que han oído esa llamada, se han dejado convencer por ella y han intentado configurar su vida según ese programa y en este día, recordamos a esos hombres y mujeres, porque son **«SANTOS»**. **TODOS LOS SANTOS**.

En los **«SANTOS»** solemos ver unos mediadores influyentes que nos pueden sacar eventualmente de apuros. La principal función de los **«SANTOS»** no es esa. La función principal de los **«SANTOS»** es la de dar testimonio, la de servir de modelos de vida. De una u otra manera los **«SANTOS»**, cada uno de los **«SANTOS»**, fueron en su época personas (como nosotros) de nuestra naturaleza, pero personas clarividentes que sabían a dónde caminaban y por dónde iban; los **«SANTOS»** con su manera de vivir, se hicieron transparentes en su vida e hicieron visible a Dios; fueron elementos importantes de cohesión en la sociedad en que vivieron.

De ellos podemos aprender algo muy importante: **“Que se puede ver el mundo con otros ojos y amarlo de otra manera; que fiados en la palabra de Jesús podemos nosotros también hacer el intento que ellos hicieron con buenos resultados”**. Jesús que nos llama nos ayuda también a realizarlo.

Y estos **«SANTOS»** siguiendo a Jesús, también nos invitan: **«¿Quién desea unirse y reforzar nuestro equipo?»**. Nuestro compromiso no es otro que el del Reino de Dios y este es su mensaje: **“Se buscan personas con entusiasmo, dispuestos a arriesgar, no violentos, interesados por la suerte de los demás. Lo mismo da hombres que mujeres. No importa la edad. Todos pueden solicitarlo. La recompensa es la posesión del Reino de Dios y la vida eterna.”**

«*Guarda los mandamientos del Señor y te irá bien*», promete Moisés al pueblo de Israel en nombre de Dios, tras entregarle las Tablas de la Ley, el Decálogo escrito por el dedo de Dios sobre la piedra, al bajar del monte Sinaí en el desierto. Pero este pueblo de “**cabeza dura**”, con sus acercamientos y lejanías, sus amores y desamores, en el transcurso de los tiempos le ha ido agregando precepto tras precepto, norma tras norma y en tal cantidad, que hace casi imposible su total conocimiento y no digamos su cumplimiento.

En tiempos de Jesús, la Thorá constaba ya de 613 preceptos, de ellos 365 (tantos como los días del año) eran prohibitivos y 248 (tantos como el número de componentes del cuerpo humano según la ciencia judía) eran preceptivos. Ante tal cantidad de normas y preceptos es lógico pensar que hasta los más entendidos y conocedores (sacerdotes, escribas y letrados) terminasen por perder, no ya la noción de la correlación e importancia de todos y cada uno de ellos, sino que les fuera fácil perder incluso la cabeza.

El jurista que acude a Jesús había oído, sin duda alguna, las respuestas que Jesús ha dado en las discusiones con los fariseos. Ahora viene personalmente, con buena intención, para formularle una pregunta que le preocupa e inquieta: «*¿Qué mandamiento es el primero de todos?*» (Marcos 12, 28). La pregunta en términos legales es lógica: **¿Existe un orden de prioridad que permita llegar a la esencia de la ley?** A ésta pregunta, Jesús responde citando Deuteronomio 6, 4-5 donde se afirma: «*Escucha, Israel, el Señor, nuestro Dios, es solamente uno. Amarás al Señor, tu Dios, con todo el corazón, con toda el alma, con todas tus fuerzas*».

- ❖ «**EL CORAZÓN**» es en la Biblia, la fuente de todo querer y pensar, de allí, es de donde sale todo lo que el hombre hace, de bueno y de malo, es el centro de la persona y tan secreto que sin nuestro consentimiento sólo Dios tiene acceso a esa intimidad. “*Amar a Dios con todo el corazón es hacerle presente allí dando vida y moviendo todas nuestras acciones*”.
- ❖ «**EL ALMA**» es la fuente de la vida y de los deseos, es el principio de toda actividad. “*Amar a Dios con toda el alma es subordinar nuestros deseos a su voluntad y desear que nos la manifieste*”.
- ❖ «**LAS FUERZAS**» son el conjunto de bienes y medios de acción que el cuerpo humano tiene. “*Amar a Dios con todas las fuerzas es emplear todos los medios y recursos a nuestro alcance para creer y manifestar a los demás el amor de Dios*”.

Más Jesús a este primer mandato, le une inmediatamente otra cita tomada del Levítico 19,18 donde se afirma: «*Amarás a tu prójimo como a ti mismo, Yo soy el Señor. Guardad mis leyes*». Al hacer Jesús del amor como un único mandamiento, no pone ningún límite restrictivo. El amarás a tu prójimo como a ti mismo del 2º precepto, lo une y pone al mismo nivel del amor a Dios del 1º precepto. Esta es la gran novedad, el verdadero signo distintivo del cristiano.

El escriba del Evangelio tenía fe en los preceptos del Señor como norma de su vida. Por eso deseaba saber como podría encontrar la síntesis de todos para su mejor observancia. Jesús con su respuesta establece una verdad práctica en el orden de los principios. Hay un precepto primero y principal, que es el amor, entregado por entero, a Dios. Y hay un precepto segundo, equiparable y equiparado al primero, que es el amor al prójimo.

Son dos expresiones de un mismo precepto, una realidad con dos vertientes de aplicación: “**amar a Dios y al prójimo**”. Todo lo demás está sintetizado aquí y no puede ser otra cosa que aplicaciones del principal mandamiento del amor. El que ama a Dios no hará nada que ofenda a Dios y el que ama de verdad al prójimo no hará nada que perjudique al prójimo ni en su persona, ni en su imagen, ni en sus cosas.

Reconozcamos y acojamos en nuestro corazón esta gran enseñanza de Jesús y mostrémosle nuestro total acuerdo, diciendo como el jurista: «*Muy bien, Maestro, tienes razón cuando dices que no hay nada comparado con estos preceptos*». Y oiremos la respuesta de Jesús que elogia nuestra buena voluntad, diciéndonos como al letrado: «*Tú no andas lejos del reino de Dios*».



Los que vivimos tan bien acomodados en la sociedad del bienestar, no siempre somos conscientes de que nuestra sociedad es también la sociedad del despilfarro, la de los desechos y la de los desperdicios. **¿Cuántas cosas echamos a perder? ¿Cuántas cosas se estropean y se tiran, sin que sirvan para nada ni para nadie?**

La realidad es que no faltan recursos para remediar los problemas del hambre y la pobreza en el mundo; lo que falta es buena voluntad. Tenemos que entender que todo cuanto poseemos, y no lo compartimos, todo cuanto tenemos y no lo damos, se pierde y, es una pena que se desperdicien tantas y tantas posibilidades de hacer el bien. La donación efectuada por dos viudas pobres, atraen hoy nuestra atención por su generosa y desinteresada conducta.

En el mundo de la Biblia el concepto de viuda va asociado a la realidad de una vida dura de pobreza y de inseguridad frente al futuro, ya que, en una sociedad regida por los varones, las viudas eran seres casi sin derechos y las más pobres entre los pobres. Por eso previene Dios severamente contra el peligro de su explotación y abuso: **«No explotarás a viudas ni a huérfanos, porque si los explotas y ellos gritan a mí, yo los escucharé»** (Éxodo 22, 21-22). La situación siempre difícil de las viudas se agravaba en casos de carestía general que sumía en el hambre a toda una comarca. La ciudad de Sarepta está cerca de Sidón, fuera del territorio judío, pero la situación allí no era mejor.

Elías se enfrenta a Ajab, (casado con Jezabel hija del rey fenicio Etbaal) que reinó en Israel veintidós años (874-862), por dar culto y adorar a Baal erigiéndole un altar en el templo que construyó en Samaria, y le amenaza con una pertinaz sequía, lo que le acarrea además del destierro, una feroz persecución. En su huida, el profeta agotado y hambriento llega a la ciudad de Sarepta. Allí encuentra la generosidad de una pobre viuda que le da cobijo y restaura sus fuerzas con el único puñado de harina que le queda para ella y para su hijo (1º Reyes 17,10-16).

Cualquiera de nosotros, en el caso de Elías, vería puesta seriamente a prueba su fe y se sentiría tentado a reaccionar con desesperanza: **¿Para esto lo he arriesgado todo? ¿No me habré equivocado al fiarme de Dios y salir por sus derechos? ¿No hubiera sido mejor disimular y callar?** Elías, que no deja de ser hombre por ser profeta y, como tal limitado y sometido a las leyes de la naturaleza, siente como el que más, el hambre, el cansancio... y las dudas. Y en sus dudas podría preguntarse si no hubiera sido mejor que Dios le enviase mejor a una familia acomodada que a esa pobre viuda en la miseria. Y puestos en el caso de la viuda podríamos preguntarnos: **¿Dar a un desconocido lo único que nos queda para comer hoy a mí y a mí hijo?** Caridad sí, pero **¿No empieza la caridad por uno mismo...?** Sin embargo, la confianza en la palabra del Señor inspira tanto la conducta del profeta como la de la viuda.

De Sarepta nos trasladamos al templo de Jerusalén donde Jesús está advirtiendo sobre la grandeza de las cosas pequeñas: sentado frente al arca de las ofrendas, observa en silencio y, llama nuestra atención sobre un gesto humilde y sencillo. Se trata también de la conducta de una viuda pobre. No es una noticia espectacular por la que los medios de comunicación se interesarían. Esos medios, informarían de crímenes, de la economía, de escándalos, de deporte..., de vez en cuando nos sorprenderán con la generosidad de un magnate que se ha desprendido de millones a favor de tal o cual causa, y eso es noticia.

Los heroísmos anónimos y las generosidades ocultas no aparecen en los periódicos. Tampoco la generosidad de esta mujer que, dando poco, dio todo lo que tenía. **«Esa pobre viuda, ha echado en el cepillo más que nadie»** (Marcos 12,43). Al echar en el cepillo los céntimos que le quedaban para vivir, echó el futuro de su vida en las arcas del Señor. Nadie hace poco si hace lo que puede y Dios no abandona a los humildes que arriesgan todo por él.

En nuestro mundo del bienestar, se está multiplicando, a Dios gracias, el número de las colectas para remedios sociales, se está desarrollando la conciencia de solidaridad y con tendencia ascendente los colectivos que valoran los derechos de la persona y sus necesidades vitales. Pero también importa saber y dar a conocer que **«la limosna que más complace a Dios no son los millones de lo superfluo, sino los céntimos de lo necesario»**. Ante Dios, lo que cuenta es el AMOR.

Con el final del año litúrgico la reflexión se orienta hacia el término de la vida y de la creación. Nos lo presenta en lenguaje “**apocalíptico**” y podemos entenderlo en dos tonalidades diferentes, muy dispares entre sí. Una bajo el signo de la oscuridad, algo envuelto en connotaciones fúnebres. La otra dominada por la serenidad, la calma y la espera gozosa.

Las metáforas nos impresionan, más no dejan de ser imágenes acuñadas por la literatura y que se utilizan de la misma manera que, en otras épocas, las mentalidades románticas, modernistas, cubistas o surrealistas se sirven de expresiones al uso para ser comprendidas por sus lectores. Pero, las metáforas no deben de inducirnos al error de pensar que el mundo va a quedar reducido a la nada ni al de soslayar la corresponsabilidad que todos tenemos en la conservación de la naturaleza y en la implantación del reino de Dios.

Sólo Dios es eterno e inmutable. Todo lo demás es Creación y lo que ha tenido principio debe tener también un fin. El que creó al mundo en el principio, determinará también al final su forma definitiva. Pero, el final del mundo, no debe significar desaparición en la nada, puede ser renovación; como tampoco la vida humana tampoco es desaparición con la muerte sino transformación a una vida mejor. Lo que Dios ha creado por amor será también transformado por amor.

Los grandes hombres, los científicos, los maestros, los sabios de la tierra, se han desgañado pronunciando millones de palabras: confusas, unas; contradictorias, otras; de amenaza o de triunfo; de jactanciosa seguridad o de duda. Pero es Dios quien tiene la última palabra: «*El cielo y la tierra pasarán, más mis palabras no pasarán*» (Marcos 13,31). Y esa “**palabra que no pasa**” es la que juzga la historia. Es verdad que emerge la realidad del juicio: «*Entonces verán venir al Hijo del hombre sobre las nubes con gran poder y majestad*» (Marcos 13,26-27). Pero estará bien no olvidar que el poder del Juez divino «*que ha ofrecido por los pecados para siempre jamás, un solo sacrificio*» (Hebreos 11,12) es el de la cruz y que la gloria es «*la gloria de amar*».

La afirmación de la segunda venida deja en el misterio los detalles sobre la fecha de ese acontecimiento. El día nadie lo sabe. Sobre ella se ha especulado en muchas ocasiones y en todos los tiempos, se han hecho elucubraciones mágicas con los números e intentado fijar para el final del mundo fechas que nunca llegan. Se fijó la fecha en los horrores del año 1000, luego repitieron la profecía para el año 2000; algunos toman como guía al astrólogo Nostradamus; a otros les parece mejor los recuentos papales del monje Malaquías, y hasta hay quién pensó que estaba comprendido en el tercer secreto de Fátima. Pero la hora nadie la sabe. Esa hora no existe en los calendarios humanos porque es la hora de Dios.

Jesús usa la comparación de la higuera: «*Cuando sus ramas se ponen tiernas y brotan las yemas, deducís que el verano está cerca*» (Marcos 13,28). La higuera no hace primavera, sólo la anuncia. Tampoco los hombres hacemos el paraíso pero sí intentos que anuncian su llegada. Todo se explica mejor desde la fe que desde fuera de ella. Creemos que el reino de Dios, reino de paz, de bienestar y fraternidad, comenzó con Jesucristo y que todos podemos trabajar por él y entrar en él.

**¡Llega el final! ¿Alegre o mala noticia?** La venida de Cristo en poder y majestad se describe como antítesis de la despedida del calvario. **Al final de su vida quedó Jesús expuesto en la cruz a pública humillación e impotencia.** En los designios divinos hay siempre algo que escapa a nuestra comprensión, pero podemos hallar justificaciones de congruencia en la venida de Jesús en poder y majestad.

Los creyentes creemos en la grandeza del amor de Dios manifestado en la cruz. Los que no creen en ese amor ni en la redención no ven en la cruz más que la humillación y fracaso del Crucificado. La humillación de la cruz no despojó a Cristo del poder que tiene sobre toda la creación. Pues, Cristo volverá a recapitular todas las cosas por amor y a ofrecer al Padre la creación redimida. Por eso no hay noticia aterradora sino “**alegre noticia**” que nosotros confesamos en cada celebración eucarística: «**Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección. ¡Ven, Señor Jesús!**» Esta constatación elimina el miedo y fortalece nuestra confianza.



Al final y a manera de síntesis de todo el año litúrgico, celebramos la festividad de **«JESUCRISTO, REY DE TODA LA CREACIÓN»**. Aunque desde siempre, los cristianos hemos reconocido y celebrado la “**realeza de Cristo**” la fiesta como tal, fue instaurada el día 11 de marzo de 1925 por el Papa **Pío XI**, para afirmar la soberanía de Cristo ante los aires republicanos y anticlericales que corrían por la época. Pero, para nosotros cristianos de hoy, es necesario precisar el concepto de reinado de Cristo para poder celebrarlo con lealtad y entusiasmo.

Jesús, que se negó a aceptar un reinado que le ofrecían las masas entusiasmadas, afirmó rotundamente su realeza ante Pilatos poco antes de morir. El reino de Jesús es espiritual e interior y el territorio de su reino son los corazones libres. Por eso **«su poder es eterno y su reino no acabará»**, porque Jesús es portador de una vida nueva que es superior en su lucha contra el mal. Esa superioridad aparece en su diálogo con Pilatos, el poder humano y la realeza divina frente a frente, sin que quede claro quién es allí el acusado y quién el acusador.

Pilatos que es un político, representante del poder militar de Roma, piensa en términos políticos y militares. Le han presentado a Jesús como un candidato a rey. Le parece sin duda una pretensión no seria e incluso ridícula, por eso subraya el tú en el interrogatorio: **«¿Eres tú el rey de los judíos?»** (Marcos 15,2). Ese “**tú**”, humillado, sin poder ni seguidores, no parece candidato serio para ocupar nunca un trono pero, en caso de intentarlo, debe él valorar las posibilidades políticas de una rebelión contra Roma. Jesús precisa el alcance de la pregunta: **«¿Dices eso por tu cuenta o te lo han dicho otros de mí?»** (Juan 18,34). Porque el concepto de rey, es muy distinto en la mentalidad de un romano y en la de un judío.

Pilatos se fija en las acusaciones reales de los judíos y las interpreta políticamente. Jesús afirma la realidad, pero corrige la interpretación de Pilatos: **«Él es rey, pero su reino no es de este mundo»**, ni por su origen ni por su naturaleza. Sus funciones reales consisten en anunciar el señorío de Dios sobre el mundo, muy relacionado con la verdad.

Ese reino no se defiende con las armas **«mi guardia habría luchado para que no cayera en manos de los judíos»**, se defiende abogando por la verdad. Como entre Pilatos y Jesús no hay puntos comunes, tampoco hay verdadero diálogo. Jesús ha hablado claro. Pero la pregunta escéptica de Pilatos: **«¿Y... qué es la verdad?»** (Juan 18,38), demuestra que no entendió nada.

El reino que Jesús anuncia, expresa una nueva manera de vivir y de entender la vida en la que Él mismo precede como ejemplo. El reino de Jesús es un conjunto de actitudes en el corazón del hombre que hacen posible, la aceptación de Dios y la salvación en un mundo fraternal y humano, en una vida caracterizada por las relaciones de justicia, de amor y de paz. Ese reino es un territorio sin fronteras, que no se conquista por la fuerza, al contrario, es Cristo quién entrega su vida para fundarlo, para liberarlo y promocionar con su propia sangre a todos los liberados y, **TODOS** estamos llamados a formar parte de ese reino.

La realeza de Jesús habla ante todo al corazón del hombre que debe ser transformado a semejanza del corazón de Cristo, para que el amor triunfe sobre el egoísmo, la justicia sobre la violencia y la promoción humana sobre la explotación egoísta. La aceptación teórica de la realeza de Cristo sería muy poco sin una emulación entusiasta de sus ejemplos, en la imitación de Él, que no vino a ser servido sino a servir y a dar la vida para salvación de muchos. La verdad completa es que: **“Jesús entregó su vida y vive para darnos vida”**.

Todo el que busca la verdad y se deja guiar por ella, escucha su voz y le sigue porque la verdad no es algo sino **ALGUIEN**. El reino de Cristo no tiene tierras ni soldados armados, ni puede señalarse en los mapas geográficos porque El Reino está en los corazones y se realiza desde el interior, sus gentes van caminando por la calle, cuidan de los enfermos, acogen al abandonado, orientan al perdido, consuelan al triste y dan la vida por amor.